

EN EL RANCHO UPPER CREEK 4

Una cita antes de huir

Dulce Martínez

UNA CITA
ANTES DE HUIR
En el Rancho Upper Creek 4
Dulce Martínez

Índice

Índice

TEXTOS LEGALES

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

TEXTOS LEGALES

UNA CITA ANTES DE HUIR. En el Rancho Upper Creek 4. Duncan.

Dulce Martínez

ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

CAPÍTULO 1

Cansada por el esfuerzo reposó la espalda contra la pared de madera echando un vistazo a su alrededor al viejo granero de los Cooney. Tenía potencial, pero estaba lejos de parecerse a la preciosa cafetería en la que había trabajado hasta hacía dos semanas. Escuchó sonar su teléfono y se apuró para llegar a la barra a echarle la mano para quitarle el sonido y ponerlo boca abajo de nuevo bajo la improvisada barra de bar que habían recreado allí.

—¿Qué sucede, jovencita? ¿Echando de menos Florida?

—Para nada, Señor Skinner—se apuró a negar, limpiando la meseta con un trapo—. El clima, como mucho. Allí no hace tanto calor, ya sabe.

Los dos viejos vaqueros que tenía enfrente soltaron un par de carcajadas antes de pedirle uno de los desayunos especiales que ofrecían esa semana. Los vaqueros que trabajaban en el Rancho Upper Creek estaban encantados con el nuevo menú, compuesto por café, tostadas, huevos revueltos, tocino y patatas, pero los clientes del Rancho Aventura tampoco parecían hacerle ascos. Sirvió dos abundantes raciones de las tarteras y las llevó hasta la mesa de los dos ancianos que ya conocía del anterior local cuando escuchó una nueva llamada en su terminal.

—¿Quieres que responda yo? Les digo que estás ocupada y ...

Le preguntó Katie colándose tras la barra con un par de bandejas de bizcochos. Negó con intensidad, sacudiendo las ondas pelirrojas de su coleta, intentando servir el desayuno lo más rápido posible para regresar tras la barra.

—No hace falta —respondió con una expresión neutra en la cara. Al bajar la vista vio que había colgado en vez de silenciado la llamada y se mordió el carrillo por dentro—, gracias. No es importante. Ya lo atenderé al salir.

A pesar de que su compañera no solía entrometerse en nada, le dirigió una mirada interrogadora que le hizo saber a las claras que no la había creído. Le dio la espalda y comenzó a secar los platos y a dejarlos en su sitio. Las dos semanas que llevaban compartiendo casa le habían permitido conocerla lo suficiente como para saber que no le preguntaría nada más si no le daba pie a ello. Se quedó pensando en ello con un plato en el aire. Llevaba casi un mes en ese pequeño pueblo de las montañas de Montana sin darse cuenta cuando no había esperado pasar más que una semana antes de proseguir su camino hasta el oeste del país.

Bajó el brazo y continuó secando la vajilla en automático, sin pensar en lo que hacía. El único motivo por el que había parado allí era porque su vieja furgoneta había dicho basta, así que tuvo que detenerse para arreglarla y conseguir un poco de dinero extra. Ella siempre había sido una chica de ciudad. Se había criado entre San Petersburgo y Lakeland, los últimos cinco años había vivido en Jacksonville y quitando unas aburridas vacaciones en el pueblo de su tía cuando sus padres estaban a punto de divorciarse, nunca había vivido en un pueblo.

Tampoco había vivido fuera de Florida. Una de las mejores cosas de su estado era su clima cálido y tropical y desde que había parado en Mountainview Valley no se había sacado la ropa de invierno. Había pasado más frío allí en ese mes que en todos los inviernos de su vida, y aun así se había mudado a la pequeña casita del centro del pueblo que compartía con la otra camarera en vez de continuar su camino en la furgoneta.

El sonido del teléfono la sacó de su ensimismamiento de vez y tras comprobar el prefijo

del número dejó que la llamada continuase en silencio de nuevo. Katie estaba a menos de un metro, atendiendo en la barra y pudo ver el brillo de preocupación en su mirada mientras avanzaba un par de pasos hacia ella sin saber cómo esquivarla en esa ocasión.

—¿Te están molestando, Jade? Ya es la tercera...

Dos golpecitos en la barra de madera interrumpieron la frase. La intensa mirada del vaquero pasó con rapidez de una a otra mujer.

—¿Nos servís un desayuno rápido a mi amigo Hunter y a mí, chicas? Tenemos que coger fuerzas antes de vernos las caras con esos Cooney, ¿verdad? Y no seas tan cotilla, Katie Jenkins —soltó con tono bromista, logrando que la de más edad dejase de ver para la pelirroja—. Si no responde, será que no es importante.

Katie se dispuso a servir los cafés a los dos hombres mientras que ella le agradecía mentalmente la interrupción y cortaba un par de porciones de bizcocho casero.

—¿O es que le estás dando plantón a otro chico, Anderson?

Levantó la cabeza todavía con el cuchillo en la mano y vio el brillo burlón en el vaquero, mientras el otro le daba un codazo admonitorio.

—No creo que sea cosa tuya, Ford. —Alargó los platillos hasta ellos y se cruzó de brazos intentando parecer serio—. Mejor llévate esto antes de que me arrepienta.

—¿En serio, Jade? Yo creo que sí, aunque solo sea por la cita que me debes.

Levantó una ceja sin alterar la expresión, a la vez que les acercaba los cafés que le pasaba su compañera.

—Ni en tus sueños, Duncan.

—Como poco, una desde hace dos semanas. Tampoco es que lleve la cuenta.

La gran puerta de madera se abrió de manera súbita por un golpe de viento y se estremeció por el frío a la vez que chocaba contra la mano fuerte del vaquero.

—Pues si en tantos días no has conseguido ninguna, eso debería darte una pista. No intento ser sutil.

—Ni tu escalofrío al tocarme tampoco.

—Es por el frío, tonto.

Duncan Ford se bajó el café de un solo trago mientras el hombre que lo acompañaba los observaba con los ojos como platos.

—Seguro. Paga tú, Hunter, no vaya a ser que la congele. Y date prisa, que estos no nos esperan.

Jade se esforzó en que viera cómo dejaba los ojos en blanco mientras el rubio se dirigía a la salida a paso rápido. El hombre que tenía enfrente y que parecía todo lo contrario a un vaquero pagó con la boca apretada y una pizca de curiosidad.

—Si se me hubiese ocurrido alguna vez decirle algo así a alguna camarera de Oregón me hubiesen empujado. Estáis juntos, ¿no?

Negó con sutileza con el billete en la mano buscando el cambio. No lo conocía, así que no pensaba darle una respuesta, aunque tampoco tenía más misterio. Duncan era un conquistador redomado muy seguro de sí mismo que solo insistía con ella porque debía ser la primera en todo el año que le había negado una cita porque, hasta donde había podido ver, tenía a la mitad de las chicas del condado a sus pies. Además, ella no estaba interesada en tener citas y, aunque llevase más tiempo del pretendido, allí solo estaba de paso. Y esos burdos comentarios que deberían enfadarla, la mayoría de las veces le arrancaban una sonrisa.

Le entregó el ticket y el cambio y se despidió del hombre frotándose ambos brazos por encima del jersey grisáceo que se había puesto esa mañana y que no abrigaba lo suficiente como

para pasar toda la mañana en aquel lugar con el viento que se colaba de fuera. Ya no quedaban demasiados y, a diferencia de lo que sucedía en la cafetería, a media mañana solo acudían algunos de los clientes del Rancho Aventura y los pocos vaqueros que trabajaban en el rancho y se encontraban por las inmediaciones.

Se estremeció de nuevo y tomó una taza grande, dispuesta a servirse un café contundente que le hiciese entrar en calor cuando le sonó un mensaje en el teléfono. Dejó la taza a un lado mientras buscaba a tientas el aparato, convencida de que sería un mensaje de su jefe con los nuevos horarios. El teléfono le bailó en las manos en cuanto lo abrió y la voz de Duncan a sus espaldas le hizo apretarlo con fuerza y esconderlo bajo la manga antes de girarse con una sonrisa petrificada en la cara.

—Te traía esto para que no pasases tanto frío, para que no uses de excusa una pulmonía la próxima vez que me rechaces.

Con el brazo extendido sobre la barra, le tendía una cazadora de pana castaña forrada de borreguito, pero fue incapaz de reaccionar. El vaquero se apuró a entrar tras la barra y pasarle la cazadora por encima de los hombros con una expresión tan seria que no parecía él.

—¿Estás bien, Jade? —Asintió por pura inercia mientras sentía sus manos fuertes frotándole los brazos hasta que sintió la sangre circularle de nuevo—. ¿Seguro?

Por la puerta de madera se asomó Archer Cooney junto con otros dos hombres a los que no pudo diferenciar a contraluz llamando a su trabajador con un gesto seco de la cabeza antes de volver a salir.

—Claro que sí. Venga, vete.

Duncan apretó los labios, alternando la vista entre la puerta y la chica a la que todavía apretaba entre sus manos para asentir y seguir al resto de sus compañeros al exterior.

En cuanto se cercioró de que no había nadie lo suficientemente cerca, se puso bien la cazadora y desbloqueó la pantalla para verlo de nuevo. Estaba segura de que Duncan no la había creído, pero cómo iba a encontrarse bien recibiendo a primera hora de la mañana algo así. Enviado desde un usuario desconocido, el mensaje era claro, sencillo y directo. Acompañando a una fotografía reciente en la que aparecía ella sosteniendo una bandeja en ese mismo almacén durante los desayunos del pasado San Valentín que habían organizado en aquel mismo lugar, tan solo cuatro palabras.

«Hola, Jade. Te tengo».

CAPÍTULO 2

A partir de aquel momento, el resto de la mañana se le hizo eterna, actuando mecánicamente con cada una de las personas que se dirigían a ella hasta que llegó la hora y se dirigió a toda prisa a su furgoneta, aparcada bajo una cochera cercana dentro del recinto del rancho.

Al llegar al piso compartido, tiró el teléfono sobre una pequeña mesita de centro como si fuese algo tan peligroso que pudiese explotar y se quedó sentada en el sofá contemplándolo, abrazándose a través de la cazadora que le cubría hasta la mitad del muslo. Durante el trayecto hasta el centro del pueblo la cabeza le había dado vueltas sin parar y, por un momento, había pensado en llamar a Maira, pero lo descartó enseguida porque la anterior vez no la había apoyado y estaba segura de que en esa ocasión volvería a decirle que estaba exagerando.

Por eso, y tras un par de horas perdida en sus pensamientos con la televisión sonando de fondo y sin saber qué decisión tomar, había aceptado la propuesta de Katie de llevarla al día siguiente a un mercadillo en Townsend, una localidad cercana. En el momento lo había hecho, sobre todo, para no tener que quedarse sola en la casa durante todo el día. Sin embargo, y una vez allí, estaba deseando largarse.

En lo que parecía la calle principal del pueblo, a ambos lados de la acera, los vecinos habían colocado numerosos puestos con todo aquello que vendían. En un inicio, y por lo que su compañera había contado durante el trayecto, había pensado que se trataba de una feria de antigüedades, pero no era así. Se trataba más bien de un mercadillo de objetos de segunda mano en donde gran parte de la gente había puesto a la venta aquello de lo que quería deshacerse.

—No pongas esa cara. Lo pasaremos bien.

La castaña no pudo ver su cara de escepticismo al bajarse de la furgoneta. Sabía que ese tipo de actividades eran muy populares, pero no para ella. Se apresuró a situarse a su lado al ver la gran cantidad de gente que salía de la zona de aparcamiento y se dirigía al mismo sitio que ellas, tratando de concentrarse en la conversación. Por el camino se cruzaron con varios vecinos de Mountainview Valley con los que compartieron un café en un puesto improvisado hasta que sintió una picazón en la nuca que le obligó a darse la vuelta. No era la primera vez que la sentía a lo largo de esa mañana, pero en esa ocasión le pareció mucho más intensa. Se sentía observada, pero al volverse no vio nada más que a gente disfrutando de una mañana de mercadillo.

Se levantó y siguió a Katie a lo largo de los puestos, viendo como agarraba un sinfín de trastos viejos que ella hubiese tirado a la basura sin dudar, limitándose a asentir cuando le parecía oportuno, sin estar segura de si su percepción era real o solo se estaba dejando llevar por los nervios que le había provocado el mensaje del día anterior. Un codo se clavó con determinación en sus costillas haciéndole soltar el aire y mirar a la otra mujer sin creérselo.

—Oye, ¿te acuerdas que al principio me parecías fría y distante?

—Sí, pero... Ya no lo piensas. —Sacudió una mano en el aire mientras fingía examinar unas figuritas de porcelana que tenía delante—. Era cuando creía que solo iba a estar hasta que me pudiera pagar el arreglo de la furgoneta...

—Ya. Pues vuelves a estar así.

La vio morderse el labio, como si le costase contener una pregunta a la que ella no quería responder y decidió adelantarse mientras saludaban a otras dos chicas del pueblo.

—¿En serio que quieres comprar algo de lo que hay aquí? No creo que necesitemos ninguno de esos trastos en nuestra casa.

—Si me hubieses hecho algún caso lo sabrías.

Se detuvo en medio de la calle con las cejas enarcadas poniendo los brazos en jarras, y cuando pensó que iba a soltarle alguna indirecta, la sorprendió enganchándola por el bracero y sacándola del rastrillo por una calle perpendicular.

—Quiero intentarlo, lo de dedicarme a la decoración —pronunció en tono poco más alto que un susurro—. Así que aprovecho este tipo de ventas no solo para comprar cosas para nuestro nuevo rancho... Aunque hoy todavía no he encontrado nada, no siempre hay buen material.

Jade aprovechó la oportunidad para desviar la atención de ella, preguntándole lo que se le ocurrió sobre esos dos temas mientras que su compañera de trabajo y de piso se explayaba sin problema. Se frotó los brazos con fuerza intentando librarse del frío y de la molesta sensación que la rodeaba. Cuando estaba a punto de proponerle que regresaran al aparcamiento si no pensaba comprar nada, la mayor le pidió que la acompañase al taller de un artesano local en donde la vio examinar a fondo cada una de las obras de las estanterías durante las siguientes dos horas. Era casi mediodía cuando volvieron a salir a la calle, pero ella se sentía exhausta.

—¿Podemos irnos ya? Todavía nos queda casi una hora de regreso.

—¿Y no podíamos tomar un café antes?

La barbilla de su compañera tembló ligeramente y vio cómo echaba mano del flequillo peinándolo a un lado de la frente. Su teléfono sonó en el bolso y lo silenció sin ver quién la llamaba siquiera.

—¿Qué pasa, Katie? Está claro que quieres decirme algo y no sabes cómo.

—¿No vas a contestar? Llevas unos días...

—Son los de la compañía del gas, en Florida —improvisó sin pestañear. —¿Y lo tuyo?

—Es que no quiero que te sienta mal...

La mano regordeta comenzó a jugar con su larga trenza y Jade intentó armarse de paciencia. Katie era una buena chica y no quería presionarla, pero la paciencia tampoco era su punto fuerte.

—Venga, Jenkins, que me estoy helando de frío.

Buscando conseguir algo de calor y aproximarse a su furgoneta, la pelirroja aprovechó para agarrarla por el antebrazo y dirigirla hasta la calle principal mientras esperaba a que la otra se decidiese a contarle lo que fuera.

—Verás, eh... —titubeó—. Como sabes, estoy con Edrick...

—Sí, ver al jefe en calzoncillos por el pasillo me ha dado alguna pista de eso.

Se giró y le sacó la lengua mientras veía sus mejillas sonrojándose.

—Pues es que estaba pensando en mudarme a vivir con él —indicó acelerando el ritmo al que enumeraba los siguientes puntos—. Aunque me encanta donde vivimos es muy pequeña, estamos prometidos y ya paso más tiempo con él que en casa.

Un montón de pensamientos se arremolinaron en su cabeza mientras intentaba procesar la información. Había vivido sola en más de una ocasión, la última hacía un par de semana cuando había dormido en su furgoneta, pero en estos momentos no quería saber que iba a estar sola cada vez que regresase a la casa.

Además, desde el incendio de la cafetería, le había asignado menos horas de trabajo y con lo que ganaba no podía pagar ella sola ese alquiler. Dejó salir el aire entre los dientes, intentando evitar que notase su desazón, preguntándose si eso no sería una señal más para abandonar Mountainview Valley y continuar con su camino, como le había indicado la voz en su cabeza en

más de un centenar de ocasiones desde que había recibido aquel mensaje. Aunque con los cien dólares que había ahorrado tampoco llegaría muy lejos. Los ojos color miel de Katie esperaban una respuesta.

—¿Cuándo?

—No sé, ... Después del Festival de Pascua, o quizás un poco más.

Asintió apurando el paso, porque no sabía qué responder. Pascua era dentro de dos semanas, por lo que como mucho contaba con un mes. No era mucho tiempo, pero cuando se había largado de su ciudad lo había hecho en mucho menos. Al menos esa vez tendría tiempo para juntar un poco de dinero.

—Vale, pero con la casera hablas tú.

Estaban a punto de llegar a la puerta de la furgoneta cuando Katie le tiró del codo y la abrazó con calidez, pero no pudo disfrutarlo porque, una vez más a lo largo de esa mañana, sintió la desazón en la nuca. La molesta sensación no había desaparecido en ningún momento, pero en cuanto habían llegado al aparcamiento se había intensificado otra vez. Aprovechó cuando se separaron para echar un vistazo a su alrededor a la vez que metía la llave en la puerta. Fingió buena cara al entrar en el habitáculo para evitar que su compañera se diese cuenta de que quizá empezase a desvariar. Fuera no había visto a nadie, más allá de la gente de la zona que regresaba a sus vehículos completamente ajena a ella.

CAPÍTULO 3

Con su compañera de piso siguiéndole los pasos por el estrecho pasillo, Jade terminó de amarrarse el moño en la coronilla y la esquivó mientras intentaba agarrar el primer abrigo que pudo coger del colgador.

—Podías animarte, aunque fuera un ratito.

—Prefiero quedarme en casa, Katie.

—Pero si te estás poniendo una cazadora.

—Solo voy a salir porque me he quedado sin leche de almendras y la última vez que te ocupaste tú trajiste de soja.

La mayor hizo un mohín, llevándose las manos a las caderas. No necesitaba que añadiese nada más, porque podía leerlo en su rostro perfectamente. Sabía que Katie estaba preocupada por ella, porque en los dos últimos días apenas se la había despegado de encima. No había vuelto a insistir, pero las llamadas sin atender se habían repetido y la había visto frotarse las manos en las perneras conteniéndose las ganas de preguntar por más.

Y ella había decidido ignorar ambas cosas, así que había decidido poner el teléfono en silencio y aguantarse las ganas de sincerarse con la castaña. Katie le parecía una persona confiable, agradable, que no había dudado en acogerla en su casa y a pesar de la convivencia en un espacio tan pequeño no había surgido ningún problema. A cambio, se recordó una vez más, se conocían desde hacía solo un par de semanas y había juzgado peor a personas a las que conocía desde mucho antes. Además, estaba de paso porque no pensaba quedarse en ese pueblo el resto de su vida y quería llegar al oeste o regresar a Florida.

Le devolvió la mirada arrugando las cejas hasta hacerla sonreír, se colgó el bolso del hombro y abrió la puerta con énfasis.

—¡Venga, que llegas tarde!

—También les puedo mandar un mensaje. Voy contigo a la tienda y luego nos acercamos las dos.

—¡Ay, Katie! —exclamó agarrándola de la muñeca y sacándola al zaguán con ella— Entiendo que tengas que ver por el negocio de tu prometido, pero no me apetece quedar a tomar algo en el mismo sitio en el que entro a trabajar una hora después.

Contuvo la risa al ver su expresión muda y se apuró a pasar la llave a la vivienda antes de darse cuenta de que se había puesto la cazadora de pana del vaquero. Metió las manos en los bolsillos con resignación porque si volvía a abrir la otra entraría de nuevo tras ella. Además, abrigaba mucho más que la cazadora acolchada que se había comprado al parar en una estación de servicio.

—¿Sabes? Te llevarías estupendamente con ellas. A Gracey ya la has visto en la cafetería y tienes mucho en común con Ivy. A Breena no sé si la convencerán para venir, pero...

Estaba a punto de replicarle cuando se escuchó un carraspeo contundente a sus espaldas y las dos se volvieron al unísono. El sheriff Miller, con los dedos colgando de las trabillas del pantalón del uniforme, las observaba desde el exterior de la calle con seriedad.

—No tiene cara de buenas noticias, sheriff. Si lo que trae en ese sobre es una multa mejor se la da a Katie, que a mí me viene mal este mes.

Ignoró el ligero codazo de su compañera, esperando una sonrisa que no llegó. El hombre contrajo los labios llevándose la mano derecha al bolsillo del pecho, sin llegar a rozar el sobre que asomaba por él. Alternó su peso de uno a otro pie dirigiéndose en exclusiva a ella.

—En realidad, señorita Anderson, me gustaría que me acompañase a la oficina. Preferiría no dar más detalles aquí a pie de calle, pero es por algo de carácter oficial que le tengo que notificar. Viene de Jacksonville.

Un sudor frío le recorrió la espalda al escuchar las últimas palabras y metió las manos en los bolsillos arrebujiándose en la cazadora de pana. No estaba segura de lo que le quería notificar, pero tras el mensaje recibido estaba casi segura de que podía hacerse una idea muy aproximada. Quiso negarse, aunque eso no cambiaría nada y solo se encogió de hombros. El sheriff se llevó una mano a su sombrero reglamentario, mirando de reojo a la otra mujer unos instantes antes de regresar a la pelirroja.

—Si lo prefiere, puede acompañarle la señorita Jenkins. Mucha gente se siente más cómoda acudiendo en compañía.

No le dio tiempo a negarse. El brazo de Katie ya se había colado entre el suyo y tiró de ella hacia la calle apretándole con el codo contra ella hasta salir a la acera. Los tres caminaban en silencio, con el sheriff saludando a cada una de los vecinos que se cruzaban tocándose el sombrero y en un momento que se cruzaron con una compañera de la cafetería sintió vértigo al darse cuenta de que casi habían alcanzado su destino.

—Es tardísimo y ya tendrán el café frío.

El brazo de Katie la apretó a través de la pana con más fuerza, pegándola a su costado.

—Si prefieres te espero fuera de su despacho, pero no voy a dejarte sola.

—No me va a comer —susurró intentando despegarse de ella—, Miller prefiere el pastel de manzana.

—Déjate de historias, Jade. No tienes por qué contarme nada si no quieres, pero he visto la cara de susto que has puesto.

La vio sacar el teléfono del bolso con esfuerzo para no soltarla y enviar a sus amigas un audio muy escueto avisando de que le había surgido un imprevisto. Pasaron por delante de una joven en recepción y continuaron a lo largo del pasillo hasta que el hombre abrió una puerta. Katie le estrujó una mano y se sentó en un banco de madera que quedaba enfrente. Se quedó quieta unos segundos, soltó todo el aire que le quedaba dentro y entró en el despacho con Miller detrás.

El hombre la escrutó atentamente durante unos segundos con el codo sobre el escritorio. Intentó sostenerle la mirada, pero no fue capaz y recorrió veloz la estancia con la mirada, deteniéndose en los expedientes amontonados que había en uno de los extremos y en lo vacías que se veían las paredes. Lo vio meter la mano en el bolsillo a la vez que se reclinaba contra el respaldo.

—Esta mañana he recibido dos llamadas y las dos eran por usted, señorita Anderson. La más importante —pronunció con tono solemne a la vez que dejaba el sobre arrugado sobre la mesa de madera, estirándolo con sus manos gordezuelas—, fue la primera, de la Oficina del Sheriff de Jacksonville. Al parecer llevan días intentando ponerse en contacto con usted sin éxito por distintos medios.

Asintió rápidamente y bajó la vista un instante para recorrer el dorso del sobre que el otro continuaba alisando.

—Como sabe, tenemos el deber de comunicar determinadas circunstancias a los conciudadanos. Una de ellas es la que a usted le atañe y que estoy segura que ya sabrá a lo que

me refiero. Al parecer le han puesto fin a la investigación iniciada por su denuncia. El caso ha quedado archivado por falta de pruebas, por lo que la orden de alejamiento que había solicitado contra el Señor Gómez también se ha archivado. Al parecer han tenido problemas para poder notificárselo ya que no han sido capaces de localizarla.

—¿Sabe... sabe cuándo ha sido?

—Por lo que me indicó mi compañero, el martes de la semana pasada. Al parecer, esta carta ha estado dando vueltas por ahí demasiado tiempo.

Tragó saliva con dificultad al darse cuenta que de eso hacía más de una semana y que ella había llegado hasta allí en tres días con una furgoneta averiada. Se apartó un mechón de la cara con determinación intentando ocultar lo amargo de su noticia. El hombre empujó la carta con el membrete del Juzgado de Jacksonville con dos dedos hasta dejarla casi al borde de la mesa frente a ella, instándola a tomarla con un gesto de su barbilla y obedeció por inercia, arrugándola al meterla en uno de los bolsillos. Arrastró la silla para levantarse y recordó sus palabras.

—¿Y la segunda llamada?

El sheriff carraspeó a la vez que se ponía en pie, en dirección a la puerta.

—Verá, jovencita, alguien ha cometido un error. Cuando esa carta llegó a Mountainview Valley, por equivocación, la dejaron en la casa de los Señores Anderson. Y como usted se apellida igual que su casera, el empleado de correos pensó que habían puesto mal la dirección y...

Cerró los párpados con pesadez ya que la propietaria de su vivienda era una mujer entrometida a la que le encantaban los cotilleos y ella, sin quererlo, le había proporcionado uno. Abrió la boca, pero el hombre se le adelantó.

—No tiene de qué preocuparse, muchacha. El sobre sigue cerrado. —Abrió la puerta y la animó a salir con una mano extendida—. Lamento las malas noticias, si necesita algo más de nosotros quedamos a su disposición.

Todavía no se había cerrado la puerta a su espalda cuando vio a la castaña ponerse en pie apretando una mano con la otra. Fingió una expresión despreocupada y señaló hacia la salida sin ganas de explicarse. La otra no se movió apenas del sitio.

—¿Va todo bien?

Estiró la sonrisa apretando los labios hasta formar una mueca. Lo que menos le apetecía en ese momento era compartir ese tema con nadie. Ya lo había hecho con su mejor amiga en Florida y no había resultado como esperaba, Maira no la había entendido, y ellas dos no se conocían lo suficiente. Sin embargo, la determinación en su mirada le dejó muy claro que no iba a tragarse que se trataba solo de unas multas de tráfico. Rozó el sobre con la yema de los dedos en el bolsillo y resumió brevemente a la vez que echaba a andar.

—Me han notificado que se ha archivado una denuncia que tenía pendiente en Florida.

Una puerta cercana se abrió saliendo la joven que atendía en la entrada con un par de carpetillas en la mano. Al verla tan cerca, Katie levantó la barbilla como saludo, echó la melena tras la espalda, clavándole un dedo en el brazo que le hizo pegar un respingo.

—Me alegro por ti —susurró por lo bajo apurando el paso—, pero mejor lo hablamos fuera. A una vecina de mis tías la denunciaron por una tontería y lo pasó muy mal hasta que se resolvió. Seguro que te sientes muy aliviada.

Jade asintió incrédula escuchando los pormenores de una historia que no le interesaba para nada hasta la salida. Había pensado en que Katie insistiría para que le contase algo, pero no se había imaginado que la interpretase al revés y sintió alivio.

—No quería que Janice te escuchase porque no es la primera vez que suelta por ahí lo

que no debe. El sheriff ya le ha puesto las pilas, pero es mejor así. A mí me encanta vivir aquí, pero sé cómo son las cosas.

Ella también sabía cómo podían complicarse las cosas cuando las personas se entrometían y antes de darse cuenta sacó el sobre del bolsillo. Al darle la vuelta comprobó que era cierto lo que Miller había dicho. El sobre con la notificación permanecía cerrado y lo que contenía seguiría siendo algo privado, incluso cuando se hubiese marchado de allí.

CAPÍTULO 4

A los dos días de la visita a la Oficina del Sheriff aceptó una de las dos propuestas que su jefe le hizo al comienzo de su turno. Todavía no había tomado una decisión sobre su futuro, pero tenía claro que necesitaba dinero y ese hombre era el dueño de varios de los negocios que mejor funcionaban en la localidad y pagaba en efectivo y sin retrasos. Así que rechazó el trabajo en la gasolinera y aceptó más horas como camarera, ya que Katie le había advertido de unos problemas de piquetes que hubo en ese negocio poco antes de su incorporación a la cafetería.

Además, tras ese día Katie había vuelto a pasar más tiempo en la casa de Hudson que en la que compartían y ella estaba convencida de que se debía a ese error sobre la denuncia que ella no le había corregido. Tanto mejor así, porque tampoco quería que nadie metiese las narices en sus asuntos.

Por el momento pensaba permanecer unas semanas más allí. Había pensado en juntar varios cientos, subirse otra vez a la furgoneta y largarse a alguna ciudad grande para perderse entre la gente, pero en cuanto se lo imaginaba un sudor frío le bajaba por la espalda. La idea de estar rodeada de desconocidos en vez de reconfortarla la acababa agobiando, como le había sucedido en la visita al mercadillo. Prefería estar con más gente en un ambiente más controlado y para eso Mountainview Valley era perfecto. Lo había vivido a su llegada, en lugares tan pequeños como aquel un rostro nuevo no pasaba desapercibido y eso era lo que más le convenía.

Metió las manos en los bolsillos de aquella cazadora que apenas la abrigaba intentado hundir la nariz en su interior todo lo posible para protegerse del viento. La tarde anterior se había ofrecido a ayudar a montar el puesto que la Hudson BBQ tendría en la plaza como parte de las fiestas porque sentía que la casa se le caía encima. El tiempo que no trabajaba lo pasaba allí sola, dándole vueltas a la cabeza y eso al menos sería una distracción.

El ruido a sus espaldas la tensó antes de comprobar que se trataba de un granjero al que conocía de la cafetería que salía de una vivienda cercana. Las llamadas habían cesado tras la reunión con el sheriff, por lo que seguro que Miller estaba en lo cierto cuando había afirmado que su homónimo había intentado ponerse en contacto con ella desde Florida, pero nada explicaba lo que había recibido en el teléfono, aunque ella lo tenía muy claro. Y era lo que la hacía sentir alerta.

No le costó mucho localizarlo a pesar de que había más gente que de costumbre a esas horas. Su jefe estaba en el medio de la plaza con el acostumbrado semblante serio examinando los lugares disponibles para los puestos de comida. Como ese año el Festival de la Primavera coincidía exactamente el fin de semana anterior al de Pascua, habían decidido aprovechar la presencia de los turistas que el Adventure Ranch Upper Creek atraía para beneficio de los demás comercios de la zona.

Así, habían decidido instalar un gran escenario en la plaza del ayuntamiento, que era la principal de la localidad, en donde actuarían diversos grupos de estilo folk del condado a lo largo de la semana y también pondrían puestos de comida y bebida por parte de los establecimientos como de diversos grupos vecinales.

Además, durante los días de Pascua se realizarían actividades para todas las edades como la búsqueda de los huevos de Pascua, talleres de decoración de huevos, maquillaje facial con

motivos de las fiestas, concursos de baile y carreras de obstáculos.

No le había costado enterarse de ello porque había sido un tema recurrente al otro lado de la barra. No todos los vecinos estaban conformes con los cambios. Algunos temían que llegase demasiada gente de fuera que alterase sus costumbres, porque las actividades del rancho de los Cooney atraían cada vez a más turistas. Además, las damas del Comité de la Cosecha habían tenido un gran enfrentamiento con su jefe pretendiendo ser las únicas que pudieran servir desayunos durante las festividades. A cambio, Edrick Hudson les había dejado muy claro porque era uno de los mejores empresarios de la comarca y dónde podían guardarse con sus intenciones.

La mayoría de las estructuras habían quedado prácticamente montadas la tarde anterior gracias a la ayuda de los vecinos del pueblo y ya se podía ver el escenario en donde actuarían las bandas de música folk durante los próximos días y otros pequeños recintos que parecían reservados para otras actividades. De un gran árbol lateral colgaban numerosos huevos de colores que parecían pintados por los niños de la escuela y varias señoras estaban sentadas a un lado decorando unas cestas de mimbre que supuso que se emplearían para la caza de los huevos de Pascua.

—¿He llegado antes de tiempo?

Su jefe no le dedicó más de un segundo, antes de cruzarse de brazos y dirigirse a una de las zonas reservadas para las comidas.

—Ya te he dicho que no puedo darte más turnos.

Se apresuró a seguirlo negando con la cabeza, pero Edrick ya no le prestaba atención.

—No he venido por eso. —Su jefe alzó una ceja como respuesta y sintió que le ardían las mejillas—. Bueno, no solo por eso.

Se paró ante ella y soltó un suspiro demasiado audible anticipándole la respuesta.

—Mira, Jade, me gustas. Eres una buena camarera y los clientes están a gusto contigo. Pero esto es un lugar pequeño, llevas trabajando para mí menos tiempo que el resto y si te doy más horas que a las demás tendré un motín mayor que el de la gasolinera.

Asintió apretando los puños en el interior de la chaqueta, sabiendo que ese hombre no cambiaría de idea. Estaba a punto de replicar cuando sintió una picazón en la nuca que la tensó al instante, pero se negó a girarse.

—No pasa nada, pero como ya estoy aquí... ¿Traemos las sillas del local o cómo hacemos?

—¿Por qué no has ido a Upper Creek con Katie?

—Porque no me interesan los turistas. Allí no puedo ayudar, aquí sí. Y, además, los voluntarios comen gratis.

Sabía por su compañera de piso que en el Rancho Aventura estaban organizando actividades turísticas especiales para los clientes y que le habían pedido su ayuda. A veces algunos bajaban al pueblo, pero no tan temprano. Prefería estar allí. Miró de reojo por encima del hombro y solo pudo ver a la Señora Lawson observándolos con descaro mientras ataba un lazo en una de las cestas de mimbre. Enderezó la espalda intentando evitar que su jefe sospechase que estaba siendo paranoica.

—Hablaré con Pete «el lento», del Stream Islands por si necesitan un par de manos extras durante las fiestas, pero no te prometo nada.

—Genial, gracias.

—Nos quedamos con esta zona —indicó señalando la franja situada en el lado opuesto al escenario—. Si las del Comité intentan adueñarse, evítalo. Desde el último Festival de la Cosecha se creen que nada funciona sin ellas...

Afirmó sin entender de qué hablaba, pero contenta por haber conseguido algo. Si el dueño de ese local la aceptaba vería como no se equivocaría. Tenía la suficiente experiencia trabajando de camarera en cafeterías y en pubs. Y aunque el sitio se llenase no importaría porque ella estaría a salvo detrás de la barra, sin mezclarse con la gente.

Más vecinos se acercaron a la plaza del ayuntamiento para ayudar y los vio descargar material de una furgoneta del Rancho Upper Creek en la pequeña placita anexa que se había reservado para la mayoría de las actividades infantiles programadas. Antes de atender una llamada, Edrick les señaló los caballetes para que empezasen a montar las mesas corridas que emplearían para servir almuerzos, comidas y cenas desde ese jueves hasta la noche del domingo de Pascua de la semana siguiente.

Jade se coló entre el grupo de hombres apresurándose con el montaje. Los conocía a todos, aunque fuese de vista del pueblo, pero le sorprendió que ninguna de las camareras con las que trabajaba hubiese ido a ayudar. Se apartó el pelo de la cara, abrió otro de los caballetes y comprobó que permanecía estable a pesar de lo irregular del suelo descartando la idea casi al momento. Se dijo que tampoco era tan raro. La propia Katie iría después de comer, alguna tenía turno de mañana y por el rabillo del ojo se dio cuenta de que Nadia, con la que había trabajado antes del incendio de la cafetería, estaba sentada con las señoras junto al árbol.

—Tengo que salir un momento —indicó su jefe, todavía con el teléfono pegado a la oreja—. ¿Tienes encima las llaves del Hudson BBQ?

Metió la mano con rapidez en el bolsillo interior y se las mostró.

—Hay varios caballetes más en el almacén grande, por si acabáis con esto antes de que regrese. Quiero que las mesas lleguen hasta allí y, con los que han traído, no sé si llegarán. Si necesitáis cualquier cosa, ...

No llegó a terminar la frase, sino que señaló el teléfono con la mano libre antes de despedirse y perderse por el medio de la gente para salir de la plaza. No pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que Edrick tenía razón porque todavía quedaba una zona vacía y solo dos caballetes contra la pared. Avisó a uno de los vaqueros para que comenzasen a colocar los tablones y se encaminó al estrecho callejón lateral, que era la manera más rápida de acceder al almacén.

El asador todavía no estaba abierto de cara al público a esas horas, aunque probablemente ya hubiese dentro empleados. Sin embargo, no necesitaba entrar en el local porque además de la pequeña reserva que había en el interior, Hudson contaba con un amplio almacén en el edificio contiguo. Encendió las luces de manera apresurada y comprobó que había más caballetes de los que podía llevar de una sola vez. Tomó la mitad con esfuerzo y los sacó a la calle, posándolos contra la pared, antes de regresar a por el resto.

Al pararse para cerrar la puerta golpeó ligeramente los que ya estaban en el suelo y solo evitó que cayesen colocando la pierna delante con rapidez. Bufó con ganas sintiéndose atrapada porque el resto estaban demasiado lejos como para poder llamar por ayuda.

—Menudos reflejos, pelirroja. A ver...

No había escuchado acercarse a Duncan y se sorprendió al darse cuenta de lo cerca que estaba. Se inclinó hacia la pared y cuando su mano fuerte agarró gran parte de los caballetes de madera al lado de su pierna, pudo sentir su calor traspasando la tela de sus pantalones vaqueros. Carraspeó intentando alejar esa sensación a la vez que retiraba la pierna.

—Me las hubiera apañado yo sola.

—Ya, pero como yo también voy a la plaza...

Sus ojos claros brillaban bajo el sombrero vaquero y no supo descifrar el motivo, así que

sacudió la cabeza intentando apartar los pelos rebeldes que le cubrían la cara antes de echar a andar con él a su costado. El peso le tiraba en los brazos, le estaba costando más de lo que estaba dispuesta a admitir y las dos veces que había mirado de reojo la había descubierto, así que estaba deseando terminar con aquello.

—El otro día te vi salir de la Oficina del Sheriff. —Cuadró los hombros en cuanto lo escuchó, apretando la madera con los dedos—. Me gustó que llevases mi cazadora.

—No te hagas ilusiones, vaquero —replicó relajándose al instante—. Fue por el frío.

—Pues ya podía nevar toda la semana. Te veías muy bien con ella puesta.

Apretó la barbilla intentando disimular la sonrisa mientras llegaban donde estaban las mesas ya montadas. Duncan vestía una cazadora similar a la que le había prestado, pero de color verde botella que llenaba de la manera adecuada. A cambio, a ella le llegaba hasta la mitad del muslo, las mangas le colgaban y le iba tan grande que podría ponérsela por encima de la chaqueta que ahora llevaba, pero se había sentido cómoda con ella las veces que la había vestido.

—¿Crees que te va a funcionar, Ford?

—Eso espero. Es mi cazadora de la suerte.

Sacudió la cabeza en cuanto le vio guiñar el ojo y se acercaron hasta los vecinos que seguían con el montaje y en cuanto pudo se escabulló para regresar a su faena. Vio que el vaquero, al darse cuenta, dejó los caballetes contra una de las paredes cercanas para ayudar a un grupo que bajaba más materiales de una furgoneta. Se centró en su tarea e intentó ignorar sus miradas hasta que toda la zona se llenó con sus mesas. Echó mano de los cuatro caballetes que habían sobrado y regresó a guardarlos.

Entró en el almacén de nuevo por la entrada lateral sin echar las luces esa vez ya que sería cuestión de entrar y salir. Posó los soportes donde los había recogido y echó mano al teléfono al sentirlo vibrar ya que podía tratarse de un aviso de su jefe, pero comprobó que se trataba de varias llamadas de un número oculto. Le entró un mensaje a la vez que escuchó un ruido tras ella y, sin poder evitarlo, soltó un grito de pánico.

—Jade, soy yo. —La voz de Edrick parecía alejarse—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo en la plaza?

La luz iluminó la estancia y vio preocupación y extrañeza en el rostro del hombre, que se había quedado allí detenido, como si no supiese qué hacer con ella. Se apresuró a negar y a guardar el teléfono en el bolsillo antes de dirigirse junto a él de camino a la salida.

—Sí... no... —Sonrió sin ganas—. Eres más silencioso que un gato, jefe, casi me da algo. Mejor me vuelvo para la plaza, porque esas señoras estaban intentando mover sus mesas hacia las nuestras.

Edrick la miró de arriba abajo con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

—Esa maldita Señora MacEnro y su séquito... —Salió y le hizo una seña con la cabeza para que la siguiese al exterior—. Ya me ocupo yo, tú vete al Hudson BBQ.

—No entro hasta dentro de una hora...

—Por eso mismo —le interrumpió sin miramientos—. Comes y descansas un rato, que me parece que ya has hecho de más.

Apretó los puños por dentro de la cazadora, pero no añadió nada. Estaba cansada y le quedaban más de seis horas de trabajo por delante, así que un buen plato y algo de calma no le vendría mal. Entró en el asador con prisas y se dejó caer en una pequeña mesa cercana a la barra antes de revisar nuevamente el teléfono. Además de las tres llamadas perdidas había un mensaje de un usuario de Facebook Messenger desconocido y diferente al de la anterior ocasión, al que había bloqueado. «Tic, tac, Jade. Nos vemos pronto». Tragó saliva, guardó el terminal en el

bolsillo con frustración y se acercó a la barra para recoger su plato. Estaba claro que no iba a poder quedarse allí hasta después de Pascua.

CAPÍTULO 5

Terminó el turno en el asador y se dispuso a subir las sillas a las mesas antes de barrer cuando vio que Katie se subía en la ranchera de su jefe y no necesitó más confirmación para saber que se iban juntos a la vivienda de él y que estaría sola hasta al día siguiente al volver al trabajo y eso le produjo un cierto desasosiego.

Durante las horas que se había pasado atendiendo a los clientes había estado distraída, pero sabía que en cuanto llegase a su casita compartida volvería a darle vueltas a la cabeza. Por eso, y obedeciendo más a un impulso que algo meditado, al pasar por delante del Macy's, entró y se pidió un té helado. La sonrisa condescendiente que le devolvió el camarero le dejó patente que no consideraba la bebida adecuada para esa hora. Todos los clientes de la barra tenían una cerveza en la mano y ella también hubiese sido una de ellos en otro momento, se dijo con amargura, pero llevaba dos meses sin beber ni una gota de alcohol.

Pagó la consumición en el acto y se fue a la mesa de la esquina más cercana a la entrada. A su compañera de trabajo y vivienda le encantaba aquel local porque aseguraba que tenía los mejores batidos del condado. Ella no había probado ninguno, pero le gustaba el sitio con su decoración retro estilo años cincuenta porque le recordaba a un bar que Maira y ella frecuentaban mientras cursaban el ciclo de secretariado y eso le traía recuerdos bonitos y tristes a la vez.

Sacó el teléfono, lo dejó sobre la mesa negra y se echó para atrás con la bebida en la mano, como si aquello pudiese explotar o, peor aún, volver a sonar solo por tenerlo enfrente. Lo desbloqueó y se quedó absorta con el nuevo mensaje recibido hasta que la pantalla se apagó. Sorbió por la pajita con fuerza hasta sentir que se le enfriaba el cerebro mientras decidía qué hacer cuando reconoció una risa fresca que le hizo despegar la vista de la mesa.

Detrás de una cuadrilla de cuatro vaqueros, Duncan entraba en el Macy's con una joven a la no conocía más que de vista y que era la causante de la carcajada. La mujer parecía un par de años más joven que ella, veinticuatro quizá, con el cabello largo y oscuro peinado como una tabla, casi tan alta como él y delgada, pero no escuchimizada como ella, luciendo a la perfección un vestido castaño ajustado por la rodilla. En el momento en que el vaquero soltó una segunda carcajada, la mujer sonrió encantada, colgándose de su brazo con familiaridad y Jade, más molesta de lo que debería, sorbió por la pajita con ganas.

Agarró el teléfono y lo tiró en el bolso y cuando regresó la vista al frente para terminar la bebida se dio cuenta de que Duncan Ford se había detenido en el medio de la entrada del bar observándola con curiosidad y que su acompañante lo hacía con una mueca de desprecio. Saludó con un movimiento de la barbilla y torció la vista, acabándose la consumición con la mirada fija en la mesa para evitar ponerse más en evidencia hasta que se dirigieron al fondo del local.

Ya en aquel momento, con la copa apretada entre las manos, se sermoneó con que era una estupidez sentir esa molestia en el estómago solo porque en la misma mañana hubiese estado flirteando con ella. No le había llevado demasiado darse cuenta de que el rubio era un ligón empedernido. En el escaso tiempo que llevaba viviendo allí había visto a Duncan Ford con, al menos, diez mujeres diferentes. Incluso había salido con Katie. Y era lógico, ya que se trataba de un hombre muy atractivo. Lo que no había esperado era encontrarse con sus ojos burlones al dirigirles un vistazo rápido antes de salir.

Tampoco se había esperado encontrárselo de nuevo tan pronto, pero al poco de abrir el Hudson BBQ a la mañana siguiente para servir los almuerzos allí estaba y agradeció mentalmente que se hubiese sentado a la derecha de la columna para que fuese su compañera a quien le tocase atenderlo a él y a la morena del día anterior, que volvía a acompañarlo.

Desde el incendio de la cafetería su jefe había intentado ampliar el horario del asador para cubrir los servicios que antes prestaba, aunque con poco éxito porque a los clientes no les terminaba de convencer la idea. Sin embargo, gracias a las actividades programadas para los siguientes diez días en el pueblo había más clientes por la mañana y a ella le habían ampliado alguna hora más.

Todavía había bastantes mesas libres, pero algunos de los parroquianos estaban acostumbrados a sentarse en la barra a charlar así que centró su atención en su conversación, aunque no estaba especialmente interesada en cuestiones de cría de ganado. Vació el lavavajillas asintiendo a la par que colocaba cada cosa en su lugar. No podía evitar echar vistazos fugaces hacia la mesa del vaquero, así que se volvió y continuó con su quehacer. También le costaba no echar la mano al teléfono que llevaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros y ya se había asegurado un par de veces que lo había dejado con sonido por si le devolvían la llamada que había hecho a primera hora.

Entró un momento a la cocina y al salir Duncan estaba sentado a la barra, conversando con los dos hombres mayores como si fuese el único motivo por el que había acudido al restaurante. Lo ignoró y dejó los dos especiales de pollo sobre la barra delante de los otros dos antes de rellenarles nuevamente la jarra.

—¿A mí no me dices nada, pelirroja?

—No hace falta, rubio, ya lo hacen por allí.

Señaló con el mentón con rapidez hacia el otro lado del establecimiento y lo dejó plantado en la barra aproximándose a una mesa cercana para atender a unos recién llegados con las carcajadas de los de más edad sonando de fondo.

—Parece que has perdido tu encanto, hijo. Eso o que es inmune.

Entró en la barra, les pasó la nota a los de la cocina y cargó las bebidas en la bandeja viendo cómo Duncan Ford clavaba el codo en la barra y la observaba con el mayor descaro posible.

—Yo no diría tanto, que algún vistazo me ha echado. ¿Verdad, Jade?

Sacudió la cabeza rodando los ojos, metió el bolígrafo en el bolsillo del delantal de trabajo y se apuró en servir a los clientes y recoger una mesa que había quedado vacía. Al regresar a la barra todo continuaba igual y decidida a pararlo le preguntó.

—Se puede saber qué quieres, Ford.

—Una cerveza fría. —Con cara de aburrida echó mano de una jarra para llenarla en el grifo—. Y una cita.

Estuvo a punto de resoplar, pero se contuvo sabiendo que el otro lo tomaría como un triunfo. La joven sentada a la mesa no disimulaba lo molesta que estaba. Al descubrirla mirando le hizo un mohín con el labio y se puso con el móvil.

—Toma —respondió empujando la cerveza hasta rozarle el brazo—. No creo que saques mucho más por aquí.

Duncan sonrió de medio lado antes de darle un trago lento a su bebida con los ojos fijos en ella.

—¿Por qué no? A mí me encantaría.

Jade clavó las manos a ambos lados de sus caderas y se enderezó todo lo que pudo

intentando mostrarse seria. En cambio, los dos hombres sentados a la barra los observaban entre risas.

—¿Sabes, Duncan? Igual no sabes esto sobre mí porque no nos conocemos mucho...

—Porque no me dejas, pelirroja —le interrumpió sin miramientos—. No porque yo no quiera.

—Eso es porque quieres con todas, Ford. En cambio, yo tengo un par de normas. Una muy básica era... —Se dio un par de golpecitos en la barbilla, como si le costase recordar, inclinándose hacia el vaquero—. ¡Ah! No tener citas con un sinvergüenza que me pide salir con su actual cita esperando en la mesa.

Las carcajadas de los otros dos hombres provocaron que la mitad de los clientes se volbiesen hacia ellos. Sin ganas de escuchar su respuesta, Jade agarró un trapo y frotó con fuerza la madera de la barra.

—Vosotros ya os podíais cambiar de sitio —chistó señalando hacia las mesas sin mucho disimulo.

—¡Qué va, hijo! Si aquí se come mucho mejor.

El otro se palmeó el muslo conteniendo la risa y, remangándose, se llevó a cabo un gran pedazo de sándwich de pollo frito sin perder ripio de lo que sucedía delante. Duncan repicó los dedos contra la jarra de vidrio un par de veces manteniendo la sonrisa, acomodándose el pelo que caía desordenado sobre la frente.

—Soy un buen chico, Jade. Mi madre no me dejaría hacer algo así. ¿Qué te parece que te recoja mañana a las siete?

No se tomó la molestia de contestar, señalando con el mentón hacia el lugar en que la morena continuaba esperando por él con dos consumiciones sobre la mesa. En el momento en que él se volvió la chica forzó una sonrisa y lo llamó con la mano.

—No salgo con Lee Ann.

—¿Y eso lo sabe ella?

Lo preguntó con tono sarcástico, pero le sorprendió su carcajada como respuesta. Al darse cuenta de su mirada burlona no se contuvo las ganas de arrojarle el trapo, que asió al vuelo.

—Creo que sí, tesoro. —Se estiró hasta atrapar su muñeca, que le acarició con el dedo gordo a la vez que le devolvía el paño—. Entonces, ¿mañana estás libre?

Estaba a punto de responderle que haría lo posible por estar ocupada el resto del tiempo que permaneciese en Mountainview Valley solo para no tener ninguna cita con él cuando escuchó su tono de llamada y se crispó inmediatamente. Echó la mano al bolsillo trasero y comprobó que la pantalla mostraba un número largo, como de una centralita. Dejó salir el aire entre los dientes, avisó a su compañera de que salía de la barra, disculpándose con un movimiento rápido de la mano y todavía en el pasillo de camino al pequeño almacén descolgó.

CAPÍTULO 6

La llamada no había durado demasiado y había sido menos clarificadora de lo que le hubiese gustado. Esa mañana se había levantado más determinada y había decidido telefonear al Juzgado de Jacksonville en Florida para sacar algo en limpio. A primera hora no estaba la encargada del asunto, pero una señora muy amable le había asegurado que le pasaría el aviso y que le devolverían la llamada.

A primera hora se había sentido muy segura, pero en ese instante y con la funcionaria al otro lado de la línea contestándole con esa desgana en la voz, ya no lo era tanto. Y en el momento en que preguntó con voz dubitativa por el señor Gómez y la otra mujer se cerró en banda, dejó de serlo en absoluto.

—Este es un procedimiento cerrado, señorita Anderson, como ya se le notificó. Se ha archivado por falta de pruebas.

—Sí, sí, eso ya lo sé. Me lo explicó el sheriff...

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

Se recostó contra la puerta, haciendo peso para evitar que otro compañero pudiese entrar frotándose la palma de la mano libre contra la pernera.

—Solo quería preguntar si saben dónde está. Si sigue en Florida.

El resoplido al otro lado le anticipó la respuesta y apretó los párpados, completamente convencida de que la llamada a primera hora no había sido una buena idea.

—No se lo puedo decir, no nos dedicamos a eso. Tampoco es como si lo pudiese saber... Solo le puedo informar de lo relativo a su expediente, aunque no puede haber nada nuevo porque...

—Está archivado —completó en baja suspirando—. Y ya está.

—Sin una orden en vigor no podemos actuar. Usted puede interponer una nueva denuncia si lo estima necesario. Solo tiene que acercarse a su comisaría de —la escuchó teclear— Jacksonville y se la recogerán.

—¿Una nueva denuncia? —repitió casi chillando.

Solo de pensarlo se le escapó un quejido. Interponer la primera le había costado horrores, había puesto su vida del revés y no había servido para nada. No quería saber de tener que hacerlo de nuevo.

—Ya no vivo en... —Se interrumpió a sí misma—. Eso era lo que no quería, pero gracias por la información.

—¿El señor Gómez ha intentado hacerle algo? ¿Tiene usted alguna sospecha firme?

—Es que no estoy segura... He recibido unos mensajes y...

—¿La ha amenazado de algún modo en esos mensajes?

Negó con la cabeza, sintiéndose incapaz de exponerlo y se despidió lo antes que pudo. No había amenazas como tales, solo un par de frases y nada más. Ya la anterior vez le habían indicado que eso no constituía un delito salvo que existiese una prohibición de comunicarse y ya no la había. Y no se trataba solo de los mensajes, era algo más que le costaba poner en palabras.

No sabía cómo explicarle a la mujer del otro lado de la línea que en las últimas semanas había tenido la sensación de ser observada en más de una ocasión. No se trataba de nada

tangible, ni había pasado nada más que esos mensajes, pero eso estaba ahí. Se lo decía la misma intuición a la que había desoído cuando la había alertado sobre Russell Gómez y no pensaba ignorarla esa vez.

Golpeó la puerta con la coronilla inspirando a fondo. Ya no era tan ingenua como para creer que con eso bastaría para que le hiciesen caso cuando ni su entorno más cercano la había creído en la primera ocasión. Cuadró los hombros sintiéndose cansada y por primera vez se alegró de no tener más horas para trabajar ese día.

Salió del pequeño almacén, revisando la pantalla del teléfono por última vez, cuando la alguien le chocó con fuerza desde atrás. Al apartarse se dio cuenta de que se trataba de la joven de cabello oscuro que acompañaba a Duncan, que salía del baño. Abrió la boca para disculparse, pero por el modo en que la vio decidió no hacerlo.

—No te metas en mi camino, mosquita muerta —siseó alejándose de ella.

Contuvo las ganas de contestarle algo a la altura, sabiendo que no se refería únicamente a encontrársela en medio de aquel estrecho pasillo y regresó a la barra. Del lado de fuera, Edrick Hudson se había unido a los otros tres, señalando con el ceño fruncido el teléfono que todavía descansaba en sus manos y se apuró a devolverlo al bolsillo posterior.

—Era una llamada importante —se justificó recogiendo los platos vacíos de los dos hombres y llevándolos al lavavajillas—. De Florida.

Asintió con la boca apretada y la llamó con un gesto de los dedos apartándose ligeramente del resto. La expresión de su cara no resultaba nada halagüeña. Apretó el nudo del mandil para detrás para tener las manos ocupadas. Tras el encontronazo con la otra mujer lo que menos le apetecía era que su jefe le soltase un rapapolvo.

—Ya he hablado con Pete «el lento». Mañana viernes te necesita un par de horas poniendo copas.

Había estado a punto de interrumpirle porque no reconocía ese apodo, pero al escuchar el resto levantó los puños al aire y sacudió la cabeza provocando que algunos mechones naranjas se le pegasen a la cara.

—Gracias, jefe, gracias.

—Ya veremos si me las das después. No le sirvas copas hasta después de las diez, o será imposible aguantarlo y acabará tirado en cualquier lado o montando una trifulca con algún cliente que no le guste.

Asintió sin saber cómo podría negarse a servirle una copa a su nuevo jefe en su propio local, aunque por el modo en que se lo decía debía estar hablando en serio. Intentó parecer seria y preocupada, pero lo cierto era que le daba igual cómo fuese ese tipo. Era la primera buena noticia que tenía en días y sorprendió a Hudson chasqueando los dedos con gracia.

—Tú tranquilo, jefe, que ya me las apaño yo para tenerlo controlado.

—Eso espero. Si la cosa sale bien, te llamaré para que ayudes cubriendo más horas de refuerzo en estos días.

—¿Qué celebramos? —preguntó con desenfado el más alto, al que no había visto aproximarse—¿Este gruñón te va a subir el sueldo? ¿O es que has aceptado mi cita?

—Deja de molestar a mis camareras, Ford —gruñó Edrick—. No tienes que interesarte por cada una de ellas.

A Jade le costó contener la carcajada, pero quedó patente enseguida en el rostro del más rubio que la pulla le había dado igual. Hizo un ademán guiñándole un ojo y se sentó al lado del empresario esperando su respuesta.

—Creo que vas a tener que pedírsela a otra, vaquero. Yo voy a estar ocupada.

Trabajando.

El otro negó con incredulidad y al ver que abría la boca se le adelantó señalando por la ventana al garito situado al otro lado de la carretera, que a esas horas permanecía cerrado. Ford se ajustó las mangas de su camisa de cuadros encarnados en torno a los codos formando una sonrisa pícara.

—Pues ya nos veremos por allí, pelirroja.

CAPÍTULO 7

Se inclinó sobre la barra para escuchar lo que le pedía la cliente notando la tensión en la columna y el ligero dolor en las pantorrillas. Hubiera agradecido poder aprovechar cualquier excusa para estirarse hasta hacer crujir las articulaciones, pero desde que había llegado no había tenido ni un momento para ir al servicio. Y tampoco estaba segura de querer ir al baño, porque al hacerlo pasaría muy cerca de donde estaba una gran cuadrilla de vaqueros locales entre los que estaba Duncan Ford, al que había pillado observándola sin reparo en varias ocasiones.

Ese viernes se estaba alargando mucho más de lo esperado. Había acudido al Hudson BBQ a primera hora, pero pasadas las once no había llegado nadie. No había podido negarse a la petición de su jefe de que le cubriese el servicio ese día en el local. Lo que no había sabido, al aceptar, es que acabaría cerrando ella para ir directamente a su nuevo trabajo. Ni siquiera había tenido tiempo pasarse por su casa a cambiarse antes de ir al Stream Islands.

Apenas se echó un vistazo rápido en un espejo estrecho que colgaba detrás de la barra. Era imposible tener el mismo aspecto que las chicas que se encontraban en la pista tras doce horas seguidas trabajando sin parar y, por la cantidad de gente que quedaba en el pub de ambientación vaquera, todavía no se habían acabado. Al parecer, el ambiente festivo también había llegado hasta allí.

Su nuevo jefe estaba en la esquina opuesta conversando acaloradamente con el otro camarero y recordó las palabras de Edrick sobre su propensión a beber y causar problemas. Al empezar su turno le había dado varias indicaciones y había sido bastante agradable, pero de eso hacía varias horas.

El hombre le había dejado muy claro desde el principio que solo le daba una oportunidad porque iba recomendada y que si la fastidiaba se la daría a otra. Asintió con seriedad dándole la razón en todo y fingiendo atender hasta a las cuestiones más básicas, aunque no le hiciese falta. En los últimos diez años había trabajado con frecuencia en numerosos locales de Florida desde que con dieciséis aceptó la oferta de unos vecinos del bloque para hacer unas horas en su cafetería.

No era su trabajo favorito, pero se le daba bien, solía haber ofertas y en muchos casos las propinas eran buenas. Y gracias a eso se había podido pagar los estudios. Además, debía ser realista, pensó para sí con acritud mientras cobraba dos botellines a una pareja. Nadie contrataría a una asistente personal que no duraría en el pueblo más de una semana. Añadiendo que en Mountainview Valley no había demasiados negocios que lo necesitasen.

—Oye, ¿te quedan más botellines de cerveza de cereza?

Su compañero arrugó las cejas y estaba a punto de contestarle algo cuando tuvo que agarrar a Pete «el lento» antes de que llegase a las manos con un vaquero que bebía en la barra. Señaló en dirección al cuarto de baño gritando.

—Esas bebidas que nadie pide se guardan en el cuartucho del fondo. Vete tú, que si lo suelto la lía.

Miró de reojo hacia el fondo para asegurarse de dónde estaba el rubio componiendo una mueca al darse cuenta de que la había descubierto. Se hizo la despreocupada y sirvió un par de consumiciones más hasta que vio seguro ir hacia allí. Ford había desaparecido de su vista y necesitaba más de esas cervezas dulces que semejaban estar de moda ese día.

Había otro motivo por el que no había intentado salir de la barra ese día, se dijo tirando

de las mangas del jersey de punto que Katie le había regalado la semana pasada, aunque no le gustaba reconocerlo ni para consigo misma. El local estaba bastante lleno, las luces eran tenues y muchos de los hombres mantenían los sombreros vaqueros a pesar de estar en el interior de un local, y eso le generaba cierta inquietud, aunque a esas alturas ya no sabía si la sensación era real o producto de sus miedos.

La puerta se le resistió y tuvo que golpearla con el antebrazo para poder entrar. Se escabulló en el interior en cuanto pudo. Era un espacio pequeño al final del pasillo donde se encontraban los servicios donde colgaba una bombilla del techo y contra las paredes se hacinaban cajas plásticas y de cartón de diferentes bebidas. Arrimó la puerta para que no hiciese sombra en la escasa luz del interior y comenzó a rebuscar aliviada por aislarse de la música country que no había cesado de sonar en toda la noche.

La luz osciló un instante a su espalda y, al escuchar un ruido tras ella, despegó la cabeza de la pared, relajándose casi al instante.

—El baño es dos puertas más atrás.

No necesitó volver la cabeza para saber quién estaba detrás, pero aun así lo hizo. Las anchas espaldas llenaban todo el hueco, sosteniendo la puerta con una de sus manazas.

—Deberías tener más cuidado, tesoro.

Duncan dio dos pasos hacia ella riéndose con ganas. El espacio de repente resultó insultantemente pequeño y odió a cada una de las personas que habían pedido la cerveza de cereza que era incapaz de encontrar. Escrutó las paredes buscándolas intentando ignorarlo.

—Ya lo hago. Y estoy a punto de poner a Miller en marcación rápida.

El vaquero recorrió su cuerpo con la vista con total descaro, deteniéndose donde le venía en gana, encendiéndola a su paso.

—No veo cómo. No traes el teléfono y te vendría muy bien.

—Ya, seguro que...

Las risas a escasa distancia le llamaron la atención. A sus espaldas dos vaqueros se reían en el pasillo y cuando uno le dedicó una mirada fugaz se aproximó molesta al rubio apartándolo de la puerta al tirar de su brazo.

—Tengo que encontrar los botellines de...

Su vista se detuvo en su mano, todavía apretando la camiseta oscura y lo soltó al ver su sonrisa. Al volverse se fijó en una caja con unas pequeñas cerezas dibujadas en un costado y la agarró con prisa.

—Ya las tengo. Mejor salimos, que mi nuevo jefe andaba cabreado.

—Lo estaría más si no estuviese yo aquí.

Con cara de escepticismo lo esquivó cuanto pudo, señalando hacia la puerta con la barbilla, pero Duncan ni se movió del sitio, cruzándose de brazos con una expresión divertida la alteró un poco más al notarlo tan cerca.

—¿Esto te suele funcionar? ¿Es lo que les gusta a las chicas de por aquí?

—No lo sé. —Sintió el roce de un brazo a su costado y se giró pegando la espalda contra la puerta—. Nunca me había intentado encerrar una chica que dice que no le interesa.

—¿Encerrados?

Lo balbuceó de mala manera viendo como el cuerpo firme de Duncan se aproximaba todo lo que le permitía la caja a la que se aferraba para intentar mantener la distancia. El calor de su pecho le abrasó el dorso de la mano a través del tejido y se le cortó el aliento cuando se inclinó sobre ella apoyando una mano sobre la madera. El vaquero se inclinó lentamente sin despegar la vista de sus ojos, devorándola sin necesidad de tocarla.

—Exacto, pelirroja —susurró con voz ronca y el aliento le acarició la oreja provocándole una maraña de nervios en la boca del estómago—, aunque no te hacía falta llegar a esto para tenerme a solas.

La nariz le rozó el pómulo, rascándole la mejilla con la ligera barba del día, con los rostros tan pegados que estaba segura de que iba a besarla y, sin darse cuenta, se le escapó un gemido cuando sus labios le provocaron cosquillas al rozar la comisura de los suyos. Por primera vez en mucho tiempo, deseó que la besara. Sin embargo, Duncan se apartó lo suficiente para que pudiera ver sus almendrados ojos verdes brillando, supo que no iba a suceder y que iba a mortificarla con ello. Un sonido le llamó la atención sobre su cabeza.

—Esta puerta falla y se atranca por dentro —indicó con seriedad y una pizca de burla—, por eso es una suerte que yo sepa dónde ha dejado el viejo Pete esto.

La llave refulgió un momento en su mano, mientras la paseaba ante sus ojos. Antes de meterla en el bombín, golpeó la zona de la cerradura escuchándose un leve crujido y la puerta después se abrió con facilidad. Intentó responderle de manera mordaz, pero no pudo. Estar tan cerca de aquel vaquero le había resecado la garganta y por un momento le dieron ganas de dejarse vencer hacia atrás y que la puerta se volviese a cerrar.

No tuvo la opción. En cuanto se quiso dar cuenta estaba siguiendo a Duncan de regreso, que cargaba la caja de las cervezas en una mano y con la otra la apretaba contra sí por la cintura apartándola de la gente que todavía llenaba el garito. Se apresuró a colocar las bebidas en el sitio intentando no dirigir la mirada al rubio que estaba a su izquierda al otro lado de la barra.

—No pongas esa cara, vaquero —susurró apuntándole con el índice a la vez que le servía una cerveza—, que esto no ha cambiado nada.

Su carcajada la acompañó mientras se alejaba de regreso al fondo del local, en donde pudo ver a los mismos hombres con los que había entrado. Esbozó una sonrisa cuando vio que se detenía en medio de la pista guiñándole un ojo. Un cliente reclamó su atención y al volver a levantar la vista ya no estaba y a cambio una sensación molesta se le fijó otra vez en la espalda.

CAPÍTULO 8

Incrédula lo escuchaba incapaz de cerrar la boca, mientras el otro observaba la obra sin prestarle demasiada atención. Molesta al darse cuenta de que no iba a sacar nada más refunfuñó por lo bajo siguiéndolo mientras deambulaba.

—Ayer no dijiste nada de esto.

—Porque no lo sabía. Y no me distraigas con tonterías que ya ves lo que nos traemos entre manos. Los obreros dicen que hay que cambiar estas tuberías, los del seguro no se quieren hacer cargo y estoy hasta las narices de discutir con todo el mundo como para empezar tan temprano contigo.

Edrick avanzó con paso decidido por entre tubos y cables, sorteando el material tirado por el suelo del que fue su primer lugar de trabajo al llegar a Montana, hasta detenerse frente a la pared en donde antes se situaba la cafetera. No había vuelto a entrar desde la mañana anterior al incendio. El The Sweet and Wild estaba irreconocible porque en aquellos momentos no era más que un bajo vacío y sin alma. Le vio apretar los labios hasta hacerlos desaparecer y se esperó unos segundos antes de volver a abrir la boca, porque era obvio que su jefe no se encontraba de buen humor.

—Pero, ya que estoy aquí, quizá podría...

No la dejó ni terminar, dirigiéndole una de esas miradas duras que habían enmudecido a más de un rudo vaquero que había intentado pasarse de listo en sus locales.

—Igual no he sido lo suficientemente claro, Jade. Ayer ya trabajaste horas más que suficientes para todo el fin de semana. Y la ley me obliga a darte descanso, aunque tú no quieras, así que no vas a hacer más horas en lo que queda de fin de semana. Al menos, para mí.

Le tendió la carpetilla que llevaba en la mano izquierda para que se la sujetase antes de examinar parte de la instalación del nuevo sistema anti incendios y soltar un bufido tensando un cable.

—Esto es una porquería, el lunes me van a escuchar...

Le pidió la carpeta y anotó varias cosas mascullando entre dientes para después encaminarse a la puerta, que abrió y señaló hacia afuera sin contemplaciones. Estaba claro que la estaba echando y no tenía más opción que obedecer. Eso no le quitaba la sensación molesta de la base del estómago. La noche anterior había regresado tarde a casa y había caído rendida en el colchón hasta que había sonado la alarma a las ocho, ya que tenía turno de mañana en el asador.

Al llegar ya estaban otras dos compañeras trabajando y Nadia le había contestado de malas formas porque Edrick le había dado ese turno. Le había costado mucho morderse la lengua y no responderle de la misma manera, ya que había sido la que no se había presentado el día anterior a trabajar. Como no quería tener problemas con las compañeras de trabajo, había preferido hablar con el jefe directamente, pero tampoco estaba valiendo de nada y se estaba deshinchando.

—Cualquier otro de mis empleados estaría encantado de tener el día libre, Anderson. Y más cuando Pete «el lento» me ha contado que te quiere allí otra vez esta noche. Déjame tranquilo, que tengo que seguir examinando este desastre.

—Y yo, ¿qué hago ahora?

—Yo qué sé, improvisa. Es sábado, hay una feria en la plaza y Katie ha mencionado algo de que sirven tortitas. —Levantó una ceja y dulcificó la expresión con una sonrisa—. Tómame la mañana de relax, es una orden.

Salió con poco entusiasmo y sin saber a dónde dirigirse. No lo quería admitir en alto, pero se aburría de estar sola. Resopló al sentir el viento en el rostro, pegando la barbilla contra el pecho y guardando las manos en los bolsillos. En la plaza podían estar celebrando la llegada de la primavera, pero esas temperaturas no eran para ella.

Llevaba días sin ver a Katie, que ya no aparecía ni por el asador. Saber que la habían sustituido esa mañana en el Hudson BBQ, lejos de ser un alivio, le había supuesto una pequeña decepción así que, dejándose llevar, se desvió de su trayectoria habitual y bajó hasta la plaza del ayuntamiento.

Aunque todavía era temprano, el ambiente era animado y había más gente de la que esperaba. Las fiestas parecían haber animado a todo el mundo, porque nunca había visto el pueblo tan concurrido desde que había llegado. Una pequeña banda de cuatro integrantes tocaba versiones de canciones country populares en el escenario en un tono bajo, animando sin molestar a los que disfrutaban de los puestos de comida y de venta que ocupaban el centro de la plaza. Sin saber qué hacer, se unió a un par de personas que recorrían los puestos artesanales sin intención de comprar nada.

En cambio, pagó un desayuno generoso a un puesto de la competencia y se sentó en una de las mesas que había montado días atrás para su jefe intentando distraerse siguiendo con la vista a algunos de los paseantes, agarrando la taza con ambas manos para templar los dedos. La idea de llamar a Maira paseó por su cabeza, pero en vez de echar mano al teléfono agarró una de las tortitas y se la llevó a la boca con frustración. Solo había pensado en llamarla porque dos chicas bromeaban un poco más adelante, recordándole a ellas unos años atrás.

«O unos meses atrás. No hace falta ir tan lejos»

El bocado le bajó amargo por la garganta. La echaba de menos, pero ya no podía contar con ella. Maira no la había creído cuando más la había necesitado y no pensaba que algo hubiese cambiado desde que había abandonado Jacksonville, porque no había vuelto a saber de ella. El banco se hundió a su izquierda y ella metió otro trozo de tortita en la boca todavía indecisa. Si quería averiguar si Russell continuaba en Florida era su mejor opción, pero no estaba tan segura de cómo afrontar la conversación.

El banco volvió a ceder y por el rabillo del ojo vio al hijo de los Anderson con una de sus compañeras de trabajo conversando tranquilamente compartiendo un almuerzo. Todo el mundo a su alrededor estaba relajado, disfrutando de las fiestas y ella echaba de menos sentirse así también. Apuró el resto del café en dos tragos largos para levantarse, llevándose las tortitas, dando un rodeo por la plaza en el camino de regreso a su casa.

Se sentía indecisa y, aunque fuese una tontería, no quería que nadie escuchase su conversación con quien hasta hacía muy poco había considerado su mejor amiga. Tampoco pensaba que a alguien le fuese a interesar, pero le hacía sentir incómoda y vulnerable. El ruido de la gente se iba a alejando conforme deambulaba, rozando el móvil con la punta de los dedos, pero sin llegar a sacarlo del bolsillo.

«Venga, Jade, no tiene sentido alargarlo. La llamas, se lo preguntas y ya está. Y si se pone brava y se pasa, le cuelgas y punto. Va.»

Sacó el teléfono intentando no pensar mucho más con un manojo de nervios en la boca del estómago. Justo antes de llamar mojó el meñique en el sirope y se mordisqueó el dedo mientras escuchaba los tonos sin que descolgasen. A la tercera vez que se cortó la llamada se

decidió a dejar un breve mensaje de voz pidiéndole que le devolviese la llamada y lo devolvió al bolsillo con frustración, porque el esfuerzo no había valido para nada.

—Anderson, ¿todavía andas por ahí a vueltas?

Sin darse cuenta había regresado hasta el Hudson BBQ y su jefe la observaba entre preocupado y divertido desde la puerta. Elevó los hombros extendiendo la bandejita hacia él.

—Lo he intentado, jefe, pero no me ha salido bien. Se ve que hoy estaba con ganas de trabajar...

—Pues si no tienes nada más que hacer, al final, me vas a venir bien. —Le hizo un gesto de que la siguiera y echó a andar—. ¿El cacharro ese que usas sigue funcionando o está otra vez en el taller?

—¡Claro que funciona! —protestó sin convicción.

Al parecer, acababa de salirle algún tipo de ocupación que, con un poco de suerte duraría hasta la tarde y dejaría de darle vueltas en la cabeza a la llamada que acababa de hacer. No pronunció palabra escuchándolo discutir al teléfono con un contratista entre otras llamadas, apretando el paso para igualarlo al suyo hasta llegar casi a su casa, deteniéndose en el lateral donde solía aparcar su vehículo.

—Necesitamos una furgoneta. Los muy zoquetes se han hecho un lío entre las obras de la cafetería y las de nuestro nuevo rancho y se han llevado de vuelta parte del material que necesitamos para revestir el suelo. O lo recogemos hoy o lo mandan de vuelta para los almacenes y eso serán dos días más de retraso.

—¿Quieres que te deje mi *furgo*?

La mirada que le dirigió le hizo subir los colores, como si hubiese pronunciado alguna estupidez, desbloqueando la pantalla del móvil. Le respondió antes de enviar un par de mensajes con la boca fruncida.

—No puedo ir hasta Whitehall ahora. Estoy hasta arriba.

—Pero yo no tengo ni idea obras, maderas o cosas de esas.

—Tú solo tienes que limitarte a conducir.

CAPÍTULO 9

Desde que había comprado aquella furgoneta el único hombre que se había subido a ella era el mecánico y porque no quedó otro remedio, así que lo que menos había esperado es que el primero que se sentase junto a ella fuese Duncan Ford con sus pintas de vaquero irresistible y esa ligera barba que no ocultaba la sonrisa guasona que le había acompañado desde su llegada.

—No sé por qué estás tan contento. Estás pringando un sábado por la mañana.

—Trabajo en un rancho desde que iba al instituto, estoy acostumbrado a trabajar cuando hace falta. Y esto —añadió entre risas— es cualquier cosa excepto trabajo. Al llegar al cruce, a la izquierda.

Por el rabillo del ojo vio su aspecto tan ufano que le dieron ganas de soltarle un manotazo, pero supuso que eso sería todavía peor. Giró el volante y con la mayor seriedad posible contestó con la vista puesta en la carretera.

—No lo será para ti. A mí me lo van a pagar como horas extras.

La mano ancha y dorada de Duncan le apretó el muslo con ligereza y no pudo contener un pequeño respingo. Casi al momento, volvió a repetir el gesto y ella le retiró la mano con un movimiento seco que le arrancó una carcajada.

—No sé qué te piensas, vaquero, pero esto no es una cita.

—Nadie tendría una cita en una tienda de maderas en Whitehall.

—Lo digo en serio.

—Yo también, Jade. No tengo pensado volver a pedirte una cita.

Esperó a que añadiese algo más, pero no lo hizo, limitándose a recostarse en el asiento de copiloto dando por zanjada la conversación. Sin embargo, había visto el brillo de sus ojos claros dejándole muy a las claras que no era así y aunque no quería seguirle la corriente, apenas entraron en la interestatal volvió a la carga.

El vaquero se le había insinuado más de una vez desde que había comenzado a trabajar en la cafetería, aunque ella siempre se había comportado como si no entendiese ninguna de las indirectas. Era un flirteo agradable que la sacaba de la rutina con uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida, pero nada más. Ella no buscaba nada porque bastante tenía con su vida. Y menos con un hombre que no se tomaba nada en serio y que se cansaría de ella antes de dejarla en la puerta de su casa en la primera cita. Aun así, escuchar esa frase le había escocido por dentro.

—¿Al fin te has cansado?

La carcajada resonó por todo el habitáculo agarrándose la barriga como si fuese lo más gracioso que hubiese escuchado en todo el día. Se mordió el interior del carrillo con fuerza y deseó poder adelantar de una vez a la vieja camioneta de delante para librarse de su vaquero cuanto antes.

Duncan se ajustó el sombrero vaquero

—Tras lo de anoche, tesoro...

—Anoche no pasó...

La mirada profunda de Duncan hizo que se atragantara con su propia saliva. Carraspeó un par de veces con la vista puesta al frente antes de verse capaz de completar la frase.

—No pasó *nada*.

—Si prefieres decirte eso a ti misma...

El índice se posó en su rodilla y comenzó a ascender sinuosamente por la cara interna del muslo hasta la mitad para después descender de nuevo dejándola sin respiración. No sabía cómo de lejos estaba el almacén de maderas al que se dirigían, pero el trayecto se le estaba haciendo eterno. La noche anterior, cuando él se había acercado en busca de la llave, su cuerpo había reaccionado y había quedado más que patente que el vaquero lo había notado y no dudaba en hacérselo saber.

El cartel de bienvenida a Whitehall a lo lejos la tranquilizó lo suficiente, pensando en que ya tendría tiempo durante la tarde para pensar en ello. La llamada del teléfono interrumpió sus pensamientos bruscamente, porque desde su reunión con el sheriff su móvil no sonaba. Con la mano izquierda todavía en su pierna, Duncan echó mano de él, volviendo la pantalla hacia ella.

—Te llama Maira.

—Mierda —masculló entre dientes.

Increíblemente el viaje con el rubio le había hecho olvidarse de eso, aunque una parte de ella tampoco esperaba que el teléfono sonase de vuelta.

—¿Quieres que le responda? Le digo que estás conduciendo y...

—Ponlo en altavoz —respondió negando con la cabeza—. Y ni una palabra.

Obvió la mirada de extrañeza del vaquero mientras lo hacía preparándose mentalmente. No lo esperaba, pero la voz de su amiga sonó lejana y hueca.

—Al fin se sabe algo de ti.

—¿Qué tal, Maira? Ahora estoy un poco ocupada, ¿te puedo llamar luego?

—Es sábado, Jade. Yo sigo con mi vida de siempre.

Apretó el volante hasta blanquear las yemas de los dedos al darse cuenta. Desde que los ingresos habían caído hacía un año, Maira y su novio ayudaban en el hotel de sus padres y sus horarios eran complicados.

—Vale. ¿Y qué tal todo?

El bufido al otro lado fue más que evidente.

—Como si te importase, desaparecida. En serio, ¿qué quieres? Yo también estoy ocupada, tengo que volver a recepción.

Dudó unos instantes con un sudor frío bajando por la espalda. Sentía la mirada pesada de Duncan sobre ella y no le apetecía que se enterase de su conversación, pero no podía hacer otra cosa si quería una respuesta. Torció a la derecha siguiendo su dedo y carraspeó sin saber cómo seguir. No era eso en lo que había pensado al marcar esa mañana.

—Jade, suéltalo.

—¿Sabes algo de Russell? ¿Lo has vuelto a ver?

—¿De verdad? ¿Después de la que has liado intentas volver con él?

—Yo no... —negó, se pasó una mano por la pernera y soltó el aire entre los dientes intentando sonar relajada—. ¿Está en Jacksonville o no?

—La pregunta es dónde estás tú, que llevo sin verte dos meses.

—Como sigas recto acabamos en Three Forks —susurró Duncan señalando con vehemencia hacia su derecha.

Giró en el primer desvío siendo consciente de que había dejado Whitehall atrás sin enterarse, levantando una polvareda a su paso.

—Eres increíble, Jade, preguntando por Russell estando con otro. No quiero ni saber quién es... — Se interrumpió y escuchó unos murmullos lejanos y la voz de su amiga un poco

apagada—. Era mi padre, tengo que volver al trabajo. Si quieres hablar, ven por mi piso. Chao.

Agradeció que Duncan no preguntase nada, siguiendo sus indicaciones hasta aparcar delante de una gran nave de color blanca que había visto tiempos mejores. Se quedó sentada en el interior de su furgoneta viendo cómo el vaquero se ajustaba el sombrero antes de dirigirse a unos hombres que parecían esperarlos con varios tablones apoyados contra la fachada.

Retorció el teléfono entre sus dedos un par de veces con las palabras de Maira flotando todavía en el aire. Posó las palmas en los ojos y reposó la cabeza contra el asiento maldiciendo no haber sacado nada en limpio. Vio hacia la ventanilla al escuchar el un ruido en el cristal.

—¿Todo bien? —Asintió sin ganas y vio que no la creía—. En cuanto metamos todo eso atrás nos vamos a comer. Tranquila, que paga tu jefe.

Esperó en la furgoneta y arrancó a regañadientes. Duncan había propuesto comer en un restaurante en el centro de Whitehall y ella se había limitado a seguir sus indicaciones, pero en vez de estacionar en donde le indicó, frente a un local recubierto de madera y que parecía sacado de una película mala del oeste, continuó de regreso a Mountainview Valley.

—Si no te gustaban las alitas, habérmelo dicho.

Puso una sonrisa de compromiso sin llegar a responder. No conocía tanto a Duncan y él había insistido lo suficiente en tener una cita como para saber qué pretendía con aquello y no se sentía preparada. Quería regresar lo antes posible y encerrarse en su habitación hasta que llegase la hora de ir al pub para evitar cualquier tipo de pregunta comprometida por su parte. Y tampoco quería compartir más intimidad de la necesaria con una persona que había conseguido hacer reaccionar su cuerpo sin ningún esfuerzo.

Agradeció que el trayecto discurriera en silencio, sin más distracción que el traqueteo de las maderas en el compartimento trasero. A mitad de camino, Duncan le hizo un gesto para que detuviese el vehículo en una pequeña estación de servicio. Poco después regresó con una bolsa marrón y una sonrisa ladeada que le dejó más que claro porqué había sido el soltero de oro en la puja del último festival de la cosecha.

—No eres muy maniática con el cacharro este, ¿verdad? —pregunto tendiéndole un sándwich de pavo y mayonesa—. Lo digo por las migas y las manchas. Necesitamos comer algo.

Iba a protestar, pero un quejido en su estómago le hizo extender la mano y pegarle un bocado, dándole las gracias con la boca llena. A un lado apareció un refresco de cereza y poco después un pastelito de manzana, mientras conversaban sobre menudencias. Katie le había dicho en más de una ocasión que era una persona muy divertida y no se había equivocado.

—Nos falta un café. ¿Crees que tendrán ahí adentro?

—¿Sabes dónde tenían café?

La expresión ufana que unió a su provocación le hizo darle un manotazo que él paró entre risas, reteniendo la mano entre las suyas durante un segundo más de lo necesario. Lo suficiente para ponerla un poquito más nerviosa.

—Lo de antes...

—No es asunto tuyo —replicó con aspereza zafándose de sus dedos para arrancar la furgoneta.

—Pues yo creo que sí, pelirroja. —Sin inmutarse, le tomó la barbilla para encarar sus rostros hasta que no quedó más que un palmo entre ambos. —Aunque digas que no pasó *nada*, allí estábamos los dos.

Se inclinó hacia ella y se preparó mentalmente para recibir un beso que estaba más que dispuesta a recibir, pero en vez de eso le acarició la mejilla con la nariz, besándola justo en la comisura de la boca. Se alejó un poco y deslizó el pulgar por su grueso labio inferior de manera

errática con una mirada tan intensa que sin darse cuenta de lo que hacía le lamió el dedo apretándolo entre sus dientes.

—Joder, Jade, si esto no es algo. —Se inclinó de vuelta y saludó a una camioneta cercana poniéndose el cinturón—. Pero ahora te toca a ti.

—Me voy de Montana en cuanto termine la Pascua.

—Pues entonces date prisa en pedirme la cita.

CAPÍTULO 10

Por mucho que le fastidiase admitirlo tenía razón. Aunque lo fingiese por fuera, no podía convencerse a sí misma de que era tan inmune a la presencia del vaquero como le gustaría, y menos cuando todavía sentía el calor de sus dedos en los labios. Echó un nuevo vistazo al espejo del baño y arrugó la nariz. En algún momento, y pensado en lo ocurrido en la furgoneta, le había parecido buena idea ponerse una camiseta de tirantes verde botella con flecos y sus vaqueros más ajustados, pero ya no había tiempo para cambiarse y tendría que salir así.

Esa camiseta era lo que ella había considerado estilo *cowboy* antes, cuando vivía en Florida, solo porque la parte delantera terminaba flecos. Esa camiseta le encantaba, pero ya no se sentía tan segura para llevarla porque le dejaba casi toda la espalda al descubierto y gran parte de la barriga y al verse en el reflejo una frase emponzoñada le había regresado a la memoria. Como le había soltado Russell en su momento, no era más que una «pelirroja delgaducha, plana y desgarrada» y en aquellos instantes le costaba verse como la chica que se había sentido deseada hacía unas horas.

Agarró el coletero y amarró el cabello rojizo en lo alto de la coronilla, se puso un jersey de punto calentito y tras dudar un instante ante el perchero de la salida, optó por vestirse la cazadora que no abrigaba. Bastantes alas se había dado Duncan ese día como para animarlo más, sobre todo porque estaba convencida de que su insistencia se debía a que era la única había rechazado al gran seductor del condado.

Sin embargo, a las dos horas de estar trabajando tras la barra se alegró de haberse puesto esa camiseta. El Stream Island estaba abarrotado, sin un espacio libre ni en las mesas altas laterales ni en la pista y el calor le resultaba pegajoso. Y aunque se había repartido la zona de trabajo con Nadia, su compañera se escaqueaba yendo mucho más despacio de lo necesario, así que no paraba de ir de un lado a otro sirviendo a todos aquellos vaqueros con la música country retumbando en estéreo.

Una pareja se aproximó a la otra esquina de la barra y se dispuso a atenderlos al ver que la otra no se movía. Le parecía increíble que gran parte de los clientes llevasen el sombrero vaquero encima cuando a ella le molestaban hasta los mechones que se escapaban del recogido y se le pegaban a la frente.

—Ponme otra cerveza también a mí, pelirroja.

La voz le produjo un escalofrío que intentó disimular cuando le rozó la mano para agarrar la consumición y el cambio. Duncan, en cambio, la repasó entera con la mirada hasta hacerla sonrojar. Llevaba las mangas de su camiseta verde militar subidas hasta los codos y los músculos se le marcaban en la piel ligeramente dorada, parte del cabello caía desenfadado sobre el lado izquierdo de su frente y en el momento en que le dirigió una sonrisa seductora agradeció que se aproximasen otras personas a pedir sus consumiciones y que él se uniese a otros vaqueros al fondo del local.

Al echar un vistazo de reojo unos minutos después, vio que varias mujeres se les habían unido con una colgándose de su codo con excesiva familiaridad y abrió una de las cámaras con más fuerza de la necesaria buscando un refresco. Al marcar en la registradora volvió a notar un molesto picor en la nuca y al levantar la vista lo vio.

Un vaquero apoyado contra la pared opuesta, con el sombrero de color negro hundido hasta las cejas, la cazadora y los pantalones tejanos oscuros y la vista puesta en ella. Su cara quedaba en penumbras, en una de las zonas más oscuras del garito, así que no pudo reconocerlo, pero estaba absolutamente segura de que la observaba y toda la tensión volvió a adueñarse de ella de manera automática.

Las voces del cliente reclamando su cambio la sacaron su ensimismamiento y se apresuró a darle el dinero disculpándose, pero con el rabillo del ojo puesto en aquel hombre que seguía allí, ajeno al resto de la gente. Tragó saliva con dificultad y echó mano del Red Bull que había posado bajo la barra y que le dejó un regusto amargo al beber.

Lo posó en el mismo lugar con nerviosismo intentado convencerse a sí misma de que eran imaginaciones suyas, pero fue incapaz de dejar de verlo con una molestia cada vez más grande adueñándose de ella. Aprovechó un momento en que no había tanta gente en la barra y rebuscando en la bandolera sacó el teléfono del bolsillo y le envió un mensaje a su amiga Maira antes de incorporarse.

—¿Qué haces con el móvil en la mano? —chistó Nadia que se había acercado a buscar una botella de whiskey—. Como Pete vea a un cliente sin atender por estar ligando te vas a enterar. Y yo también.

—No estaba...

—Anda, deja eso ahí —rosmó echándose el cabello tras la espalda para regresar junto al cliente.

Estaba a punto de dejarlo junto a su vaso cuando vio que la pantalla se iluminaba y le entraban varios mensajes a la vez. El teléfono le tembló en la mano y al levantar la vista vio que el vaquero del fondo estaba guardando su teléfono en el bolsillo interior de la cazadora, para después levantar la cabeza en su dirección haciéndole un gesto con la barbilla.

El aire se le detuvo en los pulmones, la cabeza le ardía a punto de estallar y se sentía ligeramente embotada, como en un limbo extraño en el que aquel desconocido la tenía atrapada. Una parte de su cabeza no paraba de repetir que no se trataba de un desconocido porque no podían ser tantas coincidencias, mientras intentaba apelar a su lado más racional que le recordaba que nadie sabía que estaba allí, en un pueblo perdido enclavado en las Montañas Rocosas de Montana.

El codo de Nadia se clavó sin compasión en sus costillas y se llevó la mano al lateral izquierdo guardando su teléfono en el bolsillo del pantalón tejano. La mirada reprobatoria de su compañera era lo suficientemente elocuente, pero se sentía extraña, como fuera de sí misma, incapaz de formar una frase con un mínimo de coherencia. El teléfono volvió a vibrar en sus pantalones y reprimió las ganas de ver qué había recibido.

—Jade, pareces un pasmarote. Haz algo.

Nadia tecleó en la máquina registradora y ella agarró de nuevo la bebida dando un trago largo hasta acabársela. Respiró hondo un par de veces contemplando como la otra se movía con soltura por detrás de la barra mientras ella se sentía incapaz de salir del sitio. Al regresar la vista a la pared del fondo, el hombre ya no estaba. El sitio estaba ocupado por un grupo de jóvenes que se movían al compás de la música con sus botellines en la mano.

El alivio la inundó casi al instante, sintiéndose un poco ridícula por cómo se había comportado. Maira creía que ella todavía seguía en Florida porque era lo lógico, y el resto de las personas que la conocían de antes seguro que también pensaban lo mismo. Era imposible, absolutamente imposible que aquel vaquero fuese algo más que un desconocido, pero aun así ella había dejado que se encendieran todas sus alarmas.

—¿Estás bien? —Asintió.

—Un poco acalorada.

—Toma, anda.

Agarró el vaso que le tendió Nadia y las dos se sentaron sobre una de las grandes neveras dando cuenta de la bebida.

—Te sigo viendo sofocada.

—Sí.

Ya era tarde y no quedaba tanta gente en el local. Echó un vistazo en derredor, pero los clientes que permanecían en la barra ya estaban atendidos y charlaban sin prestarles atención, Pete «el lento» se había marchado del lugar hacía un rato más borracho que sereno y la música country seguía sonando atronadora por los altavoces del pub.

—Sal al aparcamiento a que te dé el aire, Jade —indicó palmeándole el muslo incorporándose—. Te vendrá bien. Por ahí llegas antes.

Señaló el pasillo cercano a su lado de la barra en el que se encontraba la salida de emergencias que daba acceso al aparcamiento del local y que quedaba mucho más cercano y despejado de gente que la entrada principal del Stream Islands.

—Vale.

CAPÍTULO 11

Se despertó sintiéndose extraña, un poco desconcertada y con la mirada borrosa. Se frotó los ojos con las palmas, abrió los párpados de nuevo y no reconoció dónde estaba. No era su habitación. Ese cuarto no era el suyo. Al mover las sábanas para incorporarse percibió un sutil aroma masculino y la embargó el pánico.

—¡No, no, no! —exclamó tapándose los ojos con las manos, incrédula—. ¡Otra vez no!

Notó la humedad en los dedos y los presionó ligeramente contra los párpados. Llorar no le serviría de nada, pero no podía evitar que una lágrima se le escapase. El ligero ruido de la puerta al abrirse le hizo despegar la cabeza.

—¿Ya estás despierta? ¿Estás mejor?

La sonrisa de Duncan, asomando la cabeza con prudencia al interior de la habitación, contrastaba con el gesto torcido que le devolvió. Bajó la mano hasta las sábanas y las llevó hasta el mentón para ocultarse.

—¿Dónde estoy? —pronunció con dificultad.

—En mi casa. ¿No te acuerdas?

Sacudió la cabeza sin ganas y el vaquero entró deteniéndose a un metro de la cama. Su aspecto era fresco, desenfadado, con la camiseta interior por fuera de los pantalones de pana mientras que ella se sentía desorientada, confusa. Extendió la mano hacia ella que, sin quererlo, se crispó encogiéndose sobre sí misma.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde... dónde me encontraste?

—No ha pasado nada, Jade. Te lo aseguro —aseveró arrugando la barbilla—. Me pareció que no estabas bien y te traje aquí, pero no te ha pasado nada.

Elevó los hombros y apoyando los codos sobre las rodillas se tapó la cara con las manos sin poder creerse que se hubiese despertado en la habitación del vaquero sin recordar nada, con los nervios adueñándose de su estómago.

—Me crees, ¿verdad? ¿Estás bien?

Asintió sin ganas abrazándose a sí misma doblándose sobre la barriga. Era ridículo desear que solo fuese un mal sueño a sabiendas de que era real. Lo vio salir de la habitación y poco después asomarse con el teléfono pegado a la oreja y una preocupación sincera en la mirada.

—Está aquí, conmigo —decía en tono bajo sin sacarle el ojo de encima escuchando a la otra parte—. Sí, estoy seguro.

Entró despacio en la habitación, sacando del armario un par de cazadoras y una camiseta que llevaba a rastras consigo. Se movía con calma, como si procurase no molestarla, asintiendo sin darse cuenta de que la persona al otro lado no lo veía, con las cejas contraídas.

—De acuerdo. Lo antes posible, sí.

Apenas colgó Duncan se sentó con cuidado en su borde de la cama con una sonrisa tensa, extendiendo la mano hacia ella, pero deteniéndola a medio camino sin llegar a tocarla.

—He hablado con el sheriff Miller porque creo que necesitas ayuda. Va a localizar al médico de Four Corners para que nos atienda y nos encontraremos allí. —Le vio apretar los labios hasta dejarlos sin color un par de veces antes de preguntar—. ¿Prefieres que llame a Katie y te acompañe ella?

—No quiero ir ni que se entere nadie —sollozó cubriéndose la cara con la sábana.

La mano de Duncan se posó con mucho cuidado sobre su rodilla, como si fuese tan frágil que se pudiese partir y la acarició con la punta de los dedos sobre la tela hasta que su respiración se fue calmando y tiró de la sábana hacia abajo hasta descubrirla.

—Confía en mí. Te prometo que no me separaré de tu lado, pero tenemos que ir.

El doctor les estaba esperando en la clínica cuando llegaron, recibéndolos personalmente con un aspecto serio. Aparentaba la misma edad de Miller, poco más de cincuenta, aunque en mejor forma física y sus maneras eran educadas y firmes. Esperó a preguntar por lo sucedido hasta que Jade se sentó en la camilla de la pequeña consulta.

—El sheriff Miller me ha informado por encima. ¿Qué me puede contar usted? ¿Algún síntoma?

Jade tiró nerviosa por la manga del plumífero que le había prestado Duncan. Por debajo llevaba la misma ropa del día anterior: la camiseta de flecos y los vaqueros ajustados que se había puesto para impresionar al vaquero en el pub y que había terminado en desastre. Encogió los hombros y lo siguió.

—Antes me sentía con sueño, cansada y un poco nerviosa, pero se me está pasando —susurró dirigiendo una mirada fugaz a Duncan, sentado junto al escritorio—. Y ya no veo tan borroso.

—¿Y la memoria? ¿Qué es lo que recuerda de las últimas doce horas, por ejemplo?

—Estaba trabajando en el pub Stream Islands y llegó Duncan. —Lo señaló con la barbilla y carraspeó—. Luego lo vi ligando con otras. Esta mañana me he despertado en su habitación. No me acuerdo de nada más.

La voz le había fallado poco a poco, con cada palabra, hasta ser casi inaudible. El médico se volvió hacia el otro hombre apretando el ceño con molestia dejando más que claro que no le gustaba lo que había escuchado.

—Eso fue cuando llegué al pub. Pedí una cerveza y me fui al fondo, donde estaban el resto de la cuadrilla.

—Eso mejor se lo explica al sheriff. Lo primero es tomar las muestras para el análisis y después me gustaría hacerle una exploración para asegurarnos de qué ha sucedido.

La mirada que le dirigió el doctor al rubio fue más que elocuente pero el otro remoloneó hasta que le señaló la puerta y le pidió que saliese de manera tajante.

—No me voy a ningún lado, tesoro. Estaré esperando ahí mismo.

El gruñido del médico fue la única respuesta que recibió. En cuanto la puerta se cerró el médico la examinó por completo repitiendo varias de las preguntas y añadiendo otras que dedujo que no quería que escuchase Duncan. Intentando contenerse, respondió a cada una de ellas como supo, apartó la vista cuando le extrajeron sangre y se quedó muy quieta durante el examen pélvico deseando que terminase antes de que hubiera empezado.

En cuanto el médico se dio por satisfecho y le indicó que ya podía dejar la camilla ella preguntó si el otro podía entrar de nuevo. El médico se sentó tras su escritorio mirándola por encima de sus lentes metálicas y supo leer perfectamente la pregunta implícita que le hacía.

—No tiene nada que ver en todo esto.

—¿Está usted segura? —Asintió con vehemencia—. No es la primera vez que un novio...

Un sonido grotesco se le escapó por la garganta y el médico se apuró en abrir la puerta, donde casi inmediatamente aparecieron Duncan y el sheriff con las mismas caras serias. Miller la saludó llevándose la mano al sombrero y quedó de pie tras ellos, dejando que el vaquero usase la

silla libre.

—Entonces, ¿qué es lo que nos puede decir, doctor? ¿Tenía razón mi chico al creer que había algo raro?

Acomodándose la bata blanca se aproximó al escritorio y clavó los codos sobre la superficie, alternando la mirada entre los tres. Después, dejó caer las gafas a un lado y asintió hinchando el labio.

—Por lo que he podido percibir, en mi experiencia, lamento decir que sí. Creo que alguien ha drogado a la señorita Anderson con lo que comúnmente se denomina «droga de los violadores», que es lo que le ha producido la pérdida de memoria y los demás síntomas.

—¿Y la han...?

Escuchó el taconeo inquieto del Sheriff a sus espaldas y se giró al ver que no terminaba la frase. Se le veía claramente incómodo con aquella pregunta. El doctor carraspeó y negó, aliviando la tensión de todos ellos.

—No hay evidencias. Yo diría que no.

La mano de Duncan le apretó la suya por encima un par de veces para después acariciarle el dorso con su grueso pulgar y ella se dejó hacer sin retirarla, prestando atención al intercambio entre los dos profesionales.

—Aun así, lo que necesito que entiendan es que quizá no podamos saber mucho más. Este tipo de drogas son rápidas haciendo efecto y desapareciendo también. En muchos casos no salen en los análisis porque duran pocas horas en el organismo.

—Por eso insistí en que les atendiese usted, aunque fuese domingo, en vez de desplazarse hasta la capital.

—No va a servir de nada —susurró apretando los dedos de Duncan que arrugó los labios a su vez.

Notó un pinchazo en la base del estómago por los recuerdos que le vinieron a la cabeza, con las voces del sheriff y el médico de fondo a los que no prestó mucha más atención. Había huido y no había servido de nada porque volvía a estar en el mismo punto de partida. Un ligero tirón en la mano le hizo levantar la mirada y darse cuenta de que todos estaban en pie con la vista puesta en ella, que se apresuró a imitarles.

—Este comportamiento es normal —indicó el doctor en voz queda mientras lo seguían por un pasillo de madera clara—. A veces se produce cierta confusión o desorientación en la víctima, pero no debería tardar demasiado en recuperarse.

—¿Y la memoria?

Preguntó Miller entrando en la estancia a la que les había conducido y yendo directamente tras el escritorio. El médico levantó los hombros torciendo el gesto.

—Puede que vuelvan algunos recuerdos, pero de manera difusa. Pero insisto, debemos esperar al resultado de los análisis. Y no lo alargue mucho, no necesita ponerse más nerviosa.

El sitio no parecía una sala donde pasar consultas, sino más bien un pequeño despacho privado, con fotografías familiares en una estantería y alguna más sobre la mesa. No reconoció a ninguna de ellas. Miller se movía con dificultad en el escaso espacio libre hasta la pared y su figura oronda parecía no encajar del todo en la silla de escritorio.

Se acomodó como pudo y tamborileó los dedos un par de veces contra la fórmica examinándola con una mirada mucho más escrutadora que la que le había dedicado cuando se habían reunido en su oficina hacía no tanto tiempo. El sonido del repiqueteo la ponía nerviosa y se apretó las rodillas fingiendo su mejor cara.

—Intentaré ser breve ya que nuestro amigo el doctor insiste en que descanse y se relaje,

pero es grave y tenemos que actuar cuanto antes. ¿Qué pasó anoche?

Arrugó la nariz molesta y se ajustó el plumífero al cuerpo.

—Ya se lo he contado a él. Todo está borroso. Recuerdo que Duncan llegó al pub y se acercó a la barra...

El sheriff levantó un dedo deteniéndola y el rubio respondió a su lado con firmeza.

—Eran las nueve y media pasadas, casi las diez de la noche.

Miller asintió anotándolo en la libretita que llevaba en el bolsillo del pecho. Le hizo una seña con la mano libre para que continuara.

—No recuerdo nada más. Gente bailando o pidiendo una copa, Duncan ligando al fondo, la música sonando alto, ... —Se llevó ambas manos a las sienes—. Es confuso y me da dolor de cabeza.

—Está bien, joven. Ahora tú, muchacho. Dame algo más.

El reloj que adornaba en una de las estanterías marcaba las nueve y dos minutos de la mañana, pero a ella se le antojaba como si fuese mucho más tarde. Estaba agotada y aunque le había asegurado al doctor que ya se le estaban pasando los síntomas, la mirada la tenía turbia y se sentía muy incómoda por dentro, con los nervios a flor de piel.

—No sé explicarlo —respondió removiéndose ligeramente en el asiento para echarle un vistazo—. Era una noche animada, Jade trabajaba en la barra con Nadia y todo iba bien, hasta que me pareció que estaba asustada. No vi a nadie raro en la barra, pero el sitio estaba abarrotado y no estaba tan cerca como para poder verlo todo.

Soltando un suspiro, Duncan elevó la vista al techo y lo recorrió durante unos segundos con la expresión más seria que ella le había visto hasta la fecha. Sin mirarla siquiera alargó el brazo y le tomó la mano.

—No sé cómo decirlo, pero me pareció que algo no iba bien. Caminaba raro. La vi tambalearse un poco yendo a la salida de emergencia y la seguí porque pensé... —carraspeó hasta que Miller le obligó a continuar con un ademán—. Al salir vi que iba hacia un tipo raro que estaba al fondo del aparcamiento. La agarró por la muñeca y tiró para llevársela, así que grité y corrí hasta allí. El hombre la soltó y desapareció.

Como si fuese una declaración que escuchase a diario, Miller asintió lentamente con la cabeza sin dejar de tomar notas. Los dedos del vaquero se crisparon entre los suyos, completamente rígidos. Se volvió hacia ella con una expresión extraña, pasándose la mano libre por la nuca.

—Pensaba que habías bebido, que te habías achispado un poco. No pensé que alguien te hubiese...

Los dos golpes secos de la libretita contra la mesa hicieron que volviesen a prestarle atención. El sheriff Miller solo tenía una única pregunta.

—¿Y eso a qué hora fue?

—La una y media de la madrugada, o quizá un poco más tarde.

Arrastrando la silla se incorporó como pudo con las palmas sobre la mesa, con las cejas fruncidas y los dedos gordezuelos colgando de las trabillas.

—No se culpe, joven Ford, no podía haberlo previsto. A ver si encontramos un hilo de donde tirar hasta que los de Bozeman nos pasen los resultados.

CAPÍTULO 12

Recorrió el techo recubierto de madera con la vista preguntándose otra vez qué pintaba allí, aunque tampoco le habían dado mucha más opción ya que Duncan había conducido directamente hasta el Rancho Upper Creek sin parar en el pueblo.

Todavía no había detenido el todoterreno en la cochera cuando los hermanos Cooney salieron de la casa principal, aproximándose hasta donde estaban con caras serias.

—¿Qué hacemos aquí?

Le tomó la palma de la mano acariciándole el interior de la muñeca y le obligó a mirarla a los ojos, que no podía despegar de los dos vaqueros. Los dos la observaban con detenimiento, con los brazos cruzados al frente en un gesto muy similar.

—Tienes que quedarte en algún lado.

—Ya tengo uno —respondió mirando de reojo hacia fuera—. Y te dije que no quería que se enterase nadie.

Duncan le frotó las manos un instante infundiéndole ánimos con media sonrisa y luego le soltó el cinturón de seguridad.

—Y por eso estarás mejor aquí. Vives en una perpendicular a la calle principal, tesoro, y esto es un pueblo pequeño. ¿Cuánto crees que tardarían las cotillas de la cosecha en comentar de qué guisa has llegado? —con tono bromista añadió levantando las cejas— O peor, con quién. Venga, vamos.

El rubio salió del vehículo y tras unos instantes de vacilación, lo imitó. En eso, al menos, tenía razón. Ya estaban saliendo de la consulta médica cuando el sheriff le había preguntado si la ropa que vestía era la de la noche anterior y al decirle que sí había insistido en llevársela a los del laboratorio también. Le había parecido absurdo, pero había accedido y ahora estaba en mitad de las montañas y frente a dos casi desconocidos con un pijama sanitario que le había prestado el doctor y que le venía casi tan grande como la cazadora de Duncan.

La mirada que le dirigió la mujer al acercarse fue completamente elocuente.

—Sea lo que sea, más vale que lo de esta sea verdad —chistó con el ceño fruncido.

Incómoda por lo que eso significaba apretó más el plumífero contra su cuerpo deteniéndose a mitad de camino. Su hermano le propinó un codazo poco disimulado mientras que Duncan se aproximó y le pasó una mano sobre los hombros acercándola al resto.

—Ni caso, es una gruñona —indicó entre risas apretándola contra él—. Habrá vuelto a discutir con Ivy.

—No tendría que hacerlo si dejase de meterle pajaritos en la cabeza a Gracey.

El más alto gruñó en respuesta mientras se acercaban a la gran vivienda principal. No era la primera vez que estaba en el rancho o que se fijaba en aquella casa grande de planta alta que se alzaba frente a la entrada principal de acceso al Rancho Upper Creek, pero siempre había sido por trabajo así que no conocía más que el almacén que habían reacomodado para usar como cafetería o comedor, o lo que sabía por Katie del trabajo que había hecho con unas cabañas en las que ahora se alojaban los huéspedes.

Tampoco había tratado con los propietarios, aunque los conocía de sobra. Lo bueno y lo malo a la vez de los lugares pequeños es que todos se conocían y había oído hablar sobre ellos

tras la barra.

Sabía que los dos hermanos habían adquirido recientemente el rancho de sus abuelos y que, a diferencia de la gran mayoría de explotaciones de la zona, criaban caballos y daban trabajo a un gran número de personas. También tenían una pequeña explotación turística, con la que no todos los habitantes de Mountainview Valley estaban conformes porque algunos de ellos eran muy tradicionales y no querían que el pueblo se llenase de forasteros.

En lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en el carácter especial de los Cooney, asilados del resto de los vecinos y lo suficientemente huraños como para mantener a distancia a cualquier entrometido. Por eso le había sorprendido ver cómo una vez cruzaron el recibidor los dos hermanos se hicieron a un lado mientras que ellos dos subían a la planta superior.

Moviéndose con total confianza, Duncan abrió la puerta de una sobria habitación al fondo del pasillo y la había convencido para que se tumbase en esa cama y le había hablado en tono bajo acariciándole la cabeza hasta que se había quedado dormida. Ahora se encontraba más descansada, menos pesada, pero no podía catalogarlo como buena idea.

Algo había venido a su mente. Un sueño vívido. Tenía que ser un sueño, pero lo había sentido tan real que podía ser una de las alucinaciones contra las que le había advertido el doctor. Soltó el aire entre dientes agradeciendo que Ford no se encontrase allí porque había sido el protagonista de sus sueños. Sus manos bronceadas y firmes habían acariciado su espalda desnuda apretándola contra su torso y sus labios habían tomado los suyos una y otra vez hasta devorarlos, acariciándola con una lengua experta que la había hecho enloquecer. Solo había sido su imaginación, pero el pulso se le había acelerado tanto como cuando se había aproximado a ella en aquel pequeño almacén. Casi como si fuese real.

Se incorporó de la cama al escuchar unos ligeros golpes en la puerta sintiendo la sangre caliente bullendo en sus venas y murmuró para sus adentros que no podía creerse que estuviese pensando en algo así con lo que le acababa de suceder.

Entornó la puerta al otro lado la recibió una sonrisa ligeramente preocupada y dio gracias mentalmente de que no fuese del rubio que se había colado en sus sueños.

—Hola, venía por si querías bajar a comer. No sé si me recuerdas.

Abrió la puerta por completo decidida a seguirla, más por hacer algo que por hambre. Recordaba perfectamente a Gracey. Era la camarera a la que había sustituido en la cafetería The Sweet and Wild y Katie se la había presentado al poco de comenzar a trabajar.

—Claro, algunos de los clientes siguen hablando de ti.

—No les hagas ni caso —rió sacudiendo los rizos enganchándola por el brazo—. ¿Te han enseñado la casa?

No le dio tiempo ni a contestar, tirando por ella del bracero explicándole qué había detrás cada puerta de regreso a la planta baja. En una puerta cercana al comedor se escucharon unas voces y Gracey se apresuró a guiarla hasta la cocina.

—Brenna últimamente anda un poco estresada. Siéntate. —Señaló un asiento y ocupó el contiguo—. Me da que vamos a comer solas.

—¿Y Duncan?

La mirada intensa que le dedicó la morena le hizo ruborizarse.

—Eso me gustaría preguntarte a ti, pero me lo han prohibido. Los chicos han tenido que salir. La vida en el rancho es así —indicó con naturalidad levantando la tapa que tenían delante—. Espero que te gusten los macarrones con queso.

Gracey resultó ser una conversadora excelente y rápido entendió por qué se había ganado el aprecio de muchos de los clientes de la cafetería y de su compañera de vivienda. Era divertida,

ingeniosa, un poco cotilla y se las había arreglado para distraerla durante un par de horas sin dejarla sola más que para llevarle una bandeja con algo de comida a Brenna, que seguía encerrada en el despacho, aunque ya no había voces.

Tampoco supo negarse a acompañarla a la habitación que compartía con el mayor de los Cooney, aun sabiendo que la más alta tramaba algo. No le costó mucho adivinar qué era cuando abrió el armario sacando un vestido tras otro, poniéndolo a su lado. Torció el gesto y negó con la mano, pero no se dio por vencida.

—No puedes ir en pijama de hospital todo el día. Hasta Archer se ha dado cuenta.

—Yo siempre uso pantalones.

—El del chándal está sucio y no pienso dejarte mis viejos vaqueros con remiendos. Pruébate este.

Cruzó una pierna sobre otra dispuesta a negarse nuevamente. Gracey se veía perfecta con su vestido estilo bohemio de color crudo de flores con un volante por los tobillos, pero ella no tenía su figura ni ese saber estar y solo usaba vestidos en las bodas, así que no pensaba probarse ninguno.

Dos golpes con los nudillos le hicieron volverse. Brenna las observaba recostada contra la puerta con la frente arrugada.

—¿Qué hacéis?

—Nada, que me encontrado otra del club «solo pantalones», como tú —levantó la percha mostrando el vestido verde que le había ofrecido—. Este le quedaría genial.

La más baja dejó los ojos en blanco saliendo al pasillo como si no le interesase aquello y Jade deseó poderla seguir. No hizo falta ya que regresó al instante tendiéndole dos pantalones vaqueros manteniendo la misma expresión.

—Problema solucionado. Necesito que me ayudes con algo en el despacho.

La mano de Gracey se tensó mirándola de reojo mal disimulado señalándola con la percha.

—Duncan me pidió...

—Que baje también —respondió secamente alejándose por el pasillo—. Pero nada de meter las narices en nuestras cuentas.

Dos minutos más tarde se incorporó al despacho con unos pantalones que le quedaban cortos y más ajustados de lo solía llevar y la parte superior del pijama. Las dos chicas se arremolinaban en torno al escritorio que más atiborrado de papeles estaba, señalando algo en la pantalla del ordenador.

Se quedó de pie muy cerca de la puerta sin saber qué hacer más allá de repasar con la vista el estado de aquella mesa pensando en cómo se llevaría las manos a la cabeza el jefe para el que había trabajado al finalizar su último curso. Una de ellas se sentó ante el ordenador mientras la de rizos rebuscaba apresuradamente entre la columna de papeles más cercana a ella.

—No encuentro la reserva. Me han mandado un pantallazo del pago y no sé si ha sido un error del programa o... —Frunció el ceño aporreando el teclado con saña— Y la propuesta de los Cabbot, que está pendiente y no me aparece.

—Es más fácil si tienes un buen sistema organizativo. Si recibís muchos emails es conveniente dividirlos en carpetas y asignarles un par de etiquetas.

Fue bajando el tono de voz al darse cuenta de que había intervenido en voz alta y que la mirada furibunda de Brenna estaba anclada en ella. Apretó los labios intentando fingir su mejor cara lamentando haberse entrometido. Estaba claro que a la más baja no le había hecho ninguna gracia.

—Prefiero perder el tiempo encontrando lo que necesito que con chorradas zen.

Abrió la boca para decirle lo equivocada que estaba, y el sutil movimiento de la cabeza de la más alta no logró lo que buscaba.

—No tendrías que perder el tiempo si estuviese bien organizado.

Gracey rodó los ojos descartando la pila que había hojeado y pasó a la siguiente sin dejar de negar con la cabeza. Con las cejas casi unidas en una línea, la que estaba ante el ordenador bramó:

—Y tú no tendrías que meterte donde no te llaman. Para necesitar cuidados se te ve demasiado bien.

La mirada que le dirigió fue feroz, provocando que se sintiese tan incomoda por primera vez desde su llegada al rancho que deseó correr escaleras arriba a refugiarse, pero no se movió del sitio. Gracey carraspeó un par de veces en un intento burdo de rebajar la tensión con escaso éxito.

—No te pases, Bre —chistó volviéndose hacia ella—. Aunque yo también tengo curiosidad por saber qué te ha ocurrido para que no puedas quedarte sola.

Notó una bola pesada al fondo del estómago sin saber qué responder. No quería compartir lo sucedido con más gente de la que ya lo sabía, pero la pregunta a esas alturas la había pillado por sorpresa. Balbuceó un par de veces intentando pensar algo con lo que salir del paso.

—Un accidente, anoche. El doctor ha querido ser prudente, pero todo va bien, ¿verdad?

La voz de Duncan llegó como un viento fresco desde atrás. Se volvió hacia él para agradecerle la discreción mientras veía al otro Cooney subiendo las escaleras. Lo que no vio fue la mano de Ford posarse en su mejilla acariciándola suavemente, pero todo su cuerpo reaccionó por instinto recordándole otra vez el beso en el sueño horas atrás.

CAPÍTULO 13

Había perdido la cuenta de cuánto rato llevaba sentada en la misma banqueta de la cocina cuando Brenna entró por la puerta lateral que daba al exterior. Ayer le había pedido a Duncan que la llevase a su vivienda, pero se había dejado convencer rápidamente para quedarse allí esa noche, aunque no por los motivos esgrimidos. Era cierto que el médico le había recomendado que hubiese alguien cerca por si había algún tipo de efecto secundario y eso no sucedería en su casa porque llevaba más de una semana sin coincidir con Katie por allí.

Sin embargo, su principal motivo para aceptar quedarse allí sin objetar nada ni una sola vez había sido uno mucho más egoísta: le daba miedo quedarse sola. Por eso, y a pesar del enfrentamiento con la dueña, de las confusiones que le generaba el vaquero más sexy que había visto nunca y de no estar segura de poder eludir más preguntas, había decidido quedarse. Y aunque sabía que coincidiría nuevamente con ella, no había esperado que fuese antes de beberse aquel sucedáneo de café que tenía en la mano.

Removió la taza saludándola con la barbilla esperando que la ignorase, pero Brenna se aproximó hasta la mesa sentándose enfrente con una fea arruga en la frente y se preparó mentalmente para lo que vendría a continuación.

—Quiero pedirte disculpas. Estos últimos meses han sido complicados y ayer lo pagué contigo sin motivo. Y esa no es manera de tratar a una invitada de Duncan.

Apretó sorprendida la mano que le tendía en son de paz, porque no era eso lo que se esperaba.

—Más bien soy una invitada tuya —repuso intentando alargar la conversación.

Hasta donde sabía el rancho pertenecía a los dos hermanos. Duncan trabajaba allí, al igual que su primo Cody, como antes lo había hecho su padre y su tío. Y tras la cena e insistir un par de veces en que se quedase, lo vio salir y poco después desde su habitación escuchó el motor de su camioneta roja, aunque hubiese regresado para el desayuno. Era lógico, tenía que trabajar igual que ella tendría que ir al centro del pueblo en un par de horas por lo mismo, pero una parte de ella había esperado que se quedase cerca.

La más baja sacudió la mano en el aire como si ese tecnicismo careciera de importancia, estudiándola atentamente con la mirada. Dio otro sorbo a la bebida y agrió la expresión, porque aquel brebaje sabía a rayos.

—Lo que dijiste ayer de los correos electrónicos...

—No tenía intención de entrometerme —la interrumpió sabiendo que ahí vendría la reacción que esperaba—. Tampoco pensé que fuese a molestarte tanto.

Brenna repicó los dedos un par de veces en la madera ignorando el teléfono que sonaba en la pared.

—Lo que mencionaste de la organización. ¿Sabes algo de eso o era por hablar?

Señaló a su espalda hacia el lugar del que provenía el molesto sonido sin que la otra se inmutase.

—Si es importante me llaman al móvil. ¿Sabes o no?

El tono seco empleado le dio ganas de recitar uno por uno todos sus estudios o las empresas que la habían empleado, pero el sonido del teléfono la estaba crispando y algo le dijo

en su interior que a la otra le daban igual sus acreditaciones, así que le limitó a asentir.

—¿Y cuánto tiempo me llevaría aprender?

Levantó las palmas hacia arriba incapaz de dar una respuesta certera y la otra frunció el ceño de nuevo.

—Depende. Vuelven a llamar, deberías atender.

Brenna se levantó del taburete alejándose del teléfono. Se detuvo en el umbral de la cocina.

—Muy bien, pues vamos. Si quieres, que tampoco estás obligada a hacerlo.

Se incorporó de un respingo siguiéndola hasta el mismo despacho en que se habían enfrentado el día anterior. La pila de papeles no había disminuido lo más mínimo y había un par de ficheros sobre el asiento. Brenna se cruzó de brazos y lo señaló con la barbilla.

—¿Qué hago con los emails?

Dio dos pasos hacia el escritorio deslizando el dedo por varios de los papeles que se amontonaban en desorden sobre el teclado y arrugó la nariz.

—¿Cómo os organizáis el trabajo?

—Lo de los huéspedes allí y los animales aquí.

—Ayer buscabais en este escritorio algo de una reserva.

La vaquera le dirigió una mirada casi letal. Los del pueblo lo habían mencionado en más de una ocasión. Brenna Conney era una mujer dura, ruda y, según la señora MacEnro, sin los modales ni la educación que correspondería a una señorita, y estaba de acuerdo.

—¿Dónde está Gracey? —preguntó convencida de que sería más fácil tratar con la alta y sonriente.

—Colocando guirnaldas y tonterías de Pascua en el granero con Ivy —respondió con sequedad.

—Si quieres puedo enseñarte solo a gestionar los emails, pero sería más efectivo si todo —movió el índice en redondo en referencia a la estancia entera— se organiza correctamente. Sinceramente, esto es un caos.

Brenna refunfuñó a sus espaldas esquivándola hasta alcanzar el asiento y dejando los ficheros contra la pared se desplomó y encendió el ordenador dejando un silencio tenso entre las dos.

—Los chicos se dejan la piel con el rancho, Gracey e Ivy se esfuerzan mucho con nuestra nueva empresa y yo hago lo que puedo, pero ha habido muchos cambios en poco tiempo. Mejor lo dejamos...

Dos golpes en la puerta abierta dejaron la frase a medias, aunque ya había captado el significado. Tras pedirle su ayuda la había rechazado, aunque estaba claro que la necesitaba. Sacudió la cabeza mientras se volvía sabiendo que no era de su incumbencia.

El sheriff Miller alternó la vista de una a otra tocándose el sombrero como saludo para después arrugar la boca entrando hasta la mitad del despacho.

—Buenos días a las dos, aunque me tienen un poco disgustado. Sé que los jóvenes andan un poco perdidos, como pasa con mi sobrino, pero lo que no puede ser es que con una investigación en marcha no pueda localizarlas.

Vio la cara de sorpresa de Brenna y maldijo entre dientes su locuacidad, porque estaba claro que aquello había despertado su interés y que cuando ese hombre se marchase buscarían respuestas en ella o en Duncan. Intentó adelantarse antes de que soltase otra inconveniencia más.

—No sé dónde está mi teléfono, sheriff, creo que lo he perdido.

—Vaya, pues menos mal que seguía aquí. Ya me han pasado los resultados,

extraoficialmente, claro...

—Brenna está trabajando —interrumpió aproximándose a él—, mejor la dejamos tranquila y lo hablamos en otro lado.

Mientras lo sacaba de la habitación por encima del hombro captó la mirada intensa de la vaquera que le decía que no lo iba a dejar estar. Miller se detuvo en medio del salón, encajando perfectamente con aquel ambiente rústico, sentándose en un sillón de cuero. Ella prefirió quedarse de pie para abreviar la reunión lo más posible. Sin embargo, él pareció estudiar el lugar con atención en vez de seguir con la conversación.

—¿Qué era lo que me venía a informar? —le animó.

—¡Ah, sí! Los de la ciudad me han llamado para darme el resultado de los análisis de manera informal. En unos días me pasaran el informe, pero yo he preferido adelantarme para que lo sepa. ¿No prefiere que esperemos por el joven Ford? Seguro que su novio también está preocupado.

Negó con fiereza y se sentó en el tresillo contiguo al darse cuenta de que aquello no sería tan rápido como pretendía.

—Lo que sea, dígamelo a mí. Y no es mi novio. No creo que alguien como él haya tenido novia en la vida.

—Para todo hay tiempo, muchacha, también yo tardé en encontrar a mi...

—Los resultados, sheriff Miller.

El sheriff se sacó el sombrero y le pareció que ocultaba una sonrisa mientras lo dejaba sobre las rodillas.

—Ya veo que es usted una joven acelerada de ciudad, aunque creo que le iría mejor recibirlos acompañada. Pues allá va. Los de la científica me han confirmado los resultados y no quiero que los tome a mal, pero...

—No ha salido nada, como la otra vez, ¿es eso?

Miller alzó una ceja ladeando la cabeza boqueando un par de veces y supo que había abierto la boca más de la cuenta. Se apartó un mechón anaranjado de la frente y le indicó con la mano que continuase.

—En realidad, venía a decirle justo lo contrario. Han encontrado restos de una droga que produce algunos de los síntomas que usted sufría. Me han asegurado que hemos tenido mucha suerte y la hemos detectado por los pelos, que una hora más tarde y ya no hubiese quedado restos. Al parecer, fue drogada con burundanga o, como se la llama por estos lares a la escopolamina, «aliento del diablo».

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al escucharlo, con una mezcla de emociones en su interior. La mayor de todas, alivio. Intentó mantener el rostro lo más inexpresivo posible mientras el sheriff continuaba con su disertación. Inspiró el aire lentamente hasta sentir que no le cabía más en los pulmones repitiéndose la frase más de diez veces. «Drogada con burundanga». Era escalofriante pensar en que la habían intentado drogar, pero eso demostraba que sus temores eran ciertos, que no se imaginaba las cosas y que nunca había exagerado porque era real.

—¿Ha entendido lo que le he dicho, jovencita? Alguien ha intentado drogarla.

«Alguien no, Russell»

La respuesta resonó con fuerza para sus adentros mientras asentía componiendo una mueca de circunstancias, mientras que el sheriff la observaba como si temiera que se fuese a desmayar en cualquier momento, lo que tampoco iba a suceder. Lo único que tenía que hacer era subirse a la furgoneta, seguir su camino y alejarse de allí.

—Bien. Usted esté tranquila, que estamos trabajando en ello y pronto descubriremos lo

que ha sucedido, pero necesito que esté localizable.

—Buscaré el teléfono.

—No me refería solo a eso.

El sheriff volvió la cabeza al escuchar el crujido de la madera y ella lo imitó. Los primos Ford estaban junto a la puerta de la cocina con aspecto cansado y las perneras llenas de polvo. Duncan se retiró el sombrero de la cabeza y le dirigió una sonrisa que le hizo olvidarse de casi todo. Estaba sucio, sudado y con varias briznas de heno en la camisa, y seguía cortándole el aliento.

Miller la hizo salir de golpe de su ensoñación al llamarlos con su mano gordezuela.

—Me viene muy bien que estén aquí.

Cody se quedó a unos metros de ellos, pero Duncan esquivó sus piernas y se tiró a su lado guiñándole un ojo. Se veía tranquilo, pero giraba el sombrero sin cesar.

—Archer nos avisó de su llamada. ¿Se sabe algo?

—Bueno —alternó la vista entre los dos elevando los hombros—, algo se sabe, pero la señorita no quiere que se lo diga. Pero que los del laboratorio nos han confirmado sus temores.

—Joder. ¿Estás bien, pelirroja?

Conteniendo las ganas de tirarle una de las tallas de madera que había sobre la mesa, bajó los párpados hasta que sintió la mano de Duncan entrecruzando los dedos con la suya. Se los apretó con fuerza intentando ignorar el calor que se irradiaba de su mano izquierda al resto del cuerpo.

El carraspeó del moreno tras el sofá consiguió que Miller continuase.

—Necesito que la joven Anderson esté localizable, no como ahora que anda sin teléfono y sin que en este sitio responda nadie a mis llamadas. Además, y casi se me olvidaba, no tenemos imágenes de ese día. Resulta que el día anterior, en una de sus melopeas, Pete «el lento» le propinó un puñetazo a una de las cámaras de seguridad en vez de a un cliente dejándola inservible y la otra no enfocaba al aparcamiento.

—Si no encuentro el teléfono, compraré otro —rezongó deseando que terminase—. Ya se lo he dicho, no hay problema.

El sheriff sacudió una mano en el aire como espantando sus palabras dirigiéndose a los primos.

—Como son de aquí no hará falta que les explique cómo es esto. No contamos con mucho personal y tenemos que cumplir con nuestras obligaciones, además de intensificar el servicio por las fiestas y ayudar en otras actividades del condado. No podemos poner a un agente a la entera disposición de la joven Anderson por si corre peligro.

Los dos asintieron con seriedad y ella abrió la boca perpleja al darse cuenta que parecía que su opinión no contaba para nada.

—No necesito un agente. Me iré mañana mismo.

—¿Irse? Su casa queda en el centro y es de fácil acceso. Yo había pensado que se quedase aquí, en la casa de los Cooney, como lugar seguro hasta que se termine la investigación porque por ahora no podemos saber si ha sido un ataque contra usted o algo al azar, ...

—No me ha entendido bien. Me iré de aquí, de Mountainview Valley.

CAPÍTULO 14

Sentada sobre el capó de la camioneta extendió los brazos en cruz disfrutando de la caricia del sol y del paisaje de altas montañas y cielos azules que se extendía frente a ella. A pesar de ser primavera el aire era frío y la temperatura fresca, pero solo por aquellas vistas merecía la pena. Se rodeó los brazos en torno a su plumífero agradeciendo el jersey prestado que llevaba por debajo viendo cómo Duncan bajaba maderas, cable y varias herramientas.

Apenas pronunció su intención de irse los dedos del vaquero apretaron los suyos con más firmeza durante un instante, el sheriff sacudió la cabeza incorporándose y tras el sofá escuchó un repiqueteo, dejándole claro que ninguno de aquellos tres hombres estaban de acuerdo con su decisión, pero la discusión que esperaba no llegó.

A cambio, poco después estaba subida en una vieja camioneta atravesando los terrenos del rancho hasta llegar a ese lugar apartado en el que no había nada más que naturaleza en calma. Con un par de bromas y su habitual desparpajo, Duncan le había propuesto que lo acompañase mientras arreglaba unas vallas y había aceptado porque necesitaba salir a despejarse.

El rancho era mucho más extenso de lo que suponía y las vallas no tenían nada que ver con las habituales de madera, sino que se trataban de cables que iban de un poste a otro delimitando el terreno. Según le había explicado el vaquero, a veces los cables se aflojaban o soltaban y era importante reponerlos para garantizar la seguridad de los animales y las personas.

Subió los pies al capó cubriendo las piernas flexionadas bajo su abrigo viéndolo manipular los cables y las herramientas con pericia. Apoyó la barbilla en las rodillas contemplándolo con el mismo disfrute que antes al paisaje de las Montañas Rocosas. Duncan silbaba entre dientes apretando con un alicate tensando los músculos del antebrazo.

—Cuando te canses de mirarme podías alcanzarme las tenazas rusas, que no les llego.

—Estaba viendo el paisaje.

Ignoró las carcajadas que le llegaron en respuesta levantándose para buscar la herramienta sobre la hierba, aunque no tenía ni idea de cuál era la correcta. Agarró una y se la mostró.

—Menuda ayudante que he fichado. La más larga.

Se aproximó con la correcta y en cuanto volvió al trabajo ella pegó el costado a uno de los postes.

—Este sitio es increíble, parece una postal.

Él la miró de reojo y continuó apretando el cable hasta asegurarse de que la tensión era la correcta.

—¿Katie no te ha llevado a Moonbeam? Está por allí —señaló un punto a la izquierda—, y tan enclavado en las montañas que cuando amanece es espectacular.

Dio de hombros y regresó la vista al paisaje. Al poco de vivir juntas, Katie había insistido en un par de ocasiones para que la acompañase al rancho de Edrick que estaba decorando, pero no había querido. En ese momento estaba convencida de que no echaría allí más tiempo del que necesitase para ganar el dinero suficiente con el que pagar la reparación de la furgoneta y no había querido intimar más de la cuenta.

—Cuando vivía en Florida nunca me metí en casa de un jefe, salvo las contadas veces

que trabajé de niñera. Además, últimamente ni la veo.

—Ya. Cuando les llamé ayer para recoger ropa tuya, estaban en Bozeman... —se inclinó y recogió parte de las herramientas regresándolas al maletero—. Pero el chico de oro me ha asegurado que esta tarde nos traerían un macuto lleno.

—Igual no me escuchaste antes, rubio. No me voy a quedar. Me voy mañana.

—Me prometiste que te quedarías hasta después de Pascua.

—¿Prometí?

Soltó una carcajada burlona, pero él elevó las cejas con confianza, como si no hiciese falta añadir mucho más aproximándose. Negó con ligereza y volvió la vista a las montañas apretando el abrigo contra su cuerpo menudo.

—Igual no estabas muy atento. Solo te lo dije.

—Pues yo te creí, pelirroja. Soy un ingenuo.

Se volvió para hacerle una mueca porque de todas las palabras que usaría para referirse a él, nunca hubiese empleado esa. Ese vaquero era atractivo, divertido y un poco creído, y le costaba creer que hubiese algo en lo que no tuviese experiencia.

—¿Qué haces?

Duncan estaba cerca. Muy cerca. Demasiado. Tanto como en el cuartucho del pub o en la furgoneta. Tanto como para que su aliento le acariciase la punta de la nariz y le produjese escalofríos por el contraste con la temperatura fresca que los rodeaba. Tan cerca que podía comprobar cómo sus ojos verdes estaban completamente oscurecidos solo por verla a ella. El vaquero se quitó el guante de piel que había usado para trabajar con una parsimonia que le dio ganas de arrancárselo sin quitarle el ojo de encima.

—No he podido dejar de pensar en tus labios desde la primera vez que te vi en el autocine del rancho, Jade.

—¿Te refieres a cuando estabas en una cita con Katie? —preguntó mordaz intentando apartarlo de sí.

Le acarició la nariz con la suya con una lentitud deliberada que la estaba alterando más de lo que debería permitirse.

—Si me lo pidieses de una vez, sabrías qué es lo que hago en las citas y te aseguro que no es ir a un autocine a comer palomitas.

Tragó saliva con dificultad porque en su mente no cesaban de repetirse imágenes que aquel beso que nunca se habían dado, pero con el que ya había soñado un par de veces. Estaba segura de que una cita con ese vaquero acarrearía mucho más que un beso como ese, que la tenía vibrando desde el día anterior cada vez que lo recordaba.

—Pues es una lástima que no tenga tiempo. Nos tendremos que quedar con las ganas.

—Eso ni lo sueñes, tesoro.

Lo susurró con voz grave y ronca a apenas un milímetro de su boca y se humedeció los labios nerviosa. El poste se le clavaba incómodo en las costillas y el aire frío había despeinado por completo su melena rojiza, pero lo único en lo que podía pensar era en su boca. Duncan le acarició el cuello deslizando el índice hasta la zona en que se le marcaba el pulso y lo presionó ligeramente acercando su cuerpo un poco más.

Contuvo el aliento un segundo sintiendo un estremecimiento en las piernas y esperó a que el vaquero se acercase solo un milímetro más, pero se quedó donde estaba sosteniéndole la mirada. El corazón le latía acelerado dándole la impresión de estar a punto de desbocarse ante el hombre más atractivo que había conocido y que no dudaba en hacerle saber su interés por ella.

La última vez que algo así le había sucedido había cambiado de estado, pero Duncan no

era como Russell. Lo sabía. Solo necesitaba verlo en sus ojos. Su cuerpo no había cejado en reaccionar ante Duncan cada vez que este se aproximaba, mientras que con Russell se habían encendido todas las alarmas. Y aunque fuese una locura pensar en algo así en una situación como aquella, algo le gritaba en su interior que si se detenía todo ahí más tarde se arrepentiría. Era un error que estaba dispuesta a cometer antes de huir.

Agarró las solapas de su cazadora de ante y tiró lo suficiente hasta que los labios firmes de Duncan rozaron los suyos como en una caricia, pero no era necesario y volvió a tirar hasta que su duro torso se apoyó en el suyo invadiéndola con un olor a cuero y madera que ya conocía. Entreabrió la boca lo suficiente para sacar la lengua para acariciarle sus labios hasta que él la devoró, enredándose con ella, haciéndole querer más.

Inclinó el cuello para permitirle un mejor acceso y él gimió contra su boca, tironeándole del pelo de una manera exigente y que le supo excitante. Levantó los brazos para agarrarse a su cuello y al pegarse entera a él supo que no era la única que se sentía de esa manera porque algo sospechoso se clavó contra su vientre, y le hizo desear más de lo que debería.

No podía dejar de besarle ni de responder a sus caricias y provocaciones. Las manos de Duncan se habían colado por dentro de su cazadora sin dar una tregua a su boca. La sangre bullía acelerada, al igual que la respiración y cuando dos de sus dedos ascendieron lo suficiente como para pellizcarle un pezón gimió frotándose contra él. Quería más. Estaba segura de que necesitaba más, aunque no debiera.

De pronto el beso se terminó y Duncan la apretó contra su pecho clavando la barbilla en su cabeza. Podía notar el latido acelerado del vaquero contra ella, su respiración pesada y el calor que exhalaba.

—No creo que debamos seguir con esto.

—Si quieres que te pida una cita, vaquero, más te vale que me muestres lo que me estoy perdiendo.

—Entonces prométeme que no te irás hasta después de Pascua.

Eso era exactamente lo que les había sugerido Miller antes de despedirse de ellos, que se quedase al menos esa semana para poder avanzar en la investigación descartando posibles peligros. Iba en serio con que quería marcharse de allí, pero no tenía un sitio claro a donde dirigirse, más allá de atravesar el país poniendo tierra de por medio y Duncan la hacía sentirse bien en su propia piel por primera vez en muchos meses.

Y lo deseaba. No tenía que ser tan cerebral. Era una aventura, algo pasajero con fecha de caducidad que le ayudaría a dejar un mal recuerdo atrás. Dudó menos de un instante.

—Te lo prometo —susurró de puntillas contra sus labios.

Duncan gruñó de satisfacción y sus bocas volvieron a chocar uniéndose con una intensidad casi brutal, como si se fuesen a comer mutuamente. Cuando los dedos de Duncan se clavaron en sus nalgas se colgó de su cuello y enredó los talones en sus caderas. La sangre palpitaba de nuevo enloquecida y le costaba respirar. No se dio ni cuenta de que la había movido del sitio hasta que la hierba la rodeó y sintió el terreno firme a su espalda y el peso del vaquero sobre su cuerpo.

Enredó sus dedos estrechos entre sus mechones pajizos y se estremeció sintiendo la caricia abrasadora de su lengua en su cuello. No podía pensar en nada más que no fuese ese momento. Una mano se coló por debajo de la vieja camiseta prestada y torturó su pezón una y otra vez con una rudeza que la estaba volviendo loca. Se retorció con impaciencia y aprovechó que se separaba para morderle el cuello y pelear con la hebilla hasta lograr liberarlo.

—Jade... —dijo con voz ronca y rasposa.

Una de sus manos subió hasta sus hombros intentado refrenarla sin conseguirlo. Elevó las caderas apretándose todo lo posible contra él que resopló con los párpados entrecerrados hasta que finalmente llevó las manos a sus caderas para soltarle los botones. El pantalón de Breena le quedaba demasiado ajustado para salir con facilidad y le ayudó a quitárselo temblando por la anticipación y el deseo. El aire fresco acarició sus muslos erizándole la piel y pegó un bote al sentir el grueso pulgar de Duncan acariciándola por encima de la braga sin despegar los ojos de ella. Estaba haciendo con ella lo que quería sin apenas esfuerzo, sintiendo que estaba a punto de derretirse por dentro.

Echó mano a su cuello y tiró de él hasta que Duncan repartió su peso entre su fino cuerpo y un antebrazo mientras su otra mano la seguía torturando a placer. Recorrió su costado con las uñas y coló la mano entre sus cuerpos hasta agarrar con firmeza su pene endurecido. Tras un par de caricias al vaquero se le escapó un gemido contra su oído que lo incendió todo.

Atrapó su boca colando dentro la lengua para enredarse con él, se apartó la braga y lo guio hasta su entrada.

—Espera... —masculló él.

—No quiero —farfulló introduciéndolo en su interior lentamente—. No puedo más, Duncan.

Las manos fuertes de Duncan apresaron sus caderas alzándolas entrando completamente en ella de una manera tan brusca que le cortó la respiración y le hizo suplicar por más. Intentó mecerse a su ritmo, pero a las pocas acometidas sintió las primeras contracciones y solo se centró en disfrutar dejándose llevar y finalmente arqueándose sin control ante la intensidad del placer que la atravesó justo antes de gritar su nombre.

CAPÍTULO 15

Desde que habían llegado al viejo almacén había descubierto a Gracey observándola con la misma expresión burlona que había intentado ignorar una y otra vez. Las chicas le habían pedido ayuda para convertir una parte del almacén en una zona de juegos en donde organizar la búsqueda de los huevos de Pascua y enseguida había aceptado porque odiaba estar ociosa cuando el resto no lo estaban. Esos días el tiempo no había dado tregua, entre frío y unas ligeras lluvias, así que era mejor tener una segunda opción para los turistas que quisiesen participar en la caza.

En cuanto la volvió a sorprender no pudo más y le hizo un gesto claro para que lo soltase de una vez mientras seguía subida a la escalera pegando conejos de pascua por la pared.

—Me preguntaba si seguías con la idea de irte al terminar las fiestas.

—Sí, claro. Y espero que mi furgoneta también y no me vuelva a dejar tirada.

Soltó una carcajada, pero fue la única que se rio. Gracey Jones compuso una mueca extraña acercándose a donde habían dejado las cestas de mimbre al llegar.

—Vaya. Yo creía que igual te lo pensabas.

—¿Por?

Elevó una ceja con sorna antes de responder.

—Mi habitación está pegada a la tuya.

Sintió el rubor ascendiendo a sus mejillas y al subir las manos para taparlas la escalera se bamboleó con peligro.

—Ni caso —intervino Ivy metiéndole un codazo a la de rizos—. Es maja, pero demasiado entrometida. Y ya te dijimos que no era de tu incumbencia.

Lo último lo chistó en tono más bajo, pero no había ningún sonido más y pudo escucharlo perfectamente. Se volvió para darle la espalda a las dos hasta que se le pasase el sofoco porque le había quedado claro que toda la casa estaba al tanto de las visitas nocturnas de Duncan y lo que hacían en su dormitorio hasta el amanecer.

Las escuchó murmurar de fondo alejándose hasta la pared contraria a la suya y, por la manera en que gesticulaba la rubia, era patente que le estaba echando los dientes por inmiscuirse. Aún así, la alta tenía razón. Duncan llevaba tres días seguidos colándose en su cuarto cuando el resto ya se había acostado. Ella le había pedido discreción, pero al parecer no había servido para nada y, aunque le fastidiase, era lógico que se hubiesen enterado.

Se había vuelto adicta a él y al fuego que sus manos despertaban en su piel. Tanto que casi se le había olvidado el motivo por el que se había trasladado a la casa de los Cooney en el rancho. Duncan la hacía sentirse atrevida, deseada y tan segura que no había vuelto a tener la molesta sensación de estar siendo vigilada aguijoneándole la nuca.

En cuanto se bajó de la escalera de mano se acercó a las otras dos mujeres asistiendo a la conversación como oyente mientras ellas mezclaban cuestiones del rancho con cotilleos locales. Supo que el sheriff se había pasado por el Stream Islands, el Hudson BBQ y por las barras populares de la plaza del ayuntamiento en varias ocasiones preguntando de la manera más obvia y directa por si alguien había visto algún sospechoso por la zona. El rumor había corrido por el pueblo como la lumbre en la gasolina. Y a eso se le había unido su desaparición.

Nadie la había visto por Mountainview Valley desde el sábado por la noche, así que los

cuchicheos apuntaban a ella en todas las direcciones. Desde que la había secuestrado Hank el ermitaño hasta que le había vaciado la registradora a Pete el lento y se había largado con un motero. Al parecer, sus antiguas compañeras comentaban esas murmuraciones divertidas sin preocuparse por si eran verdad o mentira. Las horas que antes hacía en el asador se había repartido entre las demás y las escasas horas que le habían adjudicado en el pub las completaría Nadia. Y no parecía que a ninguna de esas mujeres su suerte les importase más que eso.

Al reconocer sus pasos sobre la madera se volvió de inmediato y él le devolvió una sonrisa pícaro que le dieron ganas de ponerse en pie para besarlo. Se detuvo a menos de un metro con la mano derecha en alto.

—¡Mira lo que he encontrado! Estaba en el hueco entre la cama y la mesilla de noche.

Un sudor frío le bajó por la espalda de inmediato y estuvo a punto de negar que fuese suyo. No lo hizo porque la funda de su iPhone era muy reconocible con sus iniciales y su nombre. Extendió la mano para recuperarlo y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón sin siquiera mirarlo. Llevaba casi una semana sin él y no lo había extrañado en lo más mínimo más que para perder el tiempo en redes sociales.

—¿No lo vas a encender? —preguntó Gracey sorprendida.

—Después de tantos días no tendrá batería. Luego en casa, no tengo prisa.

—En realidad, lo cargué un rato para que lo pudieses usar.

—Claro, seguro que tendrás un montón de mensajes. O gente preocupada.

Los tres la contemplaban en silencio así que decidió hacerlo pulsando con tanto cuidado como si pudiese explotar y la sorprendida fue ella porque no sucedió nada. Después de esperar varios minutos el móvil no sonó ni una vez avisando de nuevos mensajes o llamadas perdidas. Nada.

Fue incapaz de contener un suspiro de alivio. Al parecer, las cosas no hacían más que mejorar.

Poco después de regresar a la vivienda principal para comer todos juntos, mientras esperaban la llegada del mayor de los Cooney había decidido echar un vistazo fugaz al teléfono para asegurarse de que era cierto que se habían acabado los mensajes anónimos o las llamadas perdidas. El resultado la sorprendió. En varias de las conversaciones no había más contenido que un aviso automático informando que el mensaje había sido borrado. Y en una de las conversaciones ese aviso salía repetido más de diez veces seguidas.

Y otra sorpresa más. Le había enviado un mensaje a su amiga Maira la noche en que la drogaron. Apretó el smartphone con más intensidad porque no lo recordaba. Dudó unos instantes sin prestar atención a la conversación de fondo. La curiosidad fue más fuerte que ella y entró en la conversación. El mensaje enviado era muy breve. «Lo tengo delante». Un escalofrío la recorrió de repente sintiendo ganas de abrazarse a sí misma para calmarse. No recordaba ese instante, pero coincidía con lo declarado por el vaquero en la clínica la semana anterior.

—Y luego ibas de que no estabas enganchada al móvil —comentó Duncan con voz risueña guiándola hacia la cocina—. Anda, vamos.

Bloqueó la pantalla al instante y se unió a la alegre conversación de los vaqueros en torno a la mesa con algo que pretendía que fuese una sonrisa, pero más bien parecía una mueca. Odiaba esa laguna en su cabeza, sobre todo porque sabía que lo más normal era que nunca se rellenase.

No había recuperado más que un par de imágenes borrosas que seguía sin saber si se trataba de recuerdos o ensoñaciones. La mano de Duncan se posó por encima de su rodilla

derecha y el pulgar comenzó a trazar círculos en la cara interior del muslo distrayéndola. Su tacto siempre tenía ese efecto en ella. Levantó la vista y se encontró con los ojos verdes del vaquero observándola con preocupación.

—¿Has recibido alguna mala noticia? —susurró en su dirección.

—Más bien, ninguna —respondió con total sinceridad posando la mano sobre la suya.

Le costaba seguir el hilo de la conversación. La pierna de Duncan pegada a la suya y sus caricias la distraían. Y la otra mitad de su atención seguía en las conversaciones del teléfono. La tercera vez que la pillaron sin saber qué responder se dijo para sí misma que hubiese preferido que su vaquero no hubiese encontrado el smartphone todavía.

La llamada del teléfono cuando estaban terminando el café la pilló completamente desprevenida y tuvo que contenerse para no escupir el café. Arrastró la silla y salió corriendo hasta el despacho para contar con un poco de intimidad. Soltó el aire en los pulmones hasta sentirlos vacíos antes de descolgar.

—Hola, Maira. ¿Cómo va todo?

—¿Que cómo va todo? —contestó seca y estridente—. ¿Lo dices en serio? ¿Pero a ti qué te pasa, Jade? ¿No sabes cuándo parar?

El modo en que se dirigía a ella, el tono que empleaba era mucho más seco que el de la anterior vez, que ya no había sido demasiado halagüeño. Dio unos pasos hasta quedar pegada a la ventana y echó un vistazo al exterior intentando digerir si se debía al mensaje que no recordaba haber enviado. El chasquido molesto que escuchó al otro lado le obligó a responder.

—No sé por qué estás así, pero...

—¿Que no lo sabes? —la interrumpió sin miramientos con la voz cada vez más aguda—. Pues ya te lo aclaro yo en un momentito. La policía se ha pasado por aquí a molestar a Russell otra vez.

—Pues sabrá él por qué.

—Por tu culpa —pronunció con desdén cada una de las sílabas—. Podías dejarlo en paz de una vez. Deja de implicar a Russell en tus paranoias.

—¿Paranoias? —alzó la voz conteniendo las lágrimas a duras penas—. ¿En serio?

—¡Desde luego! Russell es un buen chico y no sabes cuánto nos arrepentimos de habértelo presentado.

—No es un buen chico, Maira. No lo es en absoluto.

La escuchó moverse al otro lado y no le costaba imaginarla caminando sin rumbo en donde estuviera. Era su amiga, su mejor amiga, y estaba claro que seguía sin creerla. Se pasó un dedo por el borde de los párpados limpiándose la humedad aguardando su respuesta.

—No sé por qué te ha dado por intentar joderle la vida, pero déjalo en paz.

—¡Me han vuelto a drogar!

—¡Ah! Ya empezamos. —El bramido le alcanzó más nítido que si la hubiese tenido en la misma estancia—. Pues búscate a otro culpable, Jade, que ya canta.

Abrió la boca para contradecirla, pero le había colgado, así que guardó el teléfono en el bolsillo trasero y se tapó el rostro con ambas manos buscando controlar la respiración reprendiéndose por haber respondido la llamada, aunque dos cosas le habían quedado claras. Lo primero, que Miller había sospechado lo mismo que ella, si Russell se había quejado de una nueva visita de la policía de Jacksonville. Y Maira seguía sin creerla.

Escuchó un leve crujido de la madera y enseguida percibió el característico olor a madera y cuero de Duncan antes de que le rodease los hombros con un brazo y la pegase a su torso.

—Sonabas muy nerviosa. ¿Algún problema? ¿Necesitas algo?

Sacudió la cabeza negando hundiendo la cabeza en su camisa de felpa y la barbilla del vaquero se posó en su cabellera meciéndola con suavidad entre sus brazos.

—¿Hablabas con alguien de Florida? —preguntó separándola con cuidado—. ¿Con la chica del otro día?

Asintió ahogando un hipido. No era la primera vez que Duncan la tanteaba, aunque hasta el momento no le había ofrecido más que evasivas. Apretó los dedos contra los párpados arrastrándolos hasta las sienes.

—Era mi amiga Maira.

—Eso de amiga... el otro día no lo parecía y ahora tampoco.

Lo pronunció entre dientes con la voz cargada, llevándola hasta un sillón orejero y sentándola sobre su regazo sin dejar de acariciarla.

—¿Qué sabrás tú de amigas, Dunc? —bromeó intentando cambiar de tema.

—Sé lo suficiente —respondió antes de rozarle los labios con los suyos.

—Los ligues de una noche no cuentan. Y los de dos, tampoco. —Él levantó una ceja con cara seria—. Es la verdad. Maira es mi mejor amiga desde hace años. Dime una sola amiga con la que no hayas... —carraspeó incómoda cambiando lo que había estado a punto de soltar— tenido una cita.

—Brenna.

Le acarició la mejilla disfrutando de la sensación de la barba recién crecida contra el dorso de su mano y se incorporó un poco más calmada, queriendo dar la conversación por zanjada y regresar junto a los demás.

—Es tu jefa, no cuenta.

—Eso ahora —respondió siguiéndola—, pero la conozco desde que era una canija pecosa con trenzas que intentaba mangonearnos a Archer a Cody y a mí. Es mi mejor amiga desde siempre. Y aunque todo el mundo diga que es la vaquera más ruda del condado, me resulta imposible imaginarla tratándome así, como lo ha hecho esa.

Un millón de recuerdos pasearon por su mente en un segundo. Momentos felices y juntos vividos con Maira en todos esos años: las tardes en la estrecha cocina de su casa estudiando mano a mano para los exámenes del curso de secretariado, las largas noches de fiesta en las que cerraban los bares, los mensajes tontos con gatitos que a la otra le encantaba mandarle cada vez que había bebido... Maira había estado presente en muchos de sus mejores momentos, aunque en el último año se hubiesen visto menos. Apartó la melena tras la espalda de un manotazo.

—Maira fue la que se quedó conmigo cuando mi madre se largó a Irlanda para conocer en persona a su ligue de Facebook y me apoyó. Y lo hizo porque éramos las mejores amigas.

—He escuchado parte de la conversación, Jade. Está claro que no te cree a pesar de que existe un análisis que ha dado positivo y eso no es lo que haría una amiga de verdad.

Cerró los puños a ambos lados del cuerpo con tanta fuerza que notó cómo se le clavaban las uñas en la carne blanda. Era muy consciente de que Maira no la creía y de lo que eso había afectado a su relación hasta el punto de marcharse de Florida sin avisarle, pero le costaba mucho aceptar las palabras que el vaquero le estaba diciendo. No era difícil leer entre líneas lo que le quería decir. «Lo fue, pero ya no lo es», resonó en su interior.

Las manos de Duncan apesaron las suyas, besándole los nudillos antes de elevarle la barbilla y clavar sus ojos verdes en ella con gravedad.

—¿Cuándo me lo ibas a contar? —Frunció el ceño sin comprender—. Que no era la primera vez que te sucede. Has gritado «me han vuelto a drogar».

CAPÍTULO 16

Agarró otro montón de papeles para seguir dividiéndolos en dos pilas sobre el escritorio echando un breve vistazo al membrete superior. La conversación con Duncan había sido más sencilla de lo que había previsto porque no se había sentido juzgada ni una sola vez. No había entrado en grandes detalles, solo aquello con lo que se sentía cómoda, pero tuvo la sensación de que Duncan Ford había rellenado en su mente los espacios vacíos con facilidad.

Llevaban más de una hora encerrados en el despacho cuando dos golpes firmes en la puerta dieron por acabada la conversación. Su primo y otro joven al que había visto alguna vez en la zona de las cuadras necesitaban su ayuda para sacar a dos yeguas y un potrillo de una zona complicada cerca del río.

Antes de seguirlos le besó en la sien con dulzura susurrándole al oído que regresaría lo antes posible y al llegar al marco de la puerta le guiñó un ojo con descaro haciéndola reír y al verlo de espaldas franquear el pasillo tras los otros cowboys sintió un pinchazo amargo en el estómago al darse cuenta de que le iba a costar olvidarse del vaquero rubio de sonrisa pícara. Intentando negarse a sí misma, se dio la vuelta para refugiarse de nuevo en aquel cuarto.

No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido desde entonces, pero ya había tenido que encender la luz, lo que implicaba al menos un par de horas cuando escuchó un nuevo sonido de calzado vaquero aproximándose, pero ni se movió.

—¿Qué estás haciendo? Pensaba que estabas en tu habitación.

Brenna la observaba desde el centro de su despacho con los brazos cruzados bajo el pecho y la barbilla apuntando al techo. Regresó la vista a los papeles elevando los hombros con desinterés.

—Necesitaba hacer algo.

—¿Con mis papeles?

Dejó dos facturas en la pila del rancho tradicional y la observó con detenimiento pensando en qué responder. No podía contarle que se acababa de dar cuenta de que lo que tenía que ser una aventura de un par de días con su amigo el ligón le estaba afectando mucho más de lo que debería porque había bajado las defensas.

El trabajo siempre había sido un refugio para ella en aquellos momentos en los que no quería pensar. No podía limitarse a subir a su habitación sin nada más que hacer porque solo serviría para tumbarse en la cama y darle vueltas a lo que llevaba en la cabeza.

—Por ejemplo. Me pediste ayuda con la organización y te la estoy dando —replicó con las palmas hacia arriba—. Y, a cambio, me distraigo un poco.

Brenna elevó una ceja y sus ojos repasaron los escritorios y las baldas que tenía a su espalda relajando la expresión del rostro.

—Tienes una manera curiosa de distraerte.

Compuso una mueca agarrando más facturas del montón comprobando los datos con rapidez.

—Estoy segura que soy la única en todo el pueblo que está pasando las fiestas de Pascua encerrada. Algo tendré que hacer para olvidarme.

—Ojalá pudiese encerrarme yo aquí—bufó colocando su trenza castaña sobre el hombro

izquierdo— en vez de perder el tiempo discutiendo con turistas aburridos que juegan a ser vaqueros.

Empujó la silla de oficina del escritorio contiguo, sentándose muy próxima a ella.

—Si me dices lo que tengo que hacer terminaremos antes.

No intercambiaron muchas más palabras después de una breve indicación de su sistema de organización de facturas. La vaquera hizo un mohín con los labios, pero no protestó y la pila de facturas que antes se amontonaba en equilibrio precario a un lado del ordenador disminuyó sensiblemente al repartirlas en los diferentes archivadores cuando el teléfono de Brenna sonó en sus pantalones vaqueros.

—Como sea otra vez ese tipo... —gruñó por lo bajo antes de descolgar.

Le quedó claro que no lo era por cómo la miró de soslayo un par de veces respondiendo con brevedad a la voz masculina que llegaba del otro lado, así que soltó los papeles con cuidado y esperó a que colgase.

—Miller viene para aquí —soltó incorporándose—. No sé qué pasa, pero le ha pedido a Archer que estemos todos. Tú también.

El sheriff Miller paseó sus ojillos de oso por todos los presentes deteniéndose en ella durante más tiempo del necesario componiendo una mueca, lo que provocó que varios se volvieran a verla sentada en las escaleras al fondo del salón. Se había sentado allí para no atraer la atención, pero así resultaba imposible, así que contuvo la expresión y las ganas de matar sheriff bajando la vista a sus pies hasta que llegaron los dos primos Ford y el hombre uniformado comenzó la reunión.

Los Cooney y Gracey estaban sentados en el sofá de cuero, Cody y Ivy uno sobre el otro en el sillón de la izquierda, el sheriff en el de la derecha y Edrick Hudson en una silla de madera delante de la televisión. Brenna había insistido en colocar otras sillas para que se colocase más cerca, pero ella prefirió quedarse en las escaleras y Duncan se sentó junto a ella.

Tras beber un poco de limonada y dejar el sombrero del uniforme en una mesita próxima, el sheriff se pasó los dedos por la frente, como si dudase por dónde comenzar y le dirigió una última visual.

—No sé si están al tanto de lo sucedido en los últimos días, y lo siento por usted, joven —añadió señalándola con la barbilla—, porque sé que le gusta ser discreta, pero no me queda otro remedio.

Apretó los párpados con hastío y no los volvió a abrir hasta que Duncan entrecruzó sus dedos llevando ambas manos a su regazo infundiéndole ánimos.

—La semana pasada una joven resultó drogada mientras trabajaba en el Stream Islands. La investigación sigue en curso, aunque no hemos avanzado tanto como nos gustaría. Sin embargo, al contactar con otros compañeros, hemos sabido que no es la primera vez que se utiliza el «aliento del diablo» en nuestro condado.

Jade regresó la vista a la punta de sus viejas botas, intentando enfrentarse a las caras sorprendidas que no paraban de voltearse. Toda la calma que había conseguido trabajando en la oficina tras el enganchón telefónico se esfumaba con cada frase que el uniformado añadía.

—Al parecer, en los últimos tres años ha habido dos casos más: uno en Ámsterdam y otro en Ponderosa Pines. El de Ámsterdam, al parecer, se trató de una chiquillada, una broma que se fue de las manos. El segundo, en cambio, no se pudo cerrar.

—¿Qué la han drogado? —siseó Ivy con los ojos como platos—. ¿Aquí?

Miller carraspeó y se puso en pie tirando por el cinturón para arriba asintiendo en dirección a la rubia de manera casi imperceptible.

—La cuestión es que nuestras pesquisas, por así decirlo, están en un punto muerto. Las cámaras del local no servían y no hemos podido corroborar el testimonio de Duncan, aunque no lo pongamos en duda. Nadie recuerda nada extraño o a ninguna persona comportándose de manera llamativa. Además, el que hasta el momento considerábamos como el sospechoso más probable tiene una excelente coartada que nos ha facilitado esta mañana el Departamento del Sheriff de Jacksonville.

Jade negó sacudiendo la cabeza con determinación. Ignoraba a qué se refería, pero con independencia del resultado de su investigación, ella tenía más que claro la identidad del autor. Al verla, el sheriff se acercó hasta las escaleras con cara de circunstancias, se inclinó ligeramente hacia Jade con los labios apretados antes de decir quedamente.

—Al parecer, señorita Anderson, su... bueno, no sé exactamente qué le era, pero el joven de la orden de alejamiento no ha podido ser.

—Claro que ha sido él —repuso con voz cargada—. No ha podido ser nadie más.

—En realidad... —Miller le dirigió una mirada compasiva que le escamó—. Fue uno de los numerosos pacientes que atendieron en el hospital por una colisión múltiple que se produjo al norte de la ciudad sobre las doce de la madrugada. Nos han enviado el parte médico. Está completamente descartado.

Escuchar esas palabras, con el aplomo y convicción con que las había soltado, la dejó estupefacta y casi incapaz de procesar nada más. Un escalofrío le recorrió la espalda y se estremeció encogiéndose en su chaqueta de lana frotándose los brazos. El aire contenido le ardía en los pulmones exigiéndole que respirara, pero su cabeza se había quedado atascada en esa idea, hasta que logró verbalizarla en poco más de un susurro.

—Pero si no ha sido Russell, entonces ¿quién me ha estado enviado los mensajes?

—¿Qué mensajes? —bramó Duncan pegándola contra su costado.

El sheriff inclinó la cabeza observándola con fijación unos segundos y al escuchar los rumores en el salón levantó una mano de manera elocuente buscando que todos se quedasen callados. En un par de zancadas regresó frente al sillón vacío y con tono serio se dirigió a todos los presentes.

—Antes de que la señorita Anderson me explique esa cuestión, me gustaría terminar con lo que quería decirles para que puedan retirarse.

El bufido de Brenna resonó dejando clara su postura mientras que su jefe negaba sin despegar la vista de ella. Al darse cuenta de que todos la estaban mirando, regresó la vista a sus punteras desgastadas deseando haber mantenido la boca cerrada.

—Si me deja terminar, joven Cooney... —añadió con severidad hacia la vaquera—. Yo a lo que había venido era para pedirles que extremaran las precauciones al atender a sus clientes hasta que no detengamos al culpable. Queremos pedir la colaboración de todos los bares, restaurantes y cafeterías de la zona para evitar que pueda volver a ocurrir.

CAPÍTULO 17

Varias voces se alzaron a la vez, destacando por encima de todos las de Brenna y Edrick, que no estaban de acuerdo con los métodos sugeridos por el sheriff. Cansada de todo aquello y sabiendo que aquello se iba a alargar un buen rato más, reposó la cabeza sobre las rodillas de Duncan y en cuanto sintió sus dedos masajeándole con la firmeza necesaria, desconectó de la airada conversación que tenía lugar delante y que ya no le interesaba.

Con un gran esfuerzo, hacía apenas unas horas, le había explicado a su vaquero lo que le había sucedido en el pasado con Russell Gómez y por qué estaba tan segura de que era el culpable de lo que le había sucedido allí, en Mountainview Valley. Él no le había interrumpido más que una vez, ni la había apurado cuando ella había dudado y se había quedado callada durante varios minutos. Tampoco le había soltado la mano en todo ese rato.

Y, lo más importante, estaba segura de que la había creído. Le había costado empezar, pero poco a poco fue más fácil explicar cómo había accedido a tener una cita con un chico que no le interesaba demasiado solo porque Maira había insistido muchísimo. Russell era primo del novio de su amiga, que no paraba de presionarla con que sería estupendo que estuviesen juntos para poder hacer planes de pareja los cuatro. El chico era atractivo, con un buen sueldo y le había hecho saber más de una vez que estaba interesado, pero se había negado a darle el número porque a pesar de todo tenía algo que le escamaba. Algo que no podía definir qué era, pero que había sentido más de una vez cuando estaba cerca.

Aún así, al final había cedido y había tenido una cita horrible con aquel tipo, que la había hecho sentirse incómoda durante toda la cena, y que terminó largándose en cuanto pudo en el primer taxi libre que encontró. Había vuelto a quedar con él, porque Maira le insistía mucho en que le diese otra oportunidad, pero al final de esa segunda cita le había dejado claro que no quería repetirlo más. Había sido tan educada como había podido, cuidando las formas, pero se lo había dicho a Russell primero y a Maira después, y a ninguno de los dos le había gustado.

Su amiga se había puesto de morros, soltándole un par de borderías, aunque dejó de insistir. A cambio, Russell comenzó a aparecer por todos lados: en su barrio, en la oficina, en la pueta del gimnasio, en el bar de copas en el que trabajaba algunos fines de semana, ... Y cada vez que lo oteaba regresaba la molestia a la boca del estómago.

Varios meses después de esa última cita se lo chocó en su barrio cuando regresaba a su casa del trabajo e insistió tanto que accedió a tomarse algo con él en un bar cercano con la idea de pedirle que la dejase en paz. No supo bien lo que sucedió a continuación. La bebida le dejó un regusto amargo a cada sorbo, sintiendo que la lengua se le trababa, como si estuviese borracha a pesar de no haber tomado alcohol y que las fuerzas le fallaban. Se sintió tan rara que aprovechó que lo llamaron por teléfono para largarse.

A partir de ahí... Le había temblado la voz al recordar cómo se había descubierto completamente desorientada en el rellano de su apartamento bajo la preocupada mirada de un vecino y de dos sanitarios que la subieron en la ambulancia varias horas después.

Para sorpresa de nadie, no apareció nada en el análisis de sangre que le practicaron, pero un médico muy atento le había explicado que algunas drogas de sumisión no se podían detectar a las pocas horas de consumirse y que, aunque no pudiesen demostrarlo, era evidente que alguien

la había drogado y que se había salvado por los pelos de que le sucediese algo peor.

—¡Qué cabrón! —murmuró Duncan con la voz cargada de desprecio, apretándola más contra sí. —. Menuda escoria.

Ese pequeño gesto del vaquero le transmitió muchas cosas en un momento y se tomó unos segundos para disfrutarlos inhalando su olor a sudor y a cuero. Era la segunda persona a la que se lo contaba, excluyendo médicos y policías, y la primera que sentía que le creía, lo que le había supuesto un inmenso alivio.

—¿Jade?

Un ligero apretón entre los dedos la sacó de su ensimismamiento y se dio cuenta de que en la zona de los sofás discutían con el sheriff.

—¿Estabas ahí? No te preocupes, que no te va a pasar nada. Te vamos a cuidar.

Duncan la escrutaba con detenimiento. Se esforzó por asentir sonriente, pero la preocupación y su frente arrugada seguían ahí y el motivo resultaba evidente para ambos. Hasta hacía unos minutos, ella había estado completamente segura de lo ocurrido y así se lo había trasladado al vaquero. Russell la había encontrado y había vuelto a las andadas. Sin embargo, la explicación del sheriff lo tiraba todo por tierra y por eso había vacilado.

Maira y su novio no la habían creído ni apoyado y su amiga no había dudado en hacérselo saber, especialmente cuando decidió pedir la orden de alejamiento. Eso no había sido capaz de contárselo a Duncan, aunque no pensaba que hiciese falta, pero todavía le dolía recordar la expresión airada de la que había considerado por aquel entonces como su mejor amiga sacudiendo sus cabellos oscuros pronunciando frases como «Ya estás exagerando otra vez», «Russell puede tener a la chica que quiera, ¿para qué iba a hacerte nada a ti?» o «Él dice que no hizo nada y nosotros le creemos». Y ahora todas esas frases volvían a resurgir sembrando dudas en su mente.

—Lo van a pillar, tesoro, y podrás estar tranquila.

—No ha sido Russell.

El vaquero apretó los labios un instante tomándola por la barbilla para dirigirse a ella en tono firme pero amable.

—No te castigues así, Jade. Puedo ver desde aquí lo que estás pensando. Que no haya sido él esta vez, no implica que no lo fuese en la anterior.

—Pero... —respondió interrumpiéndose al ver a la pequeña neoyorkina extendiendo la mano ante su rostro.

—El móvil.

Ladeó la cabeza y miró de reojo al resto. El sheriff tenía el ceño arrugado y se pasaba la mano por la frente de manera repetitiva dirigiendo una mirada punzante a la mujer que le daba la espalda en aquel momento. Ivy no pertenecía a Montana, sino que como ella era una chica de ciudad que había llegado allí pocos meses atrás, con un cuerpo menudo como el suyo, aunque más bajita y rubia y, sin embargo, parecía exudar una confianza que ella echaba en falta.

—No pienso dejar que Miller se lleve tu teléfono sin haberle hecho antes una copia de seguridad. El gato escaldado del agua fría huye, no sé si me entiendes.

No la entendía ni la conocía demasiado, pero el resto parecían confiar en ella, así que se limitó a echar la mano al bolsillo trasero y entregarle el smartphone sin rechistar. No existían muchas más alternativas y podía pasar otros días más sin teléfono sin problema. En realidad, se confesó a sí misma, estaba encantada de librarse de él y de posibles nuevas llamadas molestas. Y llegados a ese punto, se sintió obligada a colaborar hasta obtener una respuesta a lo que le había sucedido. Con un movimiento rápido, Ivy lo apresó como si fuese un bien preciado y salió de la

vivienda con Cody y el sheriff detrás.

Duncan se incorporó e intercambio unas palabras con el resto sacudiéndose los pantalones tejanos, pero Jade permaneció ajena todavía en las escaleras estirándose una pernera con nerviosismo hasta que la menor de los Cooney se plantó frente a ella.

—Venga, vamos, que tenemos faena.

Adelanto la barbilla, sosteniéndole la mirada con incredulidad. Había demostrado que era un tanto hosca y entendía que la vaquera quisiese terminar lo que habían comenzado, pero no en ese momento.

—Todo esto me ha superado un poco —repuso peinándose ambos lados con los dedos crispados—. Si no te importa, seguiré ordenando tus archivos más tarde. Yo... No creo que ahora vaya a ser de mucha ayuda.

—¿Has escuchado alguno de nuestros gritos?

—Más o menos.

La vaquera la enganchó por la mano y tiró hasta levantarla con una mueca ladeada. Sacudió su brillante cabellera castaña y la llevó del brazo hasta la puerta principal.

—O sea, que no. Bueno, aprovechando que Miller ya no está vamos al estudio de Ivy, por si podemos sacar algo en claro, porque como esperemos por su investigación... te quedas aquí hasta la Pascua del año que viene.

CAPÍTULO 18

Tuvo que esforzarse por seguirle el paso a la vaquera hasta la casa que se situaba tras la principal y en la que todavía no había estado. Sabía que en el pasado se usaba como vivienda para algunos de los empleados del rancho, pero que ahora estaba en desuso ya que la mayoría residía en el centro de Mountainview Valley o en otros pueblos colindantes y que tampoco la empleaba para el negocio del turismo.

Lo que no se esperaba al cruzar el umbral era encontrarse con una estancia práctica y cómoda que estaba igual de cuidada que la que acababa de dejar. Echó un vistazo rápido al salón cocina de aspecto rústico que tenía delante cuando escuchó un taconeo repicar desde una esquina y se giró. Ivy las observaba ante una puerta lateral con las manos en jarras sobre su vestido ajustado para darles la espalda y volver a entrar.

—Sería mejor que nos diésemos prisa, antes de que el sobrino del sheriff vuelva a hacer de las suyas.

Al entrar en la habitación parpadeó con sorpresa. Se esperaba un dormitorio similar al suyo en la otra casa, pero aquello se parecía mucho más al estudio de grabación de un *influencer*, ya que sobre el escritorio frente al que estaba sentada la rubia había dos pantallas de ordenador de buen tamaño, un equipo de grabación e iluminación en una esquina, un micrófono de aspecto profesional a un lado de una de las pantallas y, en la pared opuesta, lo que supuso que eran unos paneles acústicos para absorción del ruido. Giró en redondo repasando la estancia con detenimiento encontrando más elementos que no esperaba encontrar en un rancho tradicional.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es todo esto?

Ivy meneó la mano haciendo un par de florituras en el aire, restándole importancia, y señaló una silla libre a su lado.

—Trabajo aquí a menudo. Alguien tiene que llevar las redes de este sitio. —Dio dos golpecitos insistentes en el asiento—. ¿Empezamos?

Apenas se sentó, le puso el teclado y el ratón delante señalando la pantalla de la derecha con la barbilla. Tenía varias pestañas abiertas con la página de inicio de diversas redes sociales.

—No sé lo que has escuchado por ahí, pero el ayudante del sheriff es un inútil y seguro que no se pondrá en contacto con los de Bozeman hasta el lunes —añadió con acritud—. Eso mínimo.

Agarró el teclado con ambas manos pegándolo al borde del moderno escritorio de color negro sin llegar a rozar las teclas.

—Oye, si no te fías de nosotras lo dices y ya está —rezongó la castaña a sus espaldas—. Solo intentábamos ayudar.

—No es eso.

—Pues entra en las aplicaciones. —Se volvió hacia la rubia con los ojos como platos. Esta empezó a hablar más despacio, como para asegurarse de que la entendiese— En el salón has dicho que has recibido mensajes y está claro que los relacionabas con tu ex y conque te hubiesen drogado.

—No era mi ex —murmuró desganada—. Solo tuvimos una cita de verdad. Y Miller ya ha dicho que no ha sido él.

—Pues por eso mismo —contestó la vaquera con sequedad—. ¿Cuántas posibilidades hay de que te pase lo mismo dos veces? Y menos cuando llevas aquí un par de meses.

Rodó la silla hasta quedar frente a ella dejando caer el teclado sobre las rodillas.

—¿Creéis que me lo he inventado? —la enfrentó con la voz crispada y un aguijonazo en el estómago.

—Claro que no —repuso con tranquilidad dando dos pasos al frente—. Lo que creo que es alguien de aquí se enteró de lo tuyo y se ha pasado de listo. Y quiero saber quién es para que no lo pueda volver a hacer. Y menos en mi propiedad.

—A una de mi facultad le ocurrió algo parecido —intervino la rubia apoyando una mano sobre la suya—. Se despertó en la sede de una hermanad sin recordar nada de lo que había pasado o qué hacía allí. Los análisis no mostraron nada. Se agobio tanto que dejó la carrera y desapareció.

Sin saber bien por qué Jade notó que los ojos se le humedecían y asintió palmeando la mano pálida que la reconfortaba. Tragó saliva mirando de soslayo a la pantalla cuando las manos fuertes de la vaquera le apretaron ligeramente los hombros.

—No estás obligada a hacerlo y a lo mejor no conseguimos nada, pero... —Jade sacudió la cabeza sonriéndole—. No te emociones, que aún tenemos trabajo pendiente en la oficina.

Se aproximó al escritorio para escribir más cómodamente con las otras dos pegadas a cada lado, introduciendo sus contraseñas en las dos redes sociales que usaba como sistema de mensajería y por las que la habían contactado.

—La mayoría de los mensajes me llegaron por el Messenger de Facebook, que es el que más uso. Y un par de ellos por el de Instagram.

Ivy echó mano del ratón inalámbrico picando en cada una de las últimas conversaciones de ese mes, excepto los de Maira ya que Jade extendió la mano para evitarlo.

—Tenía bastantes mensajes, pero muchos han desaparecido —explicó con voz neutra mientras la otra pasaba de un chat vacío a otro, donde únicamente aparecía el aviso de mensaje borrado—. La mayoría justo después de lo que me pasó. Algunos ni los llegué a ver, otros los borré, y a otros les hice capturas.

La rubia subió un poco más dentro de una conversación y entró en una de las primeras fotografías que le habían mandado hacía ya más de un mes. Estaba a punto de pasar a la siguiente cuando Brenna chasqueó la lengua indicándole que se detuviera.

—Esa foto la sacaste tú, Ivy. —Las dos la observaron de medio lado y la vaquera señaló el margen izquierdo de la imagen con ímpetu—. Este brazo es mío. Me acuerdo porque salía discutiendo con... —Se detuvo poniendo los ojos en blanco y la voz se tornó rasposa—. Da igual. Lo importante es que te insistí en que como la subieses a la web la íbamos a tener y ahí la está.

Ivy arrugó la frente y se pegó más al escritorio ampliando la fotografía a la vez que asentía y abría un par de carpetas en la otra pantalla buscando algo.

—Te hice caso, Brenn —respondió entre dientes con la vista pegada a la otra pantalla—. No la subí ni a la web ni a las redes del rancho aventura para que no te mosqueases. Pero estoy casi segura de que iba en el enlace que le pasé a Edrick y a los que trabajaron aquí ese día.

Enmudeció unos segundos tecleando en el buscador de su correo electrónico hasta que abrió uno de los correos que aparecían en la bandeja de entrada.

—¿Ves? Le pasé el enlace de Dropbox a todos estos para que descargasen las fotos que quisiesen. A ti no —añadió hacia Jade—, porque no te tenía entre mis contactos. Aunque me cuesta creer que sea alguien de esta lista. Quitando a uno, son todos del pueblo.

—Pues ya me dirás quién —rezongó la más baja—. Kate se ha hartado de decirnos que esta no tenía vida, que solo iba del trabajo para casa y que no se relacionaba con nadie más fuera de los clientes del The Sweet and Wild y luego del Hudson BBQ. Puede ser un hilo de donde tirar.

—No te ofendas, Kate no lo decía por mal —mencionó por lo bajo la rubia—. Y la lista puede no servir para nada, han podido reenviar las fotos a otras personas.

—No lo hago —musitó con tristeza—. Es la verdad. No quería intimar con nadie para evitar problemas. O para que no me costase marcharme de Mountainview Valley cuando llegase el momento.

—Mándame la lista, Ivy, que no puedo quedarme más. Y tú deberías cambiar de estrategia, porque esa te ha salido regular.

Se despidió de ambas dándoles una sonora palmada en la espalda a cada una, echó la mano al móvil para atender una llamada y salió de la estancia respondiendo con brusquedad a su interlocutor.

—No se lo tengas muy en cuenta. Es buena tía, pero últimamente anda cabreada. ¿Te parece si repasamos los chats y me dices en cuál va cada captura? Por si podemos descubrir algo más.

Aunque estaba deseando esconderse en su habitación para tirarse en la cama, asintió sin entusiasmo quedándose con la neoyorkina hasta la hora de cenar.

CAPÍTULO 19

Solo había dos motivos por los que había aceptado acompañar a Katie Jenkins a Three Forks, aunque ahora se arrepentía de haberlo hecho. Después de una semana sin salir del Rancho Upper Creek, y con las nuevas limitaciones que había establecido el sheriff Miller sobre no participar en ninguna de sus actividades hasta que no se supiese si lo ocurrido se trataba de algo fortuito o un ataque en concreto contra ella, estaba cansada y aburrida de quedarse encerrada entre las cuatro paredes de la casona y no salir sin supervisión como si fuese una niña pequeña.

Por eso, acompañar a Katie a casa de su prima le había parecido una vía de escape perfecta para cambiar la rutina durante unas horas, pasar más tiempo con su compañera de trabajo y casa hasta hacía bien poco charlando sobre cualquier cosa que no fuese lo ocurrido hacía justo una semana.

Aunque si era sincera consigo misma, el segundo motivo pesaba tanto o más que el primero. Después de una noche en la que por primera vez Duncan se había limitado a abrazarla por detrás hasta que se había quedado dormida para despertarse temprano y encontrarse con el hueco frío en el colchón, se había dicho a sí misma que prefería cualquier cosa que quedarse en la casa sin tener nada más que hacer que esperar.

—¿Tú también formas parte del escuadrón de apoyo de Katie? —le preguntó sonriente nada más se subió al vehículo.

Lo único con lo que no había contado era con cubrir el trayecto en el asiento trasero del viejo todoterreno amarillo conducido por Gracey Jones y su propensión a los cotilleos y a meter las ruedas en todos los baches que se cruzaban.

Asintió sin saber bien a qué apurándose con el cinturón de seguridad mientras la otra ya arrancaba sin esperarla. Sabía de sobra el gran afecto que Katie sentía por Gracey y en esos días en el rancho había entendido fácilmente por qué. Gracey podía ser un poco entrometida y celestina, pero también era alegre, cariñosa y dicharachera, así que el trayecto de ida resultó más corto con los parloteos del asiento delantero.

Una vez en Three Forks dejaron a Katie frente a la casa de su prima y entraron en una cafetería cercana para esperarla y aunque lo que de verdad quería tomar era un café, pidió un refresco que abrió y tomó directamente de la botella con una pajita bajo la mirada aprobadora de Gracey.

—Ivy me puso al día de lo que estuvisteis haciendo ayer. —Sorbió por el pitillo dándole de hombros—. Dice que te han escrito desde perfiles falsos de Facebook.

—Si no te importa, preferiría hablar de otra cosa —respondió cortante—. En las últimas semanas no he hecho más que pensar en eso.

—Y en Duncan.

Resopló poniendo la mirada en blanco y torció la boca en una mueca cuando le llegó su carcajada en respuesta. Desde que se había subido al todoterreno estaba segura de que Gracey no perdería la oportunidad de sacar el tema, pero ella no tenía ganas de satisfacer su curiosidad.

—De algo tenemos que hablar hasta que vuelva Katie —añadió con una risilla pícar—. Y así también nos conocemos un poco más.

—Bueno, pues hálame de ti y de Archer.

En cuanto pronunció su nombre, le apareció una sonrisa eterna en el rostro.

—Es trampa, porque podría tirarme hablando de eso todo el día. Aunque lo único importante es: le quiero, me quiere y espero que me pida la mano antes de que acabe el año —respondió con una sencillez envidiable—. Te toca.

Le sostuvo la mirada un par de segundos, hasta que se dio cuenta que no iba a ganar. Carraspeó echando sus alborotadas ondas cobrizas tras la espalda y dio un traguito.

—No hay nada que contar. Yo estoy de paso aquí en Montana. De hecho, cuando salí de Jacksonville una de las ideas que me rondaba la mente era no parar hasta llegar a Malibú. —Jugueteó con la pajita entre los dientes reclinándose contra el respaldo—. Y lo hubiese hecho si mi furgoneta no hubiese dicho basta.

—Yo creo que eso es una señal.

—¿Señal de que mi *furgo* es demasiado vieja para aguantar treinta horas de carretera sin apenas parar? —bromeó intentando cambiar de tema—. Seguro.

—Eso también —exclamó entre risas—, aunque sabes de sobra a qué me refiero.

Se encogió de hombros tironeando por las mangas del amplio jersey de punto hasta ocultar las manos en ellas evitando su mirada. Desde que había llegado a Mountainview Valley se había sentido atraída por Duncan Ford, tanto por su atractivo físico como por el modo en que la picaba con sus tonterías y sus jueguecitos, tenían una química increíble fuera y dentro de la cama y se había sentido segura y protegida a su lado.

Aun así, eso no cambiaba el hecho de que no había pasado ni una semana de su primer beso, que él era un seductor de primera que había ligado con la mitad de las mujeres del condado, que tenía detrás a la otra mitad y que nunca se había implicado con ninguna. No se habían prometido nada, solo se habían dejado llevar y lo único serio al respecto que le había escuchado a Duncan era que le debía una cita.

Levantó la vista para encontrarse con la mirada cálida de la más alta clavada en sus ojos almendrados. Agarró la botella de vidrio y soltó lo primero que le vino a la boca para que así la dejase en paz.

—No hay ninguna señal, Gracey. Nos hemos liado y ya está —repuso sin mucho entusiasmo—. Yo me iré en unos días, en cuanto acaben las vacaciones de Pascua y él seguirá con sus aventuras.

La puerta sonó de fondo y al levantar la cabeza se encontró con la mirada triste de Katie, a la que llamó con un gesto de la mano. Al verla, Gracey se giró y compuso un mohín.

—Seguro que estaba su tía y le ha dicho alguna tontería —susurró por lo bajo indicándole al camarero que les sirviese otra ronda mientras la tercera se aproximaba a su mesa—. Y en cuanto a ti, puede que yo sea una romántica empedernida o que no nos conozcamos demasiado, pero he visto cómo te mira Ford y sé que eso es algo.

No estuvieron mucho más tiempo en aquella cafetería. Solo el suficiente para que Katie se tomase un batido de fresa y les contase someramente la reunión con su prima a la que también se había pasado una de sus tías. Estaba claro que se conocían bien y que estaban muy unidas, porque en cuanto a la mayor le tembló la voz, Gracey la interrumpió y no dejó de bromear hasta arrancarle un par de sonrisas antes de salir del local.

El camino de regreso fue igual de animado, pero ella se limitó a escuchar sin apenas participar desde la parte trasera. Se alegraba de que la más joven hubiese logrado levantarle el ánimo tan rápido a su compañera de piso, pero prefería estar en un segundo plano y evitar que se volviese a inmiscuir con preguntas para las que no tenía respuestas.

En algún momento debió abstraerse más de lo que había pensado porque cuando se quiso dar cuenta, en vez de enfilarse la estrecha carretera que conducía al apartado rancho, estaban acercándose a la entrada oeste del pueblo.

—¿Sigues viva, Jade? —Asintió apretando la boca al ver su sonrisa burlona en el retrovisor—. Como no has dicho ni una palabra desde que te has sentado ahí atrás...

—Pensaba que tenía prohibido acercarme al pueblo y que regresábamos directamente a Upper Creek.

—Edrick está en el asador y dice que tiene algo para vosotros —indicó Katie asomando la cabeza entre los dos reposacabezas con el teléfono iluminado en la mano—. Pone que ya se lo ha pasado a Miller, pero que quiere que tú también lo veas por si ayuda en algo.

Katie se bajó con prisas del vehículo en cuanto la de rizos lo detuvo en el arcén contrario, mientras por la radio sonaba una canción country pasada de moda y Gracey trasteaba con su teléfono hasta que Katie regresara. Pocos segundos después de que la larga melena castaña se perdiese en el interior del local vio salir de allí a Duncan con la joven morena que tan desagradable había sido con ella cuando se chocaron en el pasillo de ese mismo establecimiento y, sin darse cuenta, soltó un gruñido.

Gracey despegó un instante los ojos de la pantalla y siguió la trayectoria de su mirada para volver al teléfono sin darle mucha importancia. El vaquero sonreía mientras que la mujer se le colgaba del brazo con confianza sin dejar de conversar y, aunque no debería, sintió un aguijonazo en la tripa que la puso del revés. Sabía quién era Duncan Ford, lo había visto muchas veces en acción detrás de la barra, pero era la primera vez que lo veía tratando con otra mujer desde que se habían besado y no le estaba gustando en absoluto ver cómo la morena le apretaba el antebrazo a su antojo y él se dejaba querer.

Un regusto ácido le bajó por la garganta, incapaz de despegar la vista de ambos y sintiéndose como una gran hipócrita porque estaba claro que ese sentimiento que la anegaba no se correspondía en absoluto con la aventura esporádica que le había intentado vender a la conductora hacía poco más de una hora.

—No hace falta que te cargues el asiento. Ahí enfrente no está pasando nada.

Gracey se había girado observándola con seriedad. Quitó las uñas de la parte baja del asiento, que había clavado sin darse cuenta, y tomó aire antes de responder con la voz más aguda de lo que le hubiese gustado.

—Los he visto juntos más veces. Ella es muy guapa y estilosa y está claro que...—se interrumpió a sí misma incapaz de terminar la frase al ver cómo se inclinaba con coquetería hacia el vaquero sin que este se apartase ni un centímetro.

—Escúchame bien, Jade. —Gracey le apretó la rodilla con afecto llamando su atención—. Puede que tuviesen un par de citas hace tiempo, pero eso fue mucho antes de que tú llegases a este pueblo. Créeme.

Dejó caer los párpados con pesadez apartándose el cabello despeinado de la cara. No quería mirar, pero le resultaba inevitable espiar a la pareja a través del cristal con unos celos inmensos que no tenía derecho a sentir.

—¿Cuánto va a tardar Katie? Se suponía que entraba y salía y a este paso nos van a clavar una multa.

La conductora le dirigió una mirada lastimera y boqueó un par de veces retorciendo uno de sus preciosos rizos con dos dedos.

—No le cuentes que te lo he chivado porque me llamará bocazas. Ivy dice que Lee Ann Anderson va de digna, pero que es una arrastrada que estaría dispuesta a raparse esa melena de la

que está tan orgullosa si con eso consiguiese otra cita con Duncan. Y que ya la ha rechazado varias veces, pero que no se quiere dar por enterada.

—Ya se ve, ya. Sufriendo de acoso, el pobre.

Gracey volvió a su posición tras el volante soltando un bufido gracioso.

—Muy bien, pues si así te quedas más tranquila...—replicó apretando con fuerza la bocina provocando que los dos diesen un respingo y apurándose a saludarlos efusivamente—. ¿Has visto la cara que ha puesto?

—Arranca de una vez —masculló con las mejillas ardientes por el bochorno.

Al otro lado de la calle, la sorpresa de Duncan y su acompañante tras el numerito de Gracey había sido evidente. Una vez pasado el susto inicial, Duncan les había devuelto el saludo con la mano antes de dirigirse de nuevo a la mujer morena que las observaba con una mezcla de fastidio y desdén.

Vio que Duncan se movía hacia ellas con la morena a su costado y dio un golpe al otro lado del asiento, escuchando a cambio una risilla por lo bajo.

—Por favor, Gracey, arranca.

Notó su mirada escrutadora a través del retrovisor un instante y al ver que agarraba la manilla de la ventanilla perdió la mirada en las puntas de sus botas, negándose a lo que fuera que tramase la de rizos.

—Oye, Duncan, ¿me haces un favor? —preguntó sacando medio cuerpo por la ventanilla—. Katie tiene que darme algo, pero Jade no se encuentra muy bien. ¿Puedes recogerlo tú y traerlo al rancho?

Duncan se detuvo para esquivar a una ranchera que circulaba en dirección contraria y asintió con los párpados entornados. Dio dos pasos más, pero Gracey ya había arrancado el vehículo y subido la ventanilla, así que el vaquero regresó a la puerta del asador llevándose una mano al sombrero a modo de despedida.

CAPÍTULO 20

Se frotó los párpados con ganas siguiendo a Gracey e Ivy al interior de la casa principal de Upper Creek después de un día que la había dejado completamente exhausta y sin ganas de nada más que de subir a su habitación, rendirse al sueño y no pensar en nada hasta el día siguiente. Unas voces masculinas le llegaron desde la cocina, pero al revés que el resto de sus compañeras, se dirigió hacia las escaleras sin fuerzas.

—¡Ey, Jade! —canturreó Duncan con una sonrisa seductora a escasa distancia—. Os estaba esperando con esto que me dio Hudson para vosotras.

Al girarse vio que sacaba un USB de pequeño tamaño del bolsillo trasero levantándolo por encima de su cabeza.

—Dáselo a Ivy si lo quiere —replicó cortante—. A mí ya me lo ha puesto Miller en su oficina.

—Jade, ¿va todo bien?

—Estoy cansada. Quiero acostarme.

Se volvió y continuó subiendo las escaleras con escuchando los cuchicheos a sus espaldas antes de que la puerta se cerrase. Las chicas habían estado a su lado, así que estaba completamente segura de lo que comentarían en la cocina y que no le apetecía revivir.

Cuando había llegado con Gracey al rancho horas atrás su única intención era ocultarse en su habitación hasta que llegase la hora de la comida para intentar aclarar las emociones que se habían despertado en su interior al ver a Duncan con Lee Ann en una actitud cercana y que le había hecho comprender de golpe que se había implicado en aquella relación más de lo que había esperado hacer en un inicio.

Sin embargo, todavía no había salido de la cochera con Gracey tras ella cuando vieron al sheriff Miller conversando con seriedad con Ivy en la puerta de la antigua vivienda para los empleados. En cuanto el uniformado fue consciente de su presencia las llamó con un gesto veloz de la mano.

—Buenos días, sheriff —saludó acercándose con desgana—. ¿Ha averiguado algo más? ¿O ha pasado algo nuevo?

—Podría decirse así, sí —respondió con el ceño arrugado echando mano al ala del sombrero y levantándolo ligeramente.

Tras aplastar los dos bolsillos de su abrigo entallado Ivy extendió la palma en gesto mudo de que la esperasen y regresó al interior de la vivienda.

—La joven Stevenson me ha llamado para compartir una información que puede ser determinante en su asunto, aunque no le puedo adelantar nada por el momento. Ya sabe cómo son estas cosas, es mejor no precipitarse.

Con su habitual desparpajo, Gracey comenzó a bromear con el sheriff a la vez que le invitaba a comer en el rancho cuando escucharon una maldición seguida de un taconeo ligero.

—¿Con quién habéis estado? —preguntó la rubia con un brillo duro en sus ojos azules. El tono que empleó puso en alerta a los tres.

—Con nadie —aclaró con rapidez Jade ante la mirada suspicaz del sheriff—. Hemos llevado a Katie a Three Forks y a la vuelta la hemos dejado en el Hudson BBQ.

—Sí. Ni nos hemos bajado del todoterreno.

La rubia bufó y el sheriff se quitó el gorro y se frotó el pelo ralo de la frente. Ivy empujó la puerta de madera hasta abrirla por entero.

—Será mejor que entréis un momento. Y usted, Miller, no se enfade mucho.

La siguieron hasta el cuarto que usaba para trabajar y en una de las dos pantallas de ordenador apareció una pestaña con una conversación en el servicio de mensajería de Facebook. Jade se dio cuenta con un solo vistazo de que la foto de perfil era la suya

«Lárgate a Florida y desaparece de una vez».

—Acaban de mandarle otro mensaje anónimo a Jade ahora mismo —indicó Ivy señalando el mensaje—. Es el primero desde que llegó aquí.

El sheriff parpadeó un par de veces y se dejó caer en una de las sillas.

—Desde que el joven Ford la trajo aquí hemos hecho correr el rumor de que nuestra amiga había dejado Montana pensando que eso nos podía favorecer con la investigación.

—Pues ya es coincidencia que reciba un mensaje la primera vez que deja el rancho en una semana —retrucó sentándose junto a él.

—Bueno... —dudó Gracey— mientras esperábamos a Katie bajé la ventanilla para decirle algo a Duncan...

—Eso no cuenta —descartó rápidamente la neoyorkina alternando la vista entre las dos—. Estoy segura de que no tiene nada que ver. ¿Nadie más?

Las dos sacudieron la cabeza y Jade se abrazó a sí misma releendo el mensaje por tercera vez.

—Duncan estaba con Lee Ann, que ni nos habló. Iban a cruzar, pero le di el recado y arranqué para aquí.

El sheriff se incorporó ligeramente en el asiento con sus ojillos de oso fijos en Gracey.

—¿Lee Ann, la sobrina de la señora Anderson?

Al verla asentir se puso en pie con los carrillos hinchados y tras acomodarse el pantalón se volvió casi en la puerta.

—No apruebo lo que ha hecho entrometiéndose de esa manera, joven Stevenson, aunque creo que nos ha sido de utilidad. Les ruego que se dirijan a la comisaría y que no hagan nada más.

La espera en una salita del edificio oficial se le hizo interminable, al igual que a sus dos compañeras. La mayoría de la gente del pueblo estaba en la búsqueda de los huevos de Pascua, tanto en el viejo granero del Rancho Upper Creek como en la pequeña plaza contigua a la del ayuntamiento, como las Damas de la Cosecha habían insistido, como actividad previa a la comida que se celebraría en la plaza principal y que después daría lugar a bailes y otros eventos.

En cambio, las tres estaban allí encerradas con un bocadillo de pavo y tomate que les había entregado el sobrino del sheriff antes de requisarles los móviles para evitar otras intromisiones. Las tres comieron con desgana. El pavo estaba reseco, el refresco no tenía gas, el café sabía aguado y el sheriff no había aparecido por allí desde que habían llegado, aunque lo habían escuchado gritar al otro lado de la pared.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando la puerta se volvió a abrir y se asomó la oronda barriga de Miller, que todavía mantenía la frente arrugada y una expresión difícil de interpretar.

—Lamento la espera, jóvenes. Quería asegurarme de que este asunto se cerraba sin más complicaciones. Y sin que pudiesen atacarla otra vez si había algún percance, señorita. Hemos perdido mucho tiempo buscando de manera equivocada, en parte por la declaración de Duncan

Ford y el vídeo que, aunque no deberían, seguro que ya han visto.

Al ver la expresión sorprendida de las tres mujeres, el sheriff se llevó las manos a las caderas y soltó una carcajada que le suavizó los rasgos.

—Me cuesta creer que el «chico de oro» no se lo haya mostrado con lo enfadado que estaba el otro día en el rancho. Vengan conmigo, ya no tiene sentido ocultarlo más.

Las condujo a su despacho vacío y sin darles tiempo a que se acomodasen encendió un monitor grande que no estaba allí la anterior vez y pulsó varias teclas en el ordenador. Apareció una imagen granulada y en blanco y negro en la que se recogía parcialmente el aparcamiento del Stream Island desde un ángulo extraño.

—Son imágenes de las cámaras de vigilancia de la parte trasera del Hudson BBQ. Están bastante ampliadas, por eso se ve tan irregular. Ya le he dicho que no puede tener las cámaras enfocando hacia ahí, pero en esta ocasión...

En la pantalla aparecían varios coches estacionados a ambos lados de un pasillo central y al fondo una pared de cemento. De repente, contra la pared apareció un vaquero con ropa oscura al que no se le llegaba a ver la cara. La imagen le evocó algún tipo de recuerdo y se llevó la mano a la sien con extrañeza.

—Si se fija, lo que sucede a continuación concuerda bastante con lo declarado por Duncan Ford.

Las otras dos mujeres murmuraban algo a su izquierda, pero toda su atención estaba puesta en la pantalla.

En la esquina inferior izquierda se vio aparecer a sí misma con la camiseta de flecos vaqueros y sus vaqueros favoritos, que todavía tenía incautados la policía. Sus movimientos eran un tanto erráticos y parecía que el vaquero la llamaba para que se aproximase. Casi en el mismo momento que la agarraba por la muñeca y tiraba por ella, aparecía Duncan corriendo detrás de ella y el desconocido la soltaba para desaparecer de la imagen.

—He perdido la cuenta de las veces que la he reproducido desde que Hudson nos pasó la grabación. El vaquero desconocido aparece y se va sin que podamos ver más.

El codazo de Gracey le hizo regresar la vista a la pantalla para verse enredada entre los brazos de Duncan en un beso apasionado del que no recordaba nada. Se le escapó un quejido y se encogió en el asiento sin saber cómo sentirse. No sospechaba que Duncan formase parte de lo que le sucedió, pero le molestaba que no se lo hubiese contado cuando sabía que no lo podía recordar. Por otra parte, quizá eso explicase aquellos sueños tan vívidos que había tenido con él, porque no eran sueños, si no recuerdos.

El sheriff se giró y le apareció una sonrisa cómplice en el rostro antes de situarse frente al escritorio.

—Ese detalle no aparece en la declaración. Sin embargo, ...

El hombre comenzó a trastear con el ordenador mientras las imágenes seguían reproduciéndose en la pantalla un poco más rápido. El beso se acababa, Duncan le acariciaba la mejilla a la vez que le hablaba y poco después le pasaba las manos por los brazos desnudos para hacerla entrar en calor, la pegaba contra sí y desaparecían.

—A ver si me aclaro con este chisme —rezongó repicando los dedos contra la mesa—. Debería ser este.

Un nuevo vídeo apareció pausado en el monitor y tras unos segundos de espera, se giró hacia el uniformado que parecía confundido.

—¿Necesita ayuda para darle al play? —preguntó Ivy ya incorporándose.

Miller dejó caer el sobre sobre el escritorio y se rascó la cabeza negando. Paseó la

mirada sobre las tres con los labios apretados y cruzó los brazos sobre el escritorio con una seriedad mayor a la que le había visto hasta ese momento.

—Sé que esto no es muy ortodoxo, pero me gustaría aclarar lo sucedido antes de que nos abandone. No me siento cómodo pensando que algo así ha sucedido en Mountainview Valley y querría pedirle disculpas en nombre del pueblo. —Bajó la vista hacia el teclado, parpadeó hacia Ivy y añadió—. Y, por si acaso, mi sobrino no ha tenido nada que ver.

En cuanto apretó el botón fue evidente que se trataba que el nuevo vídeo provenía de una cámara diferente ya que se veía parte de la fachada del Hudson BBQ y de la vivienda colindante.

—Es la cámara delantera del Stream Island unos minutos después. El ángulo no es bueno porque Pete le dio un golpe y quedó apuntando hacia arriba, pero ha sido suficiente.

En el vídeo las luces parpadeantes del Hudson BBQ eran lo único que destacaba en la pantalla, en la que no ocurría nada de interés, más allá de un par de vehículos circulando por la carretera, hasta que de repente apareció alguien con un atuendo similar al del desconocido del anterior vídeo. La persona se detenía cerca de donde estaba la cámara con el rostro fuera de plano para, un instante después, mostrar a Lee Ann Anderson con aspecto enfurecido sacudiendo el sombrero vaquero en la mano antes de arrojarlo contra la propia cámara.

Un clic avisó de que el sheriff había detenido la grabación y la contemplaba expectante. Jade elevó los hombros y se hundió en el asiento.

—No tiene sentido. Todo el mundo ha declarado lo mismo: yo no salí de la barra ese día. Siempre pongo mi bebida lejos de todos, debajo de la barra. No sé si Lee Ann estuvo en el Stream Island ese día, no lo recuerdo, pero es imposible que pudiese echarme algo en la bebida.

—Ella no, pero Nadia sí —repuso Ivy incorporándose de un brinco aproximándose al sheriff—. Nadia fue la única que se descargó las fotos privadas de mi cuenta de Dropbox y que te mandaron en los anónimos.

El sheriff asintió con gravedad invitando a Ivy a volverse a sentar. Removió los labios colocándose el sombrero reglamentario con esmero. Jade boqueó clavando las uñas contra los laterales de su asiento.

—Nunca he tenido ningún problema con Nadia. La conozco poco, de trabajar juntas. Tiene que haber un error. Con la otra, no he ni hablado quitando una vez que nos tropezamos...

—Ojalá, señorita Anderson, pero ha sido así. Nadia y Lee Ann son amigas desde hace tiempo. Al parecer Nadia estaba molesta porque cada vez le daban menos horas en la cafetería, o eso es lo que me ha dicho mi sobrino, que es de la pandilla...

—¡Eso es porque es una vaga que siempre se escaquea! —interrumpió Gracey con la misma expresión incrédula que supuso que tendría ella—. ¡Anda que no he tenido que cubrirla un ciento de veces!

—Señorita Jones, por favor. Nadia estaba molesta porque tenía menos horas en la cafetería y Jade tenía más. Por otra parte, Lee Ann se sintió desplazada porque Duncan Ford comenzó a fijarse más en Jade que en ella.

—¿Y decidieron juntarse para sacársela de encima? ¿Qué locura es esta?

—Pues al parecer, sí. Creo que la joven Lee Ann se enteró de lo que le había sucedido en Florida y decidió replicarlo aquí para ahuyentarla. —Jade abrió la boca para preguntar, pero el sheriff se le adelantó—. La carta.

—¿La notificación donde archivaban la causa? ¿La que se equivocaron de casa?

—Exactamente. Ahora estoy convencido de que la abrió, así que necesito que la traiga, si la conserva, para que el laboratorio pueda examinarla.

—¿Qué les pasa a las mujeres de este condado? ¿Las han detenido?

Ivy se había puesto en pie de un saltó y recorría el ancho del despacho de un lado a otro vociferando preguntas e insultos por igual con la cara colorada por la rabia, mientras que Gracey se había aproximado para rodearla por los hombros mientras el sheriff intentaba apaciguar a la rubia sin mucho éxito.

CAPÍTULO 21

Tendida bocabajo sobre el edredón hundió la cara en la almohada intentando que el frescor de la tela le aliviase la tensión que todavía sentía por dentro sin saber si necesitaba llorar o pegar cuatro gritos.

Ignoró los golpes en la puerta las dos veces que llamaron, primero con suavidad y después con mayor decisión, porque no quería enfrentarse a nadie más por ese día. La puerta crujió suavemente y poco después sintió hundirse el colchón a su izquierda.

—Las chicas me han explicado lo que ha pasado, Jade. Lo siento mucho.

—¿Qué sientes? —respondió arisca con el cabello enredado cubriendo su cara girada—. ¿No contarme que me habías besado drogada o que todo haya sido cosa de tu ex novia chiflada?

La mano firme de Duncan le masajeó el brazo con delicadeza, ascendiendo del hombro hasta el codo que se doblaba bajo la almohada con sumo cuidado, rozándole después la frente.

—No me hagas más culpable de lo que ya me siento. Lo lamento mucho, tesoro, jamás pude pensar en que Lee Ann fuese capaz de algo así. Era una amiga, sabía que le interesaba, pero ella a mí no y pensaba que lo tenía claro.

—Pues al parecer no tanto —replicó ácida volviéndose fugazmente hacia él para luego cubrirse los ojos.

Todavía podía escuchar los comentarios venenosos de la morena en su cabeza. El sheriff le había asegurado que Nadia estaba muy arrepentida de lo que había hecho y que tenía intenciones de disculparse con ella, pero al dejar la oficina de Miller fue la morena a la que se encontraron saliendo de una salita contigua con el sobrino del sheriff detrás.

—Tú tenías que venir a estropearlo todo —la acusó a la vez que los dos hombres se interponían entre ellas—. Tenías que entrometerte ahora que lo tenía casi hecho con Duncan.

Lee Ann supuraba furia con los ojos enrojecidos y su habitual cabellera perfecta se encrespada por uno de los laterales. Tenía la vista fija en ella transmitiéndole toda la rabia que llevaba dentro y dejándole claro que ella era la responsable.

—Déjate de rollos, Lee Ann. Lo que has hecho es una burrada y a Duncan no le has interesado nunca.

—¿Que no, paleta? Llevábamos quedando un mes cuando esta apareció por el pueblo dándose aires de pobrecita para que se fijase en ella. —Elevó el labio con asco repasándola de arriba abajo—. Os creéis que podéis venir de fuera y quedaros con los pocos buenos partidos que hay. Ya bastante tuvimos con aguantar que llegases tú y te quedases con Cody, pero ni de coña iba a soportar que esa mosquita muerta me robase a Duncan Ford sin luchar.

En el momento en que Ivy soltó una carcajada cargada de desprecio por respuesta, Lee Ann se lanzó sobre ellas tironeándole de los pelos y los dos hombres y Gracey tuvieron que intermediar para lograr separarlas.

De manera inconsciente subió la mano hasta el lugar en que le había arrancado una mata de cabello frotándolo con un poco de rudeza, sintiendo la molestia bajo la piel. Duncan le apartó un mechón cobrizo de la cara obligándola a mirarle a los ojos.

—¿Estás bien, Jade?

Negó con la cabeza y al sentir que los ojos amenazaban con aguararse se clavó las uñas en

el muslo intentando controlarse, incapaz de poner en palabras que le hubiese costado menos aceptar que el culpable fuese Russell que dos chicas a las que conocía entre poco y nada. No había intentado hacer amigos ni mezclarse con la gente local, aunque aún así había sucedido y hasta el día anterior hubiese jurado que había sido bien aceptada en Mountainview Valley.

El nuevo ataque le había hecho sentirse frágil, vulnerable y un tanto desvalida, pero su resolución le había demostrado de una manera cruel que, por mucho que creyese que se había adaptado bien en realidad no pertenecía allí y esas dos mujeres no habían dudado en mostrarle que les sobraba con rudeza. Y eso había sido todo un mazazo para su amor propio, especialmente porque nadie, ni siquiera ese vaquero sentado ante ella le había pedido que se quedase.

—Puedo quedarme contigo y...

Duncan se quedó callado al ver cómo negaba apartando la mirada.

—Preferiría descansar. Sola.

Con los labios apretados se incorporó lentamente de la cama, señaló la bandeja que había depositado en la mesilla de noche con una cena fría y le dirigió una mirada triste con sabor a despedida.

—Buenas noches, Jade.

Hacía tres días que había regresado a su piso compartido, aunque había pasado sola cada uno de ellos. Al parecer, Katie ignoraba que había abandonado el rancho y ella tampoco había querido sacarla del error la vez que la llamó por teléfono.

Además, no tenía planeado quedarse mucho más en el pueblo. Había empaquetado la mayor parte de su ropa, que no era mucha, y había dejado las bolsas donde no molestasen. Se había asegurado de que la furgoneta funcionase correctamente. Tras más de diez días sin trabajar, se había despedido de los trabajos en una rápida visita a la cafetería en obras en la que pasaba la mayor parte del tiempo Edrick Hudson, que avisó a Pete «el lento» al momento. Le costaba pensar en poder volver a trabajar tras una barra en un buen tiempo. Había recogido la cazadora de Duncan Ford, había encontrado la notificación de Jacksonville, Florida, en el bolsillo para entregársela hacía unos minutos al sheriff Miller, que le había vuelto a asegurar que su caso no quedaría sin castigo.

Y ahí se había quedado atascada al volver a su casita. Nada más entrar en la vivienda y ver al inicio de las escaleras las bolsas cerradas amontonadas y la cazadora de pana de Duncan colgando en el perchero sobre ellas había provocado que el suelo temblase bajo sus pies. Colocando ambas manos en las caderas inspiró hondo si fuese a realizar un gran esfuerzo en vez de ascender veinte escalones.

Desde su salida del rancho a escondidas no había vuelto a saber más de Duncan. Él no la había buscado, pero ella había desaparecido sin despedirse. Se había convencido a sí misma que necesitaba un tiempo para estar a solas, pensar y tomar perspectiva.

En realidad, esos tres días solo le habían servido para darse cuenta de que se había colado completamente por el vaquero, que había pagado parte de su frustración por lo sucedido con él y que si permanecía en el pueblo más tiempo se le rasgaría el corazón en cuanto lo viese con su siguiente conquista. Y las paredes de la casita se le echaban encima como nunca antes. Todo eso también la había empujado a hacer las maletas.

«No la puedo dejar ahí».

La descolgó con cuidado, solo tocándola con la punta de los dedos, y al sentir el peso en las manos fue ella y no la cazadora la que se rompió por dentro. La subió lo suficiente para enterrar la nariz y percibir parte del aroma a sándalo y cuero que todavía estaba presente

sabiendo que lo iba a echar de menos.

Bajó los escalones con lentitud sabiendo que sería la última vez que lo vería, pero se negaba a dejar la prenda abandonada en el perchero o encargarle a un tercero que se la devolviese. La sombra al otro lado del zaguán le hizo soltar un quejido.

—No quería asustarte, pelirroja. ¿Vas a salir o tienes un minuto?

—En realidad, ...—se interrumpió apretando la cazadora contra su cadera antes de abrir la puerta por completo—. Claro, pasa.

Duncan pareció dudar un instante antes de llevarse la mano al sombrero para retirarlo provocando que los cabellos claros cayesen desordenados por su frente. Se hizo un lado para dejarle sitio, pero apenas avanzó como para quedarse junto al dintel.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien. Y también... —retorció el sombrero en las manos en silencio.

—¿Qué pasa, Dunc?

—Si te besé ese día fue porque no podía resistir más, Jade —contestó dirigiéndole una mirada triste—. Te pregunté, dijiste sí y te besé. En cuanto me di cuenta que estabas mal paré y no sucedió nada más que lo que viste en el vídeo esa noche. Pensé que quizá habías bebido un poco de más. No sabía que estabas... De haberlo sabido no...

La mirada de Duncan se perdió por encima de su hombro para después observarla de arriba abajo parándose en lo que tenía contra la cadera. Levantó una mano señalando el piso de arriba.

—¿Querías devolvérmela y luego marcharte de Mountainview Valley?

—En realidad, vaquero —respondió casi sin aire a la vez que le alargaba la cazadora— lo que quería era pedirte una cita.

EPÍLOGO

Escapando de sus manos, Jade rodó por el colchón interponiendo la cama entre ambos incapaz de ocultar la sonrisa.

—No tenemos tiempo para eso, Duncan.

—Joder, tesoro, para eso siempre hay tiempo y más cuando llego a casa y me recibes así.

Con un descaro que solo él le provocaba, giró sobre sí misma exhibiéndose en ropa interior, le tiró la toalla húmeda esquivándolo como pudo para alcanzar el armario y descolgar el vestido de gasa floreado hasta la rodilla que había elegido para ese día. Antes de poder descolgarlo Duncan ya estaba a su espalda con una mano acariciando su cadera. Jade inclinó el cuello y le besó en los labios con dulzura.

—Seguro que el resto ya están allí.

Duncan levantó los hombros con absoluta indiferencia antes de volver a besarla de manera lenta y deliciosa apretándola contra sí. Jade se dejó llevar hasta que el teléfono de él volvió a sonar en el bolsillo trasero de su tejanos negro.

—¿Ves? —Lo apartó lo suficiente para meterse el vestido por la cabeza—. Vamos a ser los últimos en llegar cuando somos los que más cerca vivimos de la plaza.

Él negó imperceptiblemente con la cabeza a la vez que la giraba y le subía la cremallera por la espalda depositando un suave beso en su nuca y echándose hacia un lado mientras ella corría de un lado para otro buscando sus nuevas botas vaqueras y se apresuraba a comprobar el estado de su maquillaje en el espejo del baño.

El reflejo de su vaquero devorándola con la mirada provocó que se le subieran los calores a la cara. Hacía casi medio año que se había mudado a su casa, pero lejos de acostumbrarse cada vez que hacía eso volvía a sentirse bullendo por dentro, como si fuera la primera vez que la mirase así.

Soltó el aire despacito ajustándose la falda del vestido con despreocupación y ahuecando las ondas cobrizas a su espalda. Las otras chicas le habían comentado que el Festival de la Cosecha era una de las grandes celebraciones de Mountainview Valley y estaba más que dispuesta a disfrutarla en compañía de su novio.

Se repasó el brillo de labios antes de guardarlo en el bolsito.

—Vamos, que llegamos tarde a la subasta de los solteros.

—En eso estaba pensando yo —gruñó divertido entrecruzando sus dedos—, en que pujases el año que me retiro como soltero. Y más cuando me sigues debiendo una cita.

Abrió la puerta dejándola salir primero, pero Jade se puso de puntillas acariciándole la mejilla con la mano libre sintiendo su barba corta raspándole el interior de la mano. Duncan le había dado en aquellos meses mucho más de lo que se había atrevido a soñar y algo le decía que les esperaba mucho más.

NOTA DE LA AUTORA

Hace un par de años leí una noticia en un periódico de tirada nacional en el que se recogía que una chica había salido de fiesta con su grupo de amigas y tras tomar una copa en un local se

sintió mal. Al final resultó que la habían drogado con burundanga (escopolamina) y que la autora del delito había sido una de sus amigas, que expuso que se lo había echado en la bebida sin avisar a nadie «solo por diversión».

De ahí partió la idea de la novela, ya que me costaba mucho creer que «solo por diversión» fuese un motivo razonable para drogar a una amiga de tu pandilla. De hecho, nada más leerla pensé: fue por dinero, amor o poder. No sé cómo se resolvió a nivel legal el asunto porque no encontré más noticias. Me quedé con la intriga y decidí crear mi propia versión.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres estar al tanto de mis lanzamientos puedes seguirme en mi perfil de autor de Amazon que es completamente gratuito o través de mis redes sociales en donde aparezco como @dulcemartinezwri o en mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com